

Anabel Botella

Como deseas

A Juanjo y a Ian por todo su amor.

*A Dani Ojeda, Sergio Rodríguez, María Gardey,
Vanessa Benita, Amparo Ramada y Olga Salar
por acompañarme siempre.*

Prólogo

Y creó Dios al hombre a su imagen. A imagen de Dios lo creó. Varón y mujer los creó.

Génesis 1:27

Miércoles, 27 de junio de 2012

Andrea abrió los ojos asustada y aguzó el oído. Corría por el bosque y se había adentrado en una zona donde abundaban los pinos. Dejó atrás el camino de tierra que llevaba al pueblo. Algo se movía entre las ramas de los árboles. No habría sabido reconocer de qué se trataba, si de un animal o de una persona que se había perdido. La brisa de la mañana la hizo estremecerse.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó con temor.

Advirtió de súbito la respiración agitada de un joven.

—¿Hay alguien ahí? —volvió a preguntar Andrea—. Por favor, responde.

La chica permaneció inmóvil. El corazón comenzó a bombearle frenéticamente. A Andrea ya no le parecía tan buena idea haber salido a correr por el bosque a primera hora de la mañana. Los pinos parecían cernirse sobre ella amenazadoramente.

—«Yahvé puso su mano sobre mí» —susurró la voz de un joven detrás de ella—. «Me dijo: Hijo de hombre, ponte de pie, te voy a hablar. Te envío donde esa raza de cabezas duras y de corazones obstinados para que les digas: ¡Esta es la palabra de Yahvé...! Y tú, hijo de hombre, no les temas, no temas sus amenazas; serán para ti como zarzas u ortigas, como un escorpión donde te hayas sentado. No tengas miedo de sus palabras, no temas ante ellos: ¡no son más que una raza de rebeldes!»

Sin vacilar Andrea echó a correr hacia el pueblo. No estaba tan cansada como para no intentar escapar de allí como alma que lleva el diablo. Gotas de sudor le perlaban la frente. Sentía que quienquiera que fuese ese joven le iba a la zaga sin descanso, mucho más deprisa de lo que hubiera querido, pero en ningún momento se permitió el lujo de mirar hacia atrás. Fuera quien fuese no debía de tener buenas intenciones, pensó.

—«Entonces pasé cerca de ti y te vi; era el tiempo de los amores, eché sobre ti mi manto, cubrí tu desnudez y te hice un juramento. Hice una alianza contigo, palabra de Yahvé, y tú pasaste a ser mía. Te vestí con ropajes bordados, con calzado de cuero fino, puse en tu cabeza un velo de lino y de seda...»

—¿Qué quieres de mí? Por favor, no me hagas daño.

Andrea sacó su smartphone, que tenía sujeto a la cinturilla del pantalón. No consiguió acertar a marcar el número de su padre, y el móvil se le resbaló de las manos cayendo al suelo. No se detuvo a recogerlo. El chico se acercaba cada vez más. Podía notar cómo la respiración de su perseguidor casi se confundía con la suya.

—Déjame en paz, por favor. No he hecho nada.

La joven estaba al borde de un ataque de pánico.

—«Tu belleza se hizo célebre entre las naciones: era una belleza perfecta gracias a

mi esplendor, que derramaba sobre ti, palabra de Yahvé.»

Andrea siguió avanzando sin detenerse. Su vida estaba en juego.

—«Pero luego pusiste tu confianza en tu belleza, tu fama te permitió prostituirte; prodigaste tus encantos a cualquiera que pasaba y te fuiste con Él.»

Entonces notó que la detenía agarrándola del pelo. Perdió el equilibrio y se dio de bruces contra el suelo. El chico que la perseguía se colocó a horcadas sobre ella. Tenía el rostro cubierto con un pasamontañas, aunque Andrea pudo ver que tenía los ojos azules, de un color tan intenso como un mar embravecido.

—Por favor... por favor... —empezó a gimotear Andrea como si aquellas palabras pudieran salvarla —, deja que me vaya...

Andrea comenzó a golpearle en el pecho con ambas manos hasta que su opresor se las inmovilizó detrás de la cabeza.

—«Si decimos que no tenemos pecado, nos estamos engañando a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.» —El chico elevó la voz cuando los sollozos de Andrea se hicieron insoportables—. «Pero si confesamos nuestros pecados, Él, que es fiel y justo, nos perdonará nuestros pecados y nos limpiará de toda maldad. Si dijéramos que no hemos pecado, sería como decir que Él miente, y su palabra no estaría en nosotros. Si alguien dice: Yo lo conozco, pero no guarda sus mandatos, ese es un mentiroso y la verdad no está en él. En cambio, si uno guarda su palabra, el auténtico amor de Dios está en Él. Y vean cómo conoceremos que estamos en él. Si alguien piensa que está en la luz mientras odia a su hermano, está aún en las tinieblas...»

Andrea vio cómo su captor alzaba el puño. Solo pudo gritar con todas sus fuerzas antes de desmayarse. Lo último que contempló fueron sus ojos azules encolerizados. Después todo se hizo oscuro.

El Diario del Alto Turia

Joven de 20 años permanece desaparecida desde hace tres días

30-06-2012

Andrea G. M., natural de Valencia capital, se halla desaparecida desde el pasado miércoles 27. La última vez que se la vio salió a correr por los alrededores de Caños del Agua. Los hechos han sido denunciados por sus padres. Los efectivos de búsqueda realizaron el jueves una primera batida. La Guardia Civil ha destinado seis patrullas más a la operación.

En el tren

*Dios vio que todo cuanto había hecho era muy bueno.
Y atardeció y amaneció: fue el día Sexto.*

Génesis 2:3

Sábado, 30 de junio de 2012

Llegué a la estación de Atocha, atestada de viajeros, arrastrando mi maletón con tiempo suficiente para entrar en una cafetería y pedirme un té con leche. Las paredes del local eran cálidas, decoradas con cuadros de diferentes ciudades del mundo, y tenía asientos de madera.

Saqué la novela que estaba leyendo, *Emma*, de Jane Austen, tras sentarme en la única mesa libre que había en el bar. Después de leer el libro durante el embarazo, mi madre, por un capricho, decidió ponerme ese nombre en honor a la protagonista. Desde el desayuno no había tomado nada, y de eso ya hacía más de siete horas. Aunque mamá me había preparado unos sándwiches para el viaje, no podía probar bocado. Ni siquiera Nat, mi mejor amiga, con la que quedé para despedirme, consiguió que probara los deliciosos macarrones que había preparado su madre. En eso no se parecía a la mía, que, como ama de casa, era un desastre. Su idea de cocinar consistía en calentar platos precocinados en el microondas. Desde que salió a la venta la tortilla de patatas, proclamó a los cuatro vientos que era la mejor cocinera del mundo.

Lo cierto era que solo de pensar que tenía que convivir casi dos meses bajo el mismo techo con Nikola, el hijo de la esposa de mi padre, se me hacía un nudo en el estómago. No sé por qué motivo ese año alargaba sus vacaciones de verano en Caños del Agua.

Cada vez que la madre de alguna de mis amigas del pueblo lo conocía, caía rendida a sus encantos, pero a mí me parecía irritante. Una vez tras otra veía cómo a todas les hacían chiribitas los ojos y cómo aprovechaban cualquiera de sus tonterías para acariciarle el brazo.

Para colmo era educado, ocurrente y aparentemente gracioso. En más de una ocasión me había preguntado si no sacaba sus chistes del repertorio de Ignatius, un cómico sin gracia al que yo detestaba y que salía en *El Club de la Comedia*.

Por otro lado, podía hablar de cualquier tema, aunque a mí me parecía que era un pedante que se pasaba el día estudiando o absorto en la larga lista de películas que tenía que ver antes de morir. También tenía la habilidad de sacarme de mis casillas. Desde que se levantaba hasta que se acostaba le gustaba chincharme. Con el tiempo había llegado a la

conclusión de que esa era la afición que más le satisfacía. Sin embargo, había que reconocer que tenía una sonrisa perfecta. No lo decía yo, claro, lo decían todas mis amigas de Caños del Agua, que babeaban cuando venían a casa para celebrar nuestras fiestas de pijamas.

Nadie veía la otra cara de Niko salvo yo. Desde que lo conocí me trataba como a una niña.

Mis padres se divorciaron cuando yo era una cría. A los once, mi padre conoció a Ana, que tenía un hijo de un matrimonio anterior con un estadounidense, Niko, cuatro años mayor que yo. Su amor fue tan fuerte que al poco tiempo se casaron. Fruto de esa relación nació mi medio hermana Carlota. Para mi alegría, Niko y yo no compartíamos ningún vínculo de sangre y solo teníamos que vernos una vez al año, durante las vacaciones de verano. Él regresaba de la Universidad de Columbia, donde estudiaba segundo de Medicina, y yo viajaba desde Madrid, donde vivía con mi madre y su recién estrenado marido, Roberto.

Al final tanto mamá como yo nos habíamos acostumbrado a que papá hablara de Ana cada vez que venía a Madrid a hacerme una visita.

Divorciarse fue una buena decisión, porque, aunque mis padres eran buenos amigos y se reían mucho juntos, como pareja eran un desastre. Papá era veterinario. Amaba la tranquilidad, la rutina y que sus cosas estuvieran tal y como las dejaba, o sea, le gustaba el orden. Por eso vivía en Caños del Agua, un pueblecito pequeño del interior de Valencia. En cambio, mamá era toda una urbanita que adoraba el bullicio de la gente. Era de la única manera en que se podía concentrar para su trabajo. Era ilustradora de libros infantiles y de portadas para distintas editoriales.

Ahora ella había decidido perderse por Italia con Roberto durante un mes, en una intensa luna de miel. Por desgracia, no había colado mi sugerencia de pasar julio sola en Madrid, ni tampoco que se viniera Nat a casa durante ese tiempo. Así que me enviaban al pueblo con papá.

La última vez que tuve noticias de Niko fue antes de salir de casa, cuando me envió un WhatsApp en el que me decía: Te haré una oferta que no podrás rechazar 🙄 ... ¿A quién se le ocurría utilizar la frase de Vito Corleone como saludo? Me habría gustado que me hubiera escrito algo así como: «¡Hola, Emma, ¿qué tal te ha ido el curso? Te prometo que este año me portaré como un buen chico!». Estaba claro que todas sus tonterías se las reservaba para mí. ¿Tanto le costaba ser un poco amable? Aún no nos habíamos visto, y ya estaba ideando alguna jugarreta de las suyas, aunque ya no iba a entrar al trapo como otras veces. Mi respuesta no se hizo esperar: Bonasera, ¿qué te he hecho para que me trates con tan poco respeto? Era otra frase del *Padrino*, una de las películas en las que coincidíamos.

Dada su gran afición al cine, ese último año me había puesto al día con un montón de películas que, según él, no debía perderme. Me pasó una lista interminable de doscientos DVD, pero no me había dado tiempo de verlos todos. Supongo que contaba con que pasara de sus sugerencias, pero no fue así. Ese verano iba a demostrarle que estaba casi a su altura en cuestión de frases de cine.

Tras mi mensaje su respuesta no se hizo de rogar: Yasmine, yo no soy malo, es que me han dibujado así 🙄 Volvía a utilizar sus típicas frases de cine, en concreto esa pertenecía a Jessica Rabbit cuando se justifica ante el detective en *¿Quién engañó a Roger Rabbit?*

Venga, va, alégame lo que me queda de día 🙄 , le respondí inmediatamente,

como si fuera Harry el Sucio, aunque me hubiera gustado mandarlo al quinto pino para no tener que verle la cara en los dos meses que tenía que pasar con él. A saber cuál era la oferta esa que no podía rechazar.

Su respuesta llegó en menos de diez segundos: Antes de subir al pueblo, Alba y yo te invitamos esta noche al cine. Yo pongo las palomitas, las chocolatinas y tú el buen humor. ¿Qué te parece, Yasmine?

Me alegré de que no pudiera verme la cara, porque si había alguien a quien no soportaba era a Alba. El sentimiento era mutuo. ¿Qué pintaba yo con ellos? Pasaba de ser la sujetavelas de nadie. No sabía que su última conquista fuera Alba. Pero eso no era lo importante, sino que ¿por qué no venía mi padre a por mí?

Enseguida le llamé para saber qué pasaba. Me explicó que había tenido que salir urgentemente para atender a una yegua con un parto complicado. Niko se ofreció enseguida a venir a recogerme con el coche de su madre, cosa que a papá le pareció bien. Hubiera deseado que viniera Ana, pero desde la llegada de Carlota todo su tiempo se lo dedicaba a la pequeña.

Decliné la oferta de Niko y le dije que prefería esperarlo en la estación de Valencia y que, cuando terminara la película, pasara a por mí. No me apetecía ver a Alba. Desde que nos habíamos conocido no me soportaba, y todo porque el año pasado a las dos nos había gustado el mismo chico y Jorge me eligió a mí. Al final lo nuestro no duró más de dos semanas, porque mi novio a la fuga se dedicó a tontear con otra chica. Afortunadamente, no fue Alba, para disgusto de esta.

Lamenté que no hubiera a esa hora ningún autobús hasta el pueblo, porque, de ser así, no habría consentido que Niko viniera a buscarme.

El último mensaje que tuve de él fue: Como deseas, Yasmine... 🙄

Me llamaba Yasmine porque decía que le recordaba a la protagonista de *Aladino y la lámpara maravillosa*.

Me llevé instintivamente, más por costumbre que por otra cosa, la mano a donde se suponía que debía estar mi larga cabellera negra. No obstante, hacía una semana que me la había cortado en una melena corta a la altura de la barbilla. Mamá decía que me parecía a Audrey Tautou, la protagonista de *Amélie*. Lo que no sabía Niko era que ese año no le daría el gusto de que me volviera a llamar Yasmine. Me hacía sentir más pequeña de lo que era.

El camarero me sirvió con una sonrisa el té y le guiñó un ojo a la joven que estaba delante de mí. A mí nunca me pasaban ese tipo de cosas con los chicos. Aún quedaba más de media hora para que saliera el tren. Le puse un sobrecito de azúcar moreno al té y me perdí en el movimiento de la cucharilla. El timbre del WhatsApp me sacó de mi ensimismamiento. Mamá me comentaba que estaba disfrutando mucho y que me echaba de menos.

En menos de un parpadeo volvió a enviarme otro mensaje que decía: Roberto y yo estamos probando algunas cosas que leímos en un libro 😊

Cada vez que mamá me comentaba alguna de sus fantasías sexuales me moría de la vergüenza. Podía hablar de esos temas con mis amigas, pero hacerlo tan abiertamente con mi madre no me apetecía demasiado. Así que le contesté: Mamá, ese libro tiene un nombre. Es el Kamasutra y, por favor, no quiero saber qué haces con Roberto. Ya me lo imagino. Por si no lo recuerdas, ese es el motivo por el que no he ido con vosotros de viaje.

Antes de terminarme el té me llegó otro mensaje de ella: Tranquila, ya sabes cómo me emociono. Dale un beso a papá, y otro muy fuerte para ti. Ya te llamaré cuando tenga

un rato.

O sea, no me iba a llamar porque estaría todo el rato probando posturas de esas raras que había encontrado en el *Kamasutra*, reflexioné.

Miré el reloj de pared que había en el bar. Aún quedaba un cuarto de hora para irme. Pagué el té, guardé la novela en el bolso y me dirigí hacia los andenes desde donde salía el AVE. Tuve problemas para subir el maletón al vagón en el que tenía mi asiento, aunque enseguida dos veinteañeros se ofrecieron a subírmelo.

—Estoy seguro de que la maleta pesa más que tú —me dijo uno de ellos.

—Solo llevo lo imprescindible. —Me encogí de hombros.

—Me lo imagino —respondió el otro chico—. Mi novia no sale nunca sin su plancha de pelo y sin sus modelitos.

Solté una carcajada. La novia de ese chico y yo éramos muy parecidas en ese aspecto.

Una vez que hube colocado la maleta en los compartimentos de la entrada, me abandoné en mi asiento. A medida que el tren se alejaba de la estación, veía cómo los edificios se quedaban atrás para dar paso a campos y más campos. Me coloqué los cascos y busqué en la lista de reproducción de mi smartphone algún disco de La Oreja de Van Gogh. Me gustaba escucharlos cuando salía de viaje. Cerré los ojos cuando llegó la canción de: «A tu lado» y me dejé arrastrar por la sensualidad de la voz de Amaia Montero.

*Pienso en ti,
interminablemente en ti,
quiero ser una respuesta para ti,
pienso en ti, solo en ti.
Creo en ti (pienso en ti),
inagotablemente en ti.
Como tú, que confiaste en mi saber,
creo en ti, solo en ti.
Y despertar a tu lado,
cada amanecer,
hacer rodar mis labios sobre tu piel,
creo en ti...*

Una vez que hubo terminado de sonar configuré la canción para que se repitiera una y otra vez. Así me quedé dormida, con una sonrisa, y pensando que quizá ese verano encontraría el amor.

El reencuentro

Unos dedos cálidos rozaron mi hombro. Abrí los ojos sobresaltada. Una chica me decía algo, pero no la entendía porque aún llevaba los cascos puestos y la música seguía sonando.

—Perdona que te haya asustado. Hace más de cinco minutos que hemos llegado a Valencia —me dijo con una sonrisa afable cuando me quité los cascos.

Miré aturdida a través del cristal y luego giré la cabeza hacia a ella sin terminar de comprender qué quería decirme. Era un hecho comprobado que cada vez que me despertaba me costaba unos minutos despejarme. Mamá decía que era hereditario, porque en eso me parecía a ella.

—Sí, perdona. Muchas gracias por despertarme. —Intenté esbozar una sonrisa y apagué el selector de música de mi smartphone.

Enseguida me entró un WhatsApp. Supuse que era de mamá para saber si había llegado bien a Valencia. En cuanto lo abrí vi que no era de ella, sino de Niko: Yasmine, ¿dónde estás? No t veo 😊

Solté un bufido. Si él estaba esperándome en la estación, eso quería decir que también me esperaba Alba, con la que no me apetecía hablar. Desde luego, Niko sabía cómo alegrarme lo que me quedaba de tarde. Aceptaba que hubiera venido a recogerme, pero no iba a irme al cine con él y su novia. ¡Vamos, ni loca!

El verano no había hecho más que empezar, y ya intuía que se me iba a hacer muy largo.

Estoy en el tren. Ahora salgo, le contesté.

Me levanté con un leve dolor de cuello. Había adoptado una mala postura durmiendo. Me froté con la mano antes de coger la maleta y me dispuse a bajar del vagón con tranquilidad, alargando el momento del reencuentro. Al igual que me había pasado al subir, otro chico me ayudó a bajar la maleta. Y ocurrió lo que nunca antes me había pasado: me guiñó un ojo.

—Muchas gracias —le dije agarrando el asa de mi maleta.

—Iván. —Me tendió la mano antes de que yo empezara a caminar.

—Emma. —Le correspondí ofreciéndole la mía.

Nos quedamos mirándonos a los ojos, sin saber qué hacer. Él tuvo el impulso de darme dos besos y se acercó a mi mejilla titubeando. Cuando nos dimos cuenta de que él seguía apretando mi mano me sonrió y la retiró.

Iván no era especialmente guapo, pero parecía que eso no le importaba, porque hablaba como si fuera tan atractivo como Hugo Silva. Era flaco, muy moreno y llevaba el pelo cortado al uno. Lo que más llamaba la atención eran sus orejas, que se podrían haber comparado con las de Dumbo.

—¿De vacaciones?

—Sí, voy dos meses a casa de mi padre... —respondí sin mucho ánimo.

—Seguro que no es tan horrible como me quieres hacer creer.

Si él supiera los dos meses que me esperaban no me habría contestado así. Habría sido capaz de aceptar una oferta de Iván con tal de no ver a Niko, porque cualquier cosa que me propusiera tenía que ser más divertida que irme a Caños del Agua. El pueblo donde vivían prácticamente todo el año papá y Ana llegaba a alcanzar los cuatro mil quinientos habitantes en verano, de los cuales un tercio tenían más de sesenta años.

—Bueno, pasar dos meses en un pueblo perdido de la sierra no es precisamente para dar saltos de alegría.

Pasamos la línea de las canceladoras y al otro lado me esperaba Niko. Conforme nos acercábamos Iván y yo, Niko desplegó esa sonrisa tan espléndida que solo él sabía poner. Tenía que reconocer que me encantaba cómo sonreía y el brillo de sus ojos cuando nos mirábamos. Llevaba dos vasos de Starbucks, uno en cada mano.

—Yo voy a Cullera. Mi tía me ha encontrado un trabajo de camarero en la cafetería de unos amigos.

—Tus vacaciones tampoco son para dar palmas de alegría.

—¡Qué dices! Voy a estar en primera línea de playa atendiendo a chicas en bikini, poniendo cañitas, sirviendo pescaíto, ligando con madrileñas, alemanas y suecas. Y por la noche a lo que salga.

—Claro. Te deseo un buen verano. Parece que el tuyo será mejor que el mío. Seguro que ligas mucho más que yo.

—Con ese tipazo cualquiera liga. Acepto propuestas indecentes.

Iván volvió a guiñarme un ojo.

—Si no me estuvieran esperando sería capaz hasta de aceptar irme contigo a Cullera.

—No te lo pienses. En mi cama siempre hay sitio. Yo ocupo muy poquito.

Solté una carcajada. De reojo vi cómo el semblante de Niko se había vuelto serio.

—Suenan muy interesantes...

—Hola, ¿qué tal?, soy el doctor Jones, Niko Jones. Afortunadamente, Emma ya tiene planes para este verano —nos interrumpió con un poco de acento americano. Se había puesto sus gafas de montura redonda, que le hacían parecer mayor de lo que era. Para ello se había colocado los dos vasos en una mano—. A la pobre le da aprensión decir que trabaja en una casa de reposo cuidando a enfermos de *funghicocos*, una enfermedad desconocida para la gran mayoría, aunque muy contagiosa.

Bajé la cabeza intentando contener la risa.

—Doctor Jones, no hacía falta que fuera tan explícito.

—La hemos seleccionado entre más de doscientos candidatos. Hemos sido muy minuciosos para encontrar a la candidata adecuada. —Le ofreció una tarjeta falsa con su nombre que utilizaba en casos como esos—. Perdona que no te dé la mano, pero no podemos estar seguros al cien por cien de que no seas portador de la enfermedad.

Iván lo miró de arriba abajo sin terminar de creerse lo que le estaba contando Niko.

—Todos los pacientes que tenemos son menores de veinticinco años —dije asumiendo mi papel de enfermera. Era la primera vez que compartía un juego con él y me lo estaba pasando genial. Me resultaba divertido jugar a ser una persona que no era, y con Niko todo parecía más fácil—. Pero no te preocupes. No presentas los primeros síntomas.

—¿Qué síntomas son?

—Picor en las piernas y enrojecimiento de las mejillas.

Iván decidió coger la tarjeta que Niko le estaba tendiendo con un gesto de interés.

—A pesar de mi juventud, soy el mayor experto que hay ahora mismo en España —insistió al ver la duda en la cara de Iván—. La *funghicocos* es una enfermedad reciente.

Asentí con la cabeza cuando Iván buscó en mi mirada confirmar todo lo que decía Niko.

—Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo.

Le fui a dar dos besos, pero Iván me esquivó como si fuera una apestada y se despidió con un gesto de la mano. Se encaminó hacia la puerta a toda prisa sin mirar hacia atrás.

Niko me ofreció uno de los vasos que sostenía en la mano. Mi hermanastro, como a él le gustaba llamarse, me sacaba un palmo. Podía presumir de un cuerpo esbelto y bien definido. Ya se encargaba de salir tres veces por semana a correr por Central Park. Era moreno, de pelo liso. El flequillo le caía a un lado de la cara y casi le tapaba una ceja. Tenía los ojos azules, y una mirada desconcertante que te traspasaba cuando te ponías en su punto de mira.

—Hola, Yasmine. Cógelo. Es un frapuccino de fresa, tu favorito, —Su voz era cálida a la vez que grave.

Miré hacia atrás por si estaba Alba. Por un momento, mientras hablábamos con Iván, me había olvidado de ella. Me relajé cuando advertí que no estaba en la estación, aunque era posible que estuviera en el coche esperándonos.

—¿Para mí?

Niko asintió con la cabeza y se acercó a darme dos besos. Seguía oliendo a colonia Nenuco. En eso no había cambiado. Estaba asombrada. No me esperaba ese gesto de él. ¿Eso quería decir que había decidido ser amable conmigo y había enterrado el hacha de guerra?

—No puedo creer que aún te acuerdes de mi sabor favorito. Si hace tres años de aquello.

Me cogió la maleta y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Espera, Niko, no voy a ir al cine con Alba y contigo. —Lo detuve y agarré de nuevo la maleta—. Os esperaré aquí.

—¡Qué despiste el mío! Al final Alba se ha quedado en el pueblo. No quería venir. No lo entiendo. —Se pasó una mano por el pelo—. Lleva unos días insistiendo en que la lleve al cine.

No dije nada, pero estuve a punto de pegar un salto de alegría y sacar mis pompones imaginarios.

—Vaya, siento mucho haberte estropeado la cita.

—Ya me lo pagarás cualquier día de estos.

Él volvió a tirar de mi maleta.

—Deja. Puedo llevarla yo —insistí.

Nuestros dedos se entrecruzaron, y él me retiró un mechón de pelo de la cara con su dedo índice para pasármelo por detrás de la oreja.

—Te noto distinta y no sé qué es.

Me llevé una mano a mi melena. Al fin se había dado cuenta de que me la había cortado.

—Ya está, has cambiado de perfume.

Me mordí el labio.

—No, espera, has crecido dos centímetros... —Se golpeó la cabeza con la palma de la mano—. Ah, no, son los tacones que llevas.

Estaba haciendo verdaderos esfuerzos para no mandarlo a paseo. El viejo Niko que conocía volvía a aflorar de nuevo.

—Ya sé lo que te pasa. ¿Dónde te has dejado las pecas? ¿Verdad que es eso?

—No —respondí—. Me he cambiado el color de ojos.

—Eso debe de ser. —Se giró y siguió caminando, arrastrando nuevamente mi maleta. Cuando me sacaba cinco metros volvió a hablar—. Por cierto, me encanta tu corte de pelo.

Me quedé clavada donde estaba. Volvía a jugar conmigo, y yo había caído en la trampa. Estaba segura de que se moría de la risa.

—¡Ay! Yasmine, ya sabes que estoy muy perdido. —Hizo un gesto melodramático—. ¿Crees que esto tiene arreglo?

—El qué, ¿tu idiotez?

—No, mi despiste. Mira que olvidarme de qué color eran tus ojos... Hubiera jurado que eran verdes.

—No, mis ojos eran amarillos, pero era un color difícil de combinar. Así que decidí darme el capricho de cambiármelos.

—Has hecho bien, porque ese verde que te has puesto te queda bien con los zapatos. Reprimí una carcajada.

Al salir de la estación, Niko se adelantó al tiempo que una mujer extraña se acercaba a mí. Tenía las pupilas dilatadas y parecía estar como en trance. No tenía pinta de estar bebida, y su aliento era agradable y olía a menta. Me agarró la mano con fuerza y con las yemas de los dedos recorrió las líneas de mi palma.

—Perdone, no tengo dinero...

La mujer hizo caso omiso de mi comentario. Sufrió un escalofrío y estuvo a punto de caer al suelo.

—¿Se encuentra bien?

Rechazó mi ayuda y siguió observando las líneas o lo que fuera que estuviera mirando. Niko todavía no se había dado cuenta de que me había quedado atrás. De repente la mujer me miró a los ojos y me dijo:

—Hay alguien que está en peligro.

Esa vez fui yo la que sufrió un escalofrío. Su voz era ronca y muy profunda.

—Por favor, me tengo que ir —le supliqué cuando ella no quiso soltarme. Su mano parecía una garra que tiraba hacia ella.

—Niña, escucha mis palabras. Hay alguien que está en peligro. —Me soltó la mano con una suavidad que me sorprendió.

Y tal como llegó se fue. Ni siquiera me pidió una propina. Todavía no tenía muy claro qué había pasado. Lo cierto era que me había dejado con mal cuerpo. Podía sentir aún el calor de su garra en mi mano. Me la froté varias veces porque la tenía marcada.

—¿Quién era? —me preguntó Niko cuando estuvo a mi altura.

—No lo sé.

—¿Qué quería?

—No lo sé.

Observé detenidamente a la mujer, que se alejaba hacia la avenida. Y como había hecho conmigo, detuvo a otra persona, pero esa vez fue a un hombre de unos cuarenta años.

—Me ha dicho que hay alguien en peligro, y no me preguntes por qué, pero la creo.

Camino del pueblo

—¡Vamos, Yasmine! ¿No me digas que vas a hacer caso a esa mujer?

—No sé qué pensar. Es que me ha mirado de una manera que no me ha gustado nada.

Me encogí de hombros. Niko se retiró un mechón de la cara de una manera tan elegante que hubiera jurado que se pasaba horas y horas delante del espejo ensayando para que pareciera casual.

—Pero no puedes creer a alguien que de buenas a primeras viene y te dice: «Hay alguien en peligro». Lo raro sería que te hubiera dado los números de la primitiva y hubiese acertado. Todo lo demás es pura casualidad.

—¿Y si es cierto?

—Claro, te ha advertido sobre mí. —Su voz se volvió más grave—. Dentro de cero coma cero segundos vas a morir. Soy un peligroso asesino que dominará el mundo con sus cosquillas.

Se acercó a mí dispuesto a cumplir su amenaza. Sabía que yo no las soportaba y que me enfurecía cuando papá se convertía en el monstruo de las cosquillas.

—No seas malvado. —Nos miramos a los ojos—. Te aseguro que no respondo de mis actos si se me va la cabeza.

Di unos pasos y me coloqué al otro lado de un banco de piedra, poniendo entre nosotros distancia. Recordé los veranos en los que jugábamos a correr alrededor de la mesa del comedor. Uno de sus pasatiempos preferidos era perseguirme con cualquier excusa para tirarme de las coletas, hacerme cosquillas o levantarme en vilo y tirarme a la pequeña piscina que mi padre hizo construir en el corral.

Sin embargo, aquel juego ya no tenía nada que ver con correr detrás de una mesa. Me sentía atraída por una fuerza interior que no sabía describir.

—No me dan miedo tus amenazas. Nadie podrá librarte de caer en mis garras.

—Niko soltó una carcajada.

—Primero tendrás que cogerme. Podemos pasarnos así toda la tarde —le reté.

—No tengo otra cosa mejor que hacer.

—Yo tampoco. —Le señalé con el dedo índice a modo de advertencia.

Alcé el frapuccino con la intención de tirárselo encima. Si quería guerra, la iba a tener. No iba a dejar que me pusiera un solo dedo encima.

—¡Eres un gallina! —Imité el cacareo y me coloqué los pulgares debajo de las axilas para bailar como ellas.

—«¡Nadie me llama gallina!» —pronunció cada sílaba como lo hubiera hecho Marty McFly en *Regreso al futuro* cada vez que Biff Tannen se lo soltaba.

—Co, co, co... ¡Eres un gallina! No me cogerás.

—No tienes tu suerte. Cuanto más tarde en cogerte, más cosquillas te haré.

Él me lanzó una mirada burlona de lo más reveladora. Estaba claro que no iba a tener piedad de mí. Con su índice me indicaba que me acercara, cosa que no hice.

—Yasmine, ¿ves este dedo? No lo pierdas de vista cuando acabe contigo.

—¿Y tú ves este? —Alcé mi dedo corazón al aire—. Como me pongas una mano encima me voy andando al pueblo. Y sabes que soy capaz.

—Claro, de eso y de cualquier cosa que te propongas.

De pronto me estremecí y volví a mirar hacia la mujer cuando elevó su voz de nuevo. Entendí perfectamente lo que estaba diciendo: «Hay alguien en peligro...».

—¿Esto no será otra broma de las tuyas? —le pregunté señalando hacia la mujer que acosaba al hombre.

Él negó con la cabeza.

—¿Por quién me has tomado?

Suspiré. No tenía muy claro si eso no era parte de una escena de una película y la mujer no era alguien a quien Niko hubiera pagado para reírse de mí. Era raro, pero me sentía atraída por ella. Estuve tentada de correr hacia donde estaba para que me explicara quién estaba en peligro o por qué iba parando a la gente por la calle. El hombre se la quitó de encima de malos modos. Alzó la voz hasta el punto de que la gente que pasaba por su lado se la quedó mirando. La mujer se fue alejando hasta desaparecer de nuestra vista sin dejar de gritarle al hombre que había alguien en peligro.

Niko llegó hasta mí y me dio un pequeño empujón con el hombro para que reaccionara.

—Venga, te invito al cine. Ya que Alba me ha dejado colgado, no puedes decirme que no. Creo que no soportaría dos rechazos en un mismo día.

—Yo no te rechazaría... —solté sin pensar.

¡Glups! Hubiera deseado que la tierra se me tragara en ese momento y no tener que ver su cara de asombro. ¿Por qué había dicho eso? ¿Realmente quería rechazarlo o por el contrario quería saber más de él? Unas mariposas revolotearon en mi estómago.

—Quiero decir que no te rechazaría porque tú y yo nunca vamos a tener una cita ni nada que se le parezca. Somos hermanastros.

—Y, sin embargo, no nos une ningún lazo de sangre.

—¿Lo dejamos para otro día? Estoy cansada. Vámonos a casa. —Bajé la cabeza hacia el frapuccino de fresa. Si seguía hablando diría otra vez algo de lo que me arrepentiría—. Tengo ganas de ver a la pequeñaja.

—Como desees.

Lo seguí hasta la caseta donde tenía que abonar el importe del parking.

—¿Qué tal con los chicos? —le pregunté.

—Bien, con los chicos bien. Ya sabes, Kike sigue con sus ordenadores y le han llegado ofertas de algunas empresas para trabajar. Nando está cada día más enamorado de Belén. Se pasan el día metiéndose mano. Son unos babosos. Y bueno, José, ya lo conoces, aún le da vergüenza hablar con las chicas.

—¿Este año también habéis pensado en organizar algún baile en el casino?

—Claro, nuestros bailes ya son legendarios. Vamos a hacer un baile temático.

—¡Qué bien!

Después nos dirigimos hacia el coche mientras no apartaba mi mirada del vaso que llevaba en la mano. Me pregunté cómo Ana conservaba aún esa antigualla de los años ochenta. Estaba segura de que ni papá había conocido a mamá cuando ese modelo Renault5

salió de fábrica, y de eso ya hacía más de veinte años.

—¿Cuándo piensa jubilar tu madre este cacharro? No entiendo cómo aún circula por la carretera...

—¿Carretera? A donde vamos no necesitamos... carreteras. —Niko chasqueó la lengua.

Puse los ojos en blanco.

—¿Estás comparando este cacharro con el *DeLorean* de Marty MacFly?

—De momento no se ha fabricado un coche más fuerte que este. Con el condensador de fluzo aguantará como mínimo unos años más.

Abrió el maletero para meter mi maleta. Le costó embutirla en un espacio tan pequeño. Tuvo que quitar la bandeja para que la puerta cerrara bien.

—Tenías que haberte traído el coche familiar —dije cuando advertí que mi maleta ocupaba todo el maletero e impedía la vista del conductor.

—No te preocupes, después de transportar todo lo necesario para Carlota, tu maletín de la Señorita Pepis no resulta tan grande.

—¡Tú siempre tan ingenioso! —Le saqué la lengua.

Después abrió la puerta del copiloto y no la cerró hasta que me acomodé.

—Tiene hasta aire acondicionado —replicó cuando abrí la ventanilla señalando un pequeño ventilador que había encima de la guantera.

—¿Estás seguro de que llegaremos a casa?

—Sí.

Niko metió la llave en el contacto y esperó unos tres segundos para poner el coche en marcha. Parecía estar pensando en algo. Al levantarse la barrera para salir del parking puso una cinta en el radiocasete. El Renault5 era tan antiguo que no tenía reproductor de CD y utilizaba las antiguas cintas para escuchar música. Además del cine, le gustaban los Beatles. La canción que empezó a sonar era: «A Little Help From My Friends», que comenzó a tararear cuando llegó al estribillo.

Do you need anybody

I need somebody to love

Could it be anybody

I want somebody to love

Would you believe in a love at first sight

Yes I'm certain that it happens all the time

What do you see when you turn out the light

I can't tell you, but I know it's mine

Oh I get by with a little help from my friends

Mmm I get high with a little help from my friends

*Oh I'm gonna try with a little help from my friends...**

—¿Te tomas algo en serio? —quise saber cuando empezó a tocar una batería imaginaria en un semáforo en rojo.

Él giró la cabeza muy despacio. De repente su gesto se volvió serio. Pocas veces lo había visto así.

—¿A qué viene esa pregunta?

—No sé, a lo que ha ocurrido hace un rato con Iván. ¿Cuántos años llevas jugando a ser el doctor Jones?

Volvió a retirarse el pelo de la cara. Me miraba a los ojos sin pestañear.

—Llevo toda la vida soñando con ser médico. Me tomo muy en serio llegar a serlo.

Todo lo demás no es tan importante.

—¿Y a mí me tomas en serio?

—Claro, Yasmine. —Me revolvió el pelo.

—Ya entiendo. —Me coloqué de nuevo el flequillo en su sitio.

—¿Sabes una cosa? No sé si te lo habrá contado mi madre, pero pasé mi infancia en una comuna hippy en Ibiza.

Aquella revelación me sorprendió. Era cierto que Ana vestía con vestidos holgados y con ropa un poco extravagante cuando salía del bufete de abogados, pero nunca hubiera dicho que había pertenecido a una comuna hippy. Y más sabiendo que el padre de Niko era un acaudalado hombre de negocios de Manhattan.

—¿Para qué preocuparse del mañana si no sabemos qué va a ocurrir hoy? Lo hecho hecho está, el pasado no se puede cambiar. El futuro está por llegar. Lo mejor es poner una sonrisa al momento presente que estás viviendo. Hay un dicho swahili que dice: *Hakuna matata*...

—¿Esa es la canción de *El rey León*! —exclamé mordiéndome el labio—. ¿Me estás tomando el pelo?

—No. Es cierto que la cantan Timón y Pumba, pero es un dicho que significa...

—¿No hay problemas?

—Sí, o no te angusties.

Cuando paramos en otro semáforo Niko se inclinó un poco sobre mi regazo para coger de la guantera otra cinta de radiocasete. Era la versión española de *El rey león*. Estaba incluida en la lista de las doscientas películas que no me podía perder antes de pasar a mejor vida.

—Estas dos palabras resolverán todos tus problemas: *hakuna matata*.

Olí su aroma a colonia de niño cuando se incorporó de nuevo. ¡Cómo me gustaba su olor! Quitó la cinta de los Beatles para poner la que había cogido. Sonaron los primeros acordes de la canción:

Hakuna Matata,

Vive y deja vivir

Hakuna Matata,

Vive y sé feliz.

Ningún problema

Debe hacerte sufrir

Lo más fácil es

Saber decir

Hakuna Matata

¿Hakuna Matata?

Sí, es nuestro dicho...

Me dio un codazo para que repitiera cuando él me indicara. Después de que Timón le explicara al pequeño Simba la historia de Pumba Niko me hizo un gesto con la mano para que cantara con él. Por alguna extraña razón me uní a él. No cantábamos nada mal los dos juntos. Él tenía voz de barítono, y la mía era de soprano, un tono más agudo.

Hakuna Matata,

Qué bonito es vivir

Hakuna Matata,

Vive y sé feliz.

Ningún problema

Debe hacerte sufrir...

—Sí, canta conmigo, pequeña...

—Está bien, *hakuna matata* —respondí cantando y asintiendo con la cabeza.

Nos pasamos parte del camino cantando canciones de películas de Disney. Tenía que reconocer que Niko había conseguido que me olvidara de todos los malos ratos que me había hecho pasar durante los últimos cinco años y había descubierto que me gustaba estar con él cuando se decidía a ser el chico al que todo el mundo adoraba. Nos reímos poniendo voces a las canciones, que sonaron durante más de una hora. Alguna que otra vez, cuando la circulación lo permitía, él me ponía un boli delante de los labios a modo de micrófono para que fuera yo la que cantara, y otras veces era yo quien jugaba a que cantara mi hermanastro.

Nos faltaban unos diez kilómetros para llegar a Caños del Agua cuando sonó la canción de «Bésala» de *La sirenita*:

Ella está ahí sentada frente a ti.

No te ha dicho nada aún,

pero algo te atrae,

sin saber por qué te mueres por tratar de darle un beso ya ...

... El momento es en esa laguna azul,

pero no esperes más, mañana no puedes,

no ha dicho nada y no lo hará si no la besas ya...

Chalala, no hay por qué temer, no te va a comer ahora, bésala...

Dejé de cantar y contuve el aliento cuando Niko me miró. Tragamos saliva. Se

inclinó levemente sobre mi hombro, como buscando mis labios, sin dejar de cantar la canción. No podía ser. ¿Eran imaginaciones mías o quería besarme? Se suponía que él estaba saliendo con Alba y ahora se ponía a coquetear conmigo. ¡Ni de coña! ¡Menudo capullo! En el caso de que me gustara Niko, yo no era el segundo plato de nadie.

*Chalala, sin dudar no la evites más, ahora bésala
Chalala, por favor escucha la canción, y ahora bésala...*

Entonces, en el último segundo, cuando nuestros labios estaban casi rozándose él desvió la mirada hacia la carretera y carraspeó. Solté un bufido. Me dio rabia que se pusiera a tontear porque le había fallado su cita con la estúpida de Alba. De repente Niko dio un volantazo y llevó el coche hacia el arcén intentando controlarlo. El momento mágico había pasado y la realidad nos abofeteó.

—¿Qué ha pasado? —Mi cuerpo cayó hacia delante cuando el coche frenó en seco.

—Creo que hemos pinchado.

Antes de salir al arcén puso el freno de mano y agarró un chaleco reflectante que había debajo de su asiento.

—Si vas a salir será mejor que te pongas el otro chaleco y que te pegues al quitamiedos.

—Sí, voy a salir a ayudarte y a poner los triángulos de emergencia.

Mientras él sacaba la rueda de repuesto y el gato, me alejé unos metros para poner el primer triángulo. No había colocado todavía el segundo cuando oí un sonido que me dejó helada. Alguien había disparado una escopeta no muy lejos de donde nos encontrábamos Niko y yo. Después oí claramente otro disparo.

De caza

Tras los dos disparos oímos el grito desgarrador de una chica que me llegó hasta lo más hondo y me revolvió el estómago. La sangre me bajó de golpe a los pies.

Mamá siempre dice que la vida es desconcertante, unas veces porque te regala momentos emocionantes y maravillosos, otras porque vives instantes dolorosos y otras veces porque te pone en situaciones de auténtico miedo. Y esa era exactamente la situación en la que me encontraba ahora. Yo era de las que, cuando me imaginaba escenas de terror, me gustaba hacerlo sentada en una butaca de cine y no en un lugar lejos de la civilización. Aún nos quedaban unos cuantos kilómetros para llegar a Caños del Agua y la casa más cercana estaba un poco lejos.

Aunque no era muy tarde, solo eran las diez y media de la noche, no nos habíamos cruzado con ningún otro coche en la última media hora. La luz que nos iluminaba era la de los faros del Renault5, por lo que apenas veía delante de mí, pero en cuanto oímos el grito supe que Niko estaba mirando hacia donde estaba. No podía verle la cara, aunque tenía la sensación de que ya no lucía esa sonrisa que le caracterizaba.

Me quedé quieta, con miedo a respirar por si la persona que había disparado nos descubriría. Hubiera jurado que estaba a menos de cuatrocientos metros de donde estábamos nosotros.

Me acordé entonces de lo que me había pasado apenas hacía una hora al salir de la estación del AVE. Era posible que fuera una casualidad como me había dicho Niko, aunque también podía ser que la mujer tuviera razón y alguien estuviera en peligro. Ya no sabía qué pensar. Por un segundo deseé que esa última opción no se hiciera realidad.

No obstante, cuando me recompuse, saqué mi smartphone para llamar por teléfono a la policía, pero, desafortunadamente, no había cobertura en aquel tramo de carretera.

—¿Qué ha pasado? —musité cuando Niko se acercó hasta mí mirando a nuestro alrededor.

—No lo sé. No estamos en época de caza. —Posó sus manos sobre mis hombros—. ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza, aunque lo cierto era que me temblaban las rodillas. Sin embargo, no quería parecer Myrtle, la llorona. Nunca había soportado el rol de esas chicas quejicas y en apuros que esperan a que alguien las rescate.

No creía en los príncipes azules, y yo tampoco era una princesa ñoña.

—Quiero que vayas al coche y cierres la puerta. Y, por favor, no salgas. —Era la primera vez en todo el día que veía que se había puesto serio de verdad—. Yo iré a echar un vistazo.

—No, Niko, no voy a meterme en el coche. Está claro que Chiti Chiti Bang Bang no se va a mover, por lo tanto da igual si me quedo aquí o me voy contigo. Si te pasa algo luego vendrán a por mí, así que prefiero estar contigo.

—No estoy de broma, Emma.

—Yo tampoco, Nikola.

—Está bien —murmuró poco convencido.

Me agarró de la mano y nos encaminamos hacia el coche para apagar las luces. Cerró las puertas, cogió el gato y me pasó una pequeña linterna que llevaba en la mano.

—¿Crees que es buena idea que llevemos los chalecos reflectantes puestos? —le pregunté antes de saltar la barrera del quitamiedos para adentrarnos en el bosque.

—Tranquila, es posible que sean dos chavales jugando al tiro con diana.

—¿Y si...?

—Recuerda —me pellizcó el mentón con delicadeza—, *hakuna matata*.

El comentario no hizo que me sintiera mejor, porque en cierto modo ambos sabíamos que no estaba siendo sincero. Habíamos oído perfectamente el grito de una chica, y no parecía la típica broma de dos chavales. Aquello era algo más serio. No creo que nadie que no estuviera verdaderamente en peligro se pusiera a gritar en mitad del bosque.

Con la intranquilidad alojada en mi garganta nos adentramos en el bosque.

—Está bien, *hakuna matata*.

Tras estas últimas palabras permanecemos callados, pendientes de cualquier ruido que nos resultara sospechoso. Aunque me sudaba la mano, Niko no hizo amago de soltarme. Tenía la boca tan seca que mi lengua parecía un estropajo, y por mucho que tratara de mojar me los labios no conseguía que estuvieran húmedos.

—No nos alejaremos mucho —comentó cuando apreté su palma más de lo normal—. Tranquila.

Hubiera querido decirle que estaba tranquila, pero apenas me salían las palabras.

Los árboles se recortaban oscuros e imponentes contra el cielo negro. Se asemejaban a fantasmas dispuestos a abalanzarse sobre nosotros. Podía imaginarme infinidad de cosas que me harían sufrir pesadillas horribles, aunque preferí no hacerlo; cuando estuviera más calmada y tumbada sobre la hierba viendo pasar las nubes ya dejaría volar la imaginación. Era mucho más agradable imaginar inocentes corderitos o corazones que a una persona de dos metros y medio con un hacha en la mano abalanzándose hacia mí.

Era cierto lo que decía mamá de que yo tenía una imaginación desbordante, pero conforme nos fuimos adentrando advertí el bisbiseo de unas palabras de un chico que no logré entender. Me pareció como que rezaba al tiempo que sollozaba y se sorbía los mocos.

Hice que Niko se detuviera, aunque cuando nos quedamos parados el murmullo desapareció. Giré sobre mis talones tratando de no hacer ruido. El corazón me latía con tanta intensidad que llegué a creer que la sinfonía que estaba tocando se oía a cinco kilómetros a la redonda.

Apenas veíamos nada a un metro de nosotros. Seguimos avanzando procurando no hacer ruido. El bosque parecía tener su propio sonido. Un búho ululó a lo lejos, la brisa de la noche mecía con viveza las ramas de los árboles, y algún perro perdido ladraba a la luna, que estaba escondida tras las nubes. A medida que nos adentrábamos, la oscuridad se iba haciendo cada vez más insoportable. Aunque a esas horas había bajado la temperatura, sentía mucho calor y me faltaba el aire. Tenía la sensación de que alguien nos observaba. Me mordí el labio para no dar muestras de lo inquieta que me sentía.

No habíamos recorrido ni doscientos metros en el bosque cuando advertimos un

chasquido muy cerca de nosotros. Alguien había pisado una rama. También podía ser un animal. Había muchos jabalíes por la zona. No sería la primera vez que salían a la carretera para cruzar al otro lado del río. Niko me colocó detrás de él, en un acto reflejo.

Nos quedamos quietos, expectantes por saber qué pasaría a continuación. No quería que se me notara lo nerviosa que estaba, pero lo cierto es que temblaba de arriba abajo.

—¿Hola? —dije con un hilo de voz.

Niko levantó el brazo en el que llevaba el gato y me agarró de la mano para que apuntara con la linterna hacia el lugar donde habíamos oído el chasquido.

—¿Qué es eso? —susurré muy cerca del oído de Niko.

Un trozo de tela de una manga de una camisa colgaba en la rama baja de un árbol. Nos acercamos, y él tiró de ella. Enseguida nos dimos cuenta de que tenía sangre seca.

Volví a oír un murmullo, pero esa vez sí me pareció advertir claramente que alguien estaba rezando.

Enseguida el sonido de un móvil, que no era ni el mío ni el de Niko, zumbó lejos de donde estábamos nosotros. Tras cinco tonos paró de sonar.

Saqué entonces mi smartphone para llamar por teléfono, porque si aquel móvil tenía cobertura el mío también tendría. No obstante, no llegué a marcar ni el primer número cuando alguien amartilló un arma con calma. La sangre se me heló y contuve la respiración.

—¡Corre!

Antes de que me diera cuenta Niko tiró de mí hacia donde estaba la carretera. Desde luego fue una buena decisión, porque si hubiera sido por mí no habría reaccionado tan deprisa.

Tuve que fiarme de Niko, porque él era quien iba delante y decidía por dónde teníamos que ir.

Mientras corríamos Niko se quitó su chaleco y yo hice lo mismo cuando atronó el primer disparo detrás de nosotros. Me llevé la única mano que tenía libre a la cabeza y me encogí de hombros todo lo que pude. Apagué también la linterna y seguí el ritmo de Niko, que solo me soltó la mano para quitarse el chaleco. Se detuvo dos segundos hasta que llegué a su lado y volvió a tirar de mí. No podía creer que alguien corriera detrás de nosotros como si fuera a darnos caza. Me alegré de que nos hubiéramos quitado el chaleco, porque de otra manera lo más probable era que hubiera acertado sobre alguno de nosotros.

Llegamos a la carretera y saltamos el quitamiedos sin detenernos siquiera en ese momento. Me di cuenta de que me había desgarrado la parte interna del muslo derecho porque lo noté un poco húmedo. No hice caso al dolor intenso que empezaba a sentir y seguí avanzando sin pensar en que la sangre me iba bajando por la pierna.

Dejamos el coche atrás y nos precipitamos hacia el pueblo.

Notaba un dolor punzante en los pulmones. En cualquier momento el corazón se me saldría por la boca y caería fulminada al suelo; eso, o de un momento a otro Niko me despertaría y me diría que me había dormido en el coche. El aliento me quemaba en la garganta cada vez que trataba de coger aire.

No sé durante cuánto tiempo estuvimos corriendo hasta que decidí girar la cabeza para saber por dónde iba nuestro perseguidor. Después del primer disparo ya no había vuelto a cargar la escopeta sobre nosotros.

—Para, Niko, no puedo correr más. —Caí de rodillas al suelo.

Entonces mi cuerpo se puso a temblar y me abracé para controlar los espasmos involuntarios. Me llevé la mano a la herida de mi pierna, que palpitaba de dolor.

Niko se arrodilló a mi lado y enredó sus dedos en mi pelo para acunarme en su

pecho. Aún no se había dado cuenta de que estaba sangrando y de que me costaba caminar.

—Ya está, ya ha pasado... «no siento las piernas» —dijo imitando a Sylvester Stallone en *Rambo*. Soltó una risa nerviosa, quizá provocada por la histeria del momento.

La que no las sentía era yo. Le pegué un manotazo en el hombro y me puse a reír nerviosamente a la vez que no podía parar de llorar.

—¡Joder, Niko, hemos estado a punto de palmarla, y tú parece que no tengas miedo a morir!

—No es que no tenga miedo a morirme. Solo que no quiero estar allí cuando suceda...

Elevé los ojos al cielo. Niko era un caso perdido. En una situación como aquella me salía con un chiste de Woody Allen. Lo observé. Estaba tan agotado como yo, pero mantenía el gesto sereno.

—Creo que voy a necesitar unos cuantos puntos...

Entonces Niko bajó la cabeza hacia la mano que tapaba la herida y después me miró a la cara con un gesto de alarma.

—Deja que la vea.

Encendí la linterna para ver el aspecto que presentaba mi pierna. No tenía un corte muy grande, aunque sí profundo. Él no dijo nada. Advertí que se mordía el interior de la mejilla con inquietud. Se quitó la camiseta y la desgarró por la mitad para hacerme un vendaje improvisado.

A pesar del dolor que me producía la herida no podía quitar los ojos de ella. Había algo hipnótico en ver cómo se iba empapando de sangre.

—¿Estás mareada?

Negué con la cabeza, aunque cuando fui a ponerme en pie perdí el equilibrio. Niko me sujetó por la cintura y yo me apoyé en él.

—Vamos a seguir caminando mientras vienen a por nosotros.

El móvil de Niko sonó en ese momento. Ana llamaba un poco alarmada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él.

Me pegué a él un poco más para escuchar qué decía. Al parecer, Andrea, una de las amigas de Niko, llevaba varios días desaparecida. Lo peor de todo era que la última persona que había estado con ella era él. La Guardia Civil estaba en casa para hacerle unas preguntas.

Dudas

En cuanto Niko colgó el teléfono, papá tardó en llegar menos de diez minutos. Durante el tiempo que estuvimos esperando, permaneció callado. De vez en cuando me apretaba la venda que había improvisado y después volvía a su mutismo. La noticia de la desaparición de Andrea lo había dejado en un estado de ensimismamiento. No parecía él. Lo que hubiera dado por que volviera a ser el que todo el mundo conocía, el chico alegre que siempre tenía una frase de película en la boca.

Andrea y él estuvieron saliendo hacía cuatro años, en concreto el primer verano que pasamos en Caños del Agua, después de que papá y Ana se casaran. Tras aquel noviazgo fugaz, Niko no había vuelto a salir con ninguna chica del pueblo, aunque no por falta de oportunidades. Algunas de sus amigas se pasaban el día tonteando con él. No obstante, desde que lo conocía no había mostrado interés por nadie.

Era cierto que Andrea había intentado volver a salir con él, aunque a él solo le interesaba como amiga, con la que salía a correr muchas mañanas.

Me quedé mirándolo un instante. Parecía inquieto. Una ráfaga de viento le apartó un mechón de la cara, dejando al descubierto sus ojos, de un azul intenso. Había algo en su gesto que me produjo un escalofrío, aunque no hubiera sabido decir si era agradable o no.

—¿Tienes frío? —me preguntó cuando me abracé las rodillas.

—Un poco.

Niko me acercó hasta sus brazos y frotó los míos para que entrara en calor. Era agradable sentir su abrazo; sin embargo, una punzada de dolor me atravesó la pierna, provocándome un latigazo desde el dedo gordo del pie hasta la raíz del cabello. Me estremecí cuando el dolor se hizo más intenso, aunque no insoportable.

—Si buscabas el momento perfecto para que te abrazara, has elegido el adecuado.

—Ya puestos a elegir hubiera preferido estar en brazos de un chico guapo que no me hiciera correr por una carretera oscura.

—No sabía que fueras tan previsible.

Me giré hacia él. El azul de su mirada se dulcificó. Arrugué el entrecejo cuando nos miramos a los ojos y me di cuenta de lo cerca que estábamos, de que nuestros labios estaban a punto de rozarse, pero sobre todo me di cuenta de lo bien que me sentía estando a su lado y de ese olor que se colaba por cada poro de mi piel. Tenía que reconocer que sentía cierta debilidad por los chicos que usaban colonia de niños. Y Niko no había cambiado en ese aspecto desde que lo conocía.

—¿Qué quieres decir?

—Está visto que contigo todo es posible —me dijo acariciándome la mejilla.

Unas luces nos deslumbraron sin darme tiempo a preguntarle a qué venía su último comentario. Se levantó del suelo e hizo señales con los brazos. Papá no venía solo. Dos

guardias civiles lo acompañaban en otro coche. En cuanto me vio, corrió hacia mí, y yo me tiré a su cuello y me derrumbé en sus brazos. Me dejé cuidar por él. Lo necesitaba. Cerré los párpados, y él no pudo evitar soltar unas lágrimas. En realidad a mí también me apetecía llorar, pero uno de los dos tenía que conservar la calma. No era la primera vez que lo consolaba. En ocasiones se hacía el duro, pero yo sabía que era un sentimental de lágrima fácil. En eso no me parecía en nada a él.

—No ha pasado nada —le dije tras comprobar que estaba tan emocionado que se sacó un pañuelo de tela para limpiarse las lágrimas—. Solo necesito unos puntos. Si apenas me duele —mentí.

—¡Dios mío, cómo ha podido pasar esto! —Papá no dejaba de exclamar y de pasarme la mano por el pelo—. ¿Quién es el loco que anda por el bosque disparando?

Al final terminé por consolarlo yo a él. Además de llorar estaba temblando.

—Venga, por favor... Al final vas a conseguir que me ponga a llorar yo también. Te dejaré que me cuides y me mimes.

Aquello pareció que lo animaba un poco más, y es que desde bien pequeña estaba acostumbrada a ser bastante independiente y a no pedir ayuda. Supongo que la separación me afectó en ese aspecto.

Esbozó una sonrisa y me abrazó con fuerza.

—Mi pequeña Emma. ¿Cuándo te has hecho tan mayor?

Cuando papá se hubo calmado un poco y se dio cuenta de que la herida no dejaba de sangrar, me dio un analgésico y dos valerianas, aunque realmente quien necesitaba calmar los nervios era él.

Después de que Niko explicara lo que nos había pasado e indicara a la Guardia Civil dónde habíamos pinchado, me monté en el coche de mi padre y recorrimos los tres kilómetros que más o menos nos separaban del Renault5.

Me asombré del trayecto tan corto que habíamos recorrido y de lo largo que se me había hecho mientras corríamos.

Nada más llegar, papá salió del coche y me indicó que no me moviera. Esa vez sí que me iba a quedar sentada. Me abandoné en el asiento y giré la cabeza hacia la ventanilla. Niko también había salido del coche de la Guardia Civil. Mantenía los hombros caídos y las manos en los bolsillos al tiempo que mi padre y los dos agentes colocaban la rueda de repuesto. Yo, por mi parte, estaba muy cansada, y los ojos se me cerraban. No creí que las dos valerianas hicieran tan pronto efecto. Ni siquiera la Pepsi que me había tomado para que no me bajara la tensión lograba que me mantuviera despierta. Lo que realmente necesitaba era llegar a mi cama, y no despertarme hasta pasados unos días y olvidarme del mal trago vivido.

Mientras, mi padre terminaba de hablar con los guardias civiles y solucionar el tema del coche. Creo que Niko quería decirme algo, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Bajé la ventanilla hasta abajo. Apoyó los brazos en la puerta y metió la cabeza dentro. Me dedicó media sonrisa.

—¿Cómo estás, Yasmine?

Me encogí de hombros.

—Ya no me duele casi nada —volví a mentir.

—¿Eso quiere decir que podrás resistir a que no te coja la mano mientras te ponen un poco más guapa?

—Una no sabe ya qué hacer para llamar la atención. El cambio de color de ojos se ve que no ha surtido efecto.

—¡Ay! Siempre soñé con correr una aventura con la mujer de Frankenstein.
—En realidad esto ha sido a propósito. —Señalé la herida—. ¿Voy por buen camino?

—Hummm, deja que lo piense... —Tamborileó con los dedos de su mano derecha sobre su mejilla.

—Vaya, debo de parecer una idiota comparada con todas las chicas a las que conoces.

Niko soltó una carcajada. ¿Eso significaba que me daba la razón y me encontraba un poco idiota, o por el contrario le resultaba divertido mi comentario? Estábamos coqueteando, y yo no estaba haciendo nada para impedirlo.

—No, yo diría que eres diferente, única en tu especie —me contestó segundos después.

—Ya, única como el mono araña, que está en peligro de extinción.

—Claro que sí, carita de mono. Si es lo que yo digo, es más fácil estar con un trol que contigo.

Me revolvió el pelo.

—Ya, es que no sabía cómo deshacerme de ti —le comenté.

—¿Tan pronto? —Soltó un silbido—. Te puedo asegurar que hoy me he esforzado. Seguro que no te has aburrido.

—«Aburrir» no es el verbo adecuado.

—La próxima vez seguro que se me ocurre algo mejor.

Me guiñó un ojo. Estaba batiendo mi propio récord. En un mismo día dos chicos me habían guiñado un ojo. Aunque estaba muy cansada y las valerianas que me había dado papá empezaban a hacer más efecto del que esperaba, le sonreí.

Ahora que lo tenía tan cerca no me hubiera importado que viniera con nosotros. Mientras corríamos por el bosque y por la carretera, cogiéndome de la mano, me había sentido protegida. De alguna manera sabía que Niko no iba a dejar que me ocurriera nada malo.

—La próxima vez no me busques para este tipo de aventuras. —Los ojos se me habían cerrado y notaba que todo el cuerpo me pesaba. De pronto entré en un estado de duermevela y no pude razonar con normalidad.

Sé que dije algo, pero no recuerdo qué.

—... bueno, Yasmine, deja de imaginar cosas. Siempre te preocupas por nada.

Sus palabras me hicieron abrir de nuevo los ojos.

—¿Por qué me dices que no me preocupe? —Notaba la lengua pastosa.

—Porque me acabas de pedir que no te deje sola.

Hizo como que se quedaba con mi nariz y después me revolvió el pelo. Quise responderle y decirle que no era cierto que le hubiese pedido que me acompañara, pero mi lengua se había quedado tan dormida como mi mente. Aun así, deseaba que estuviera a mi lado.

Tampoco recuerdo el momento en el que papá volvió a montarse en el coche para llevarme al hospital, ni cuando llegamos a la sala de urgencias. Me despejé un poco cuando un enfermero me ayudó a sentarme en una silla de ruedas y me llevó hasta un mostrador. Una chica joven atendía al teléfono mientras otra un poco mayor me pasó una hoja para que la rellenara. Enseguida llegó papá e hizo todos los trámites por mí.

En la sala de espera volví a quedarme dormida. Había alguien que estaba gimiendo, aunque estaba muy cansada para prestarle atención.

Alguien dijo mi nombre dos veces. Bueno, en realidad dijo Yasmine. Aquello no podía ser parte de un sueño. Abrí los ojos como platos y encontré que Niko estaba de rodillas frente a mí.

—Te van a pasar ya. —Me estaba sonriendo. No sé si fue por efecto del aturdimiento, pero su sonrisa me pareció maravillosa.

¿Cómo no me había dado cuenta antes! Acaricié su mejilla, y él me dejó que trazara pequeños círculos.

—¿Has venido!

—Claro, Chiti Chiti Bang Bang me ha traído hasta aquí. Yo no quería venir, te lo aseguro. Pero ya sabes lo cabezota que es esa cafetera.

Papá dejó que Niko empujara mi silla.

—Como diría el doctor House: «Es curioso ver que si te estás muriendo, de repente todo el mundo te quiere» —dijo Niko.

—Entonces recuérdame que no sea paciente tuya.

¿Cómo sería ser paciente de Niko?, me pregunté. Nunca me lo había planteado, aunque no me gustaría que explorara y descubriera algunos de mis secretos.

Un chico joven, que no llegaba a los treinta, nos esperaba en un box. En una mano llevaba una jeringuilla, y en la otra, un frasco de cristal. Se acercó a mí para explicarme todo lo que me iba a hacer. Primero me puso una anestesia y, mientras hacía efecto, me puso una vacuna antitetánica. Me dijo que necesitaría siete puntos más uno interno.

No sé qué me pasaba con las agujas, que cuando las veía me sentía atraída por ellas. Observé cómo el enfermero la metía y la sacaba con precisión en mi piel pálida. Sé que mi madre ya se habría desmayado y habría sufrido un ataque de histeria, pero una vez que empezó a coserme me di cuenta de que no me hacía falta que nadie me cogiera la mano.

Al salir del hospital paramos en un bar para comprar unos bocadillos de calamares con mahonesa, al cual yo además le añadí bastante ketchup, para tomárnoslos por el camino. No me apetecía comer, pero me obligué a hacerlo, porque hacía muchas horas que no tomaba nada. Niko venía detrás de nosotros en el Renault5. Volví a dormirme en el coche y no me desperté hasta que llegamos a Caños del Agua.

Ana salió a recibirnos y cuando puse un pie en el suelo me abrazó. Tenía que reconocer que era más cariñosa y efusiva que mi madre. Para ella yo era como una hija más. Enseguida comenzó a dar órdenes. Le indicó a Niko que cogiera mi maleta y que la llevara a mi habitación y a papá que atendiera a Carlota, que se había despertado.

—Tienes que estar reventada. He preparado leche con canela y las galletas de chocolate blanco que te gustan, pero mejor lo dejamos para mañana. ¿Te parece?

Asentí. Ana parecía saber lo que necesitaba realmente, y se lo agradecí con un beso en la mejilla. Me acompañó hasta el piso de arriba, hasta mi habitación, al tiempo que me contaba las últimas anécdotas de Carlota. Según papá, la pequeña se parecía cada vez más a mí, aunque había sacado la mirada de Niko.

Pese a que me apetecía una ducha, me tumbé en la cama y dejé que Ana me tapara con la sábana. Las noches en Caños del Agua eran frescas.

Una de las cosas que más me gustaban de estar en el pueblo era el silencio que se respiraba. Muy pronto me dejé vencer por el cansancio. Antes de que amaneciera me despertó una sensación urgente de sed. Durante buena parte de la noche había soñado que no dejaba de correr. Me levanté tratando de no hacer ruido y fui hasta la cocina. El reloj marcaba las cinco y media. Un ruido sordo me alertó de que había alguien en el corral. Me acerqué a la ventana para ver de quién se trataba. Niko había salido por la puerta de atrás y

llevaba algo en una mano que no pude distinguir. Subí las escaleras hasta mi habitación todo lo deprisa que me permitieron mis piernas para tener una mejor perspectiva, pero cuando llegué la oscuridad se lo había tragado.

«¿Adónde iré a estas horas?», me pregunté.

Revelación

Bendijo Dios el séptimo día y lo hizo santo, porque ese día descansó de sus trabajos después de toda esta creación que había hecho.

Génesis 2:3

Domingo, 1 de julio de 2012

Hacía frío, mucho frío, en aquella habitación que olía a humedad y a algo más que Andrea no supo determinar. El olor era como dulzón, recordaba las frutas y verduras cuando se pudren. Hacía horas que nadie le daba agua, y tenía los labios resecos. De vez en cuando se pasaba la lengua por el cielo del paladar para que la boca no se le quedara pastosa.

Permanecía sentada en una silla con las manos atadas a la espalda, desnuda y con una venda en los ojos. Le sangraba una herida reciente en el brazo y le dolía todo el cuerpo. Tras muchas horas, quizá días, encerrada, había conseguido escapar y huir a través del bosque, aunque sin éxito. Durante diez minutos pudo sentir de nuevo la libertad y el aire en su cara. Cuando el chico la alcanzó no tuvo piedad de ella. Se abalanzó como un lobo hambriento y descargó toda su rabia sobre su cara hasta dejarla inconsciente.

Volvía a estar en aquel apestoso lugar. Andrea quería gritar bien alto que ella no debía estar en aquel sótano maloliente, pero una cinta de embalar se lo impedía. Se dejó llevar por el desconsuelo, y las lágrimas le cubrieron las mejillas.

Con el hombro desnudo se rozó los labios doloridos y contuvo la respiración. Nada podía calmar el dolor que sentía. Tenía la parte izquierda de la cara hinchada, y aunque llevaba una venda advirtió que no podía abrir un ojo.

En ese momento solo podía oír cómo el chico caminaba a su alrededor con nerviosismo. Levantó el mentón para seguir las pisadas. De vez en cuando el cansancio podía con ella, aunque no llegaba a dormirse del todo.

Sufrió un sobresalto cuando el chico pegó una patada a la silla y cayó hacia atrás. Notó cómo se le escapaba el pis de puro miedo. Gimió y después sollozó cuando sintió que los dedos de sus manos se quebraban como una lámina de hielo.

Entonces él, el chico que la había secuestrado en el bosque, musitó unas palabras:

—«Se apoderó de mí el Espíritu el día del Señor y oí a mis espaldas una voz que sonaba como trompeta. Me volví para ver quién me hablaba. Detrás de mí había siete

candelabros de oro, y en medio de los candelabros vi como a un hijo de hombre vestido con una túnica que le llegaba hasta los pies y un cinturón de oro a la altura del pecho. Escribe en un libro lo que veas y envíalo a las siete Iglesias...».

Él se frotó las manos. Siguió hablando.

Andrea solo deseaba que todo se acabara, que se callara ya y que alguien la rescatara de una vez por todas. Sus amigos tenían que echarla de menos, y sus padres tenían que haber llamado a la policía.

—«Al verlo caí como muerto a sus pies; pero me tocó con la mano derecha y me dijo: No temas, soy Yo, el Primero y el Último, el que vive. Estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos y tengo las llaves de la Muerte y de su reino...».

De repente, Andrea giró la cabeza hacia el lado contrario del que se encontraba el chico. Una segunda persona bajaba por las escaleras. Comenzó a temblar porque sabía quién llegaba. Su olor lo delataba. A él le temía mucho más que al que la había secuestrado. Rezó como nunca para que no se le volviera a acercar y para que sus manos no la tocaran de nuevo. Aunque no podía hablar volvió a gimotear cuando la agarró del pelo y la levantó a peso hasta volver a colocar la silla en su sitio.

—Eres un estúpido —soltó el chico que acababa de llegar. Gritaba al oído de Andrea y esta se encogió de hombros. Ella notó el sudor acre que desprendía, el olor de los días que llevaba sin ducharse. Retiró la cabeza cuando él rozó con sus labios su mejilla—. Han estado a punto de pillarnos. ¿Por qué la has dejado salir? «Tú no heredarás nada de la casa de nuestro Padre, pues no eres más que el hijo de una extranjera.»

El otro chico se frotó las manos con el pantalón y después se las llevó a la cara y comenzó a llorar desconsoladamente.

—Me engañó...

—«El que tenga oídos oiga este mensaje del Espíritu a las Iglesias: Al vencedor le daré un maná misterioso. Le daré también una piedra blanca con un nombre nuevo grabado en ella que solo conoce el que lo recibe.»

—Me dijiste que me protegerías. Me lo juraste...

—«Ven, que te voy a mostrar el juicio de la famosa prostituta que se sienta al borde de las grandes aguas; con ella pecaron los reyes de la tierra, y los habitantes de la tierra se emborracharon con el vino de su idolatría.»

El joven recién llegado le entregó al otro el cuchillo de caza que llevaba en la mano. En su mirada se había desatado la furia.

—Ha llegado la hora de que te absuelva de tus pecados.

Andrea negó con la cabeza. Contuvo la respiración cuando advirtió una hoja afilada sobre su cuello. Después se hizo nuevamente la oscuridad más absoluta.

La visita

Domingo, 1 de julio de 2012

Abrí los ojos sobresaltada. Carlota estaba riendo y gritando en el corral. Miré la hora en el reloj de muñeca y vi que eran las once de la mañana pasadas. No solía dormir tanto, pero el sueño había podido conmigo y me había sentado estupendamente.

Reflexioné durante unos segundos sobre lo que nos había pasado el día anterior. Hasta que no pinchamos todo había ido estupendamente, incluso me pareció que Niko me quería besar, hasta que apartó la mirada. Todo iba genial, y me estaba divirtiendo mucho con él. Chasqueé los labios y negué con la cabeza. De repente me vi entre sus brazos, él empezaba a besarme el cuello e iba subiendo poco a poco hasta mis labios... No, no podía ser. Me estaba dejando llevar por mi imaginación. Estaba saliendo con la imbécil de Alba, y yo no era más que su medio hermana. No sé qué podía ver en ella. Y no porque fuera pija, sino porque era tan insoportable que la mitad de las chicas del pueblo no la aguataban. Se dedicaba a tontear con todos los novios de mis amigas hasta enrollarse con ellos.

Después del pinchazo, todo lo que siguió mejor olvidarlo. Aún no podía creer que alguien anduviera por el bosque con una escopeta y que nos disparara. Tenía la sensación de que quien fuera que nos había disparado no quería hacernos daño. Más bien daba la impresión de que nos quería alejar del bosque. Pero ¿qué quería esconder? ¿Tenía algo que ver con el grito desesperado que oímos antes de los dos disparos?

Me estiré sobre el colchón y bostecé antes de levantarme.

Miré la herida cuando me senté en la cama. Deslicé los dedos por ella, reprimiendo un escalofrío. Afortunadamente, los puntos no se me habían infectado y ya no me dolía tanto.

—¡Otra vez, Niko! —exclamó Carlota.

—¿Mi princesa quiere más alto? —le preguntó él como si estuviera cometiendo una travesura.

Me estremecí al oír su voz. Todavía me preguntaba por qué había salido de madrugada al bosque. Me asomé a la ventana para saber qué juego se traían Niko y mi hermana pequeña. Él la tiraba hacia arriba y ella reía sin parar. Se les veía tan bien juntos que por un instante sentí celos. Entre ellos existía la complicidad que siempre había deseado tener cuando papá y mamá todavía estaban casados, cuando aún éramos una familia y yo les pedía una hermana.

Él estaba relajado y volvía a tener esa mirada de pillo y de niño grande. ¿Por qué él y yo no nos podíamos llevar así de bien? Solo esperaba que el buen rollo de bienvenida siguiera hasta que me marchara otra vez a Madrid. No tenía ganas de volver a pasar un verano en el que yo fuera el blanco de sus burlas.

—Más, más —pidió Carlota.

Mi hermana solo llevaba unas braguitas de bañador de Hello Kitty, su personaje favorito, y dos manguitos en los brazos. Supongo que estaba preparándose para bañarse en la piscina. Aunque nos parecíamos mucho físicamente, ella era mucho más morena que yo de piel y ahora llevaba el pelo más largo que el mío. A su madre solo se le parecía en el azul de los ojos.

Niko llevaba solo unos pantalones vaqueros que le caían por debajo de la cintura y la camiseta la llevaba colgada del hombro. Me llamó la atención que llevara un rosario colgado del cuello. Nunca se lo había visto. Iba descalzo y tenía el cabello revuelto, como si se hubiera peleado con alguien. Esa mañana estaba realmente guapo.

—¿Quieres más? —preguntó él.

Instintivamente asentí con la cabeza. ¿Quería algo más con él? Cerré los ojos para no dejarme llevar por esa idea estúpida y oí cómo mi hermana le contestaba:

—Sí, más alto.

Parecía no cansarse de volar en el aire. Ella abría los brazos en cruz mientras estaba arriba como si fuera un avión y los volvía a cerrar cuando él la tenía en sus manos.

Enseguida llegó Ana con un trapo en las manos. Les mandó callar chistándoles y llevándose el dedo índice en los labios.

—Vais a despertar a Emma. Dejadla que descanse. —Después señaló a su hijo con el mismo dedo que se había llevado a los labios—. Y deja de tirarla por los aires, que va a vomitar las galletas y la leche del desayuno.

La escena me hizo sonreír. Mi madrastra hacía todo lo posible para que me sintiera como en casa.

Niko desvió la mirada hacia Carlota, alzó una ceja y ambos se echaron a reír. Él le dijo algo al oído, y ella asintió. Mi hermana extendió un brazo hacia su madre para tocarle la mejilla.

—Mami —dijo con voz melosa, como si lo tuviera tan ensayado que le saliera de manera muy natural—, no te enfades. Estás muy fea... —Esperó a que él volviera a decirle más palabras al oído—. Y no te voy a dar más besos de bombón.

—¿Qué te ha dicho tu hermano? —Levantó el brazo en el que llevaba el trapo y le atizó con él en la cabeza—. ¿Eso es lo que le enseñas a la niña? Ya verás qué fea me pongo. La bruja de Blancanieves a mi lado te va a parecer encantadora.

Él se cubrió la cabeza de un modo teatral y se apartó de su madre hasta llegar a la puerta del corral en dos zancadas. Protegía a Carlota con un brazo mientras no paraban de reír. Los tres parecían estar disfrutando del momento.

—Ten cuidado con tu hija pequeña y no le pegues en la cabeza —repuso él de manera socarrona—. Aún puedes hacer de ella alguien respetable, no como yo...

Ana se detuvo de pronto, y el gesto de su cara cambió. Lo atizó con fuerza.

—No me gusta que bromees con estos temas, Nikola, y lo sabes.

Me pareció que contuvo el aliento y reprimió unas lágrimas. Él se encogió de hombros y la atrajo hacia sí. No sabía de qué iba aquello, pero por cómo había reaccionado su madre entendí que se trataba de algo que yo desconocía. ¿Cuántas cosas me quedaban por conocer de Niko? ¿Qué era aquello que provocaba tanto dolor en Ana? Nunca me había interesado nada de Niko y qué había sido de su vida hasta ese momento. ¿Realmente era tan insoportable como yo creía o tal vez era yo la que había cambiado y lo veía con otros ojos?

Bajé a la cocina con esa idea en la cabeza. Desde las escaleras se olía a café recién hecho. No me gustaba cómo sabía, pero sí el aroma que dejaba en la casa. Me daba la

impresión de que le daba sabor a hogar. Quizá era porque también me recordaba a cuando mi padre vivía con nosotras. Mamá y yo preferíamos el té.

Papá estaba sentado en el sofá del rincón de al lado de la chimenea con un periódico doblado en una mano y en la otra sostenía un vaso grande hasta arriba de café. Conociéndolo, sabía que era el segundo de la mañana. Le gustaba saborearlo leyendo las noticias del día.

Me lo quedé mirando un rato. Estaba absorto en la lectura.

—Buenos días —lo saludé desde el otro extremo de la cocina.

Mi padre soltó el periódico y el vaso de las manos, y corrió hacia mí. Yo me quedé quieta. Le había prometido que me dejaría mimar. No era muy dada a los abrazos ni a que me colmara de besos como estaba haciendo entonces.

—¿Has dormido bien? —me preguntó acariciándome la cabeza.

—Sí, muy bien.

—¿No te habrán despertado tus hermanos?

Negué con la cabeza. ¿Por qué se empeñaba en decir que Niko y yo éramos hermanos cuando no nos unía ningún lazo de sangre?

—No, llevaba un rato dando vueltas en la cama.

—Hoy hemos pensado en hacer tu comida favorita. Hay que celebrar que volvemos a estar juntos.

Asentí con la cabeza. Si había una cosa que me gustaba de venir a su casa es que Ana, como buena vasca, cocinaba muy bien, y dos veces a la semana me hacía lo que yo le pedía, otros dos días le daba el gusto a Niko y los otros dos se lo daba a Carlota. El domingo era el único día que cocinaba para papá, así que ese día era una excepción.

—«¡Buenos días, Yasmine... y por si no volvemos a vernos: buenos días, buenas tardes y buenas noches!»

Puse los ojos en blanco y solté un suspiro, no podía evitar que me hiciera gracia su comentario. Me separé de papá y busqué una frase de *El Show de Truman* con que contestar a Niko. Encontré una que le iba como anillo al dedo.

—«Estás chiflado, ¿lo sabías?» —repliqué acercándome al armario donde estaban los vasos y las tazas para hacerme un té con leche.

Pasó por detrás de mí, muy cerca, y alargó un brazo para coger un plato con las galletas que tanto me gustaban. Me ofreció una para que comiera.

—«Cuéntame algo que no sepa» —soltó llevándose una galleta de chocolate blanco a la boca—. «Pero no cabe ninguna duda, la gente me sigue... Ni siquiera Dios ha logrado caerle bien a todo el mundo.»

Se mordió el labio arrastrando un trocito de chocolate blanco. Alargué la mano y le robé un trozo de galleta. Me miró a los ojos con esa mirada entre soñadora y jovial.

—«Mira, Yasmine, he pintado un sol maravilloso para las dos princesas de la casa.» —Señaló por la ventana hacia el cielo—. ¿Ves? Nunca es tarde para pintarlo.

—¿Cuántas cosas hay que no sé de ti! Ahora resulta que también sabes pintar. —Me gustaba la idea de que pensara en mí y de que me hiciera soñar.

—«Te sorprendería saber que no hay más verdad ahí fuera que el mundo que he creado para ti... y para Carlota» —dijo poniéndose un vaso de leche fría con canela.

No quería mirar su pecho desnudo ni tampoco lo bien que le sentaban los pantalones vaqueros, así que desvié la vista hacia la ventana y hacia Carlota, que se estaba bañando junto a su madre.

—¿Quieres que te prepare algo? —me preguntó Niko.

Aquella pregunta me pilló por sorpresa. Era la primera vez que se ofrecía a prepararme algo. Normalmente solía quitarme lo que llevaba en las manos, ya fuera un té, las pastas que hacía su madre o un trozo de bizcocho.

—¿Te apetece un té con leche fría y unas cookies? —Sacó del armario un bote sin abrir de té English Breakfast, mi favorito—. Ana me recordó que te gustaba y te lo compré en Londres.

—Perfecto —respondí con una sonrisa.

Mi padre me agarró de la cintura y me llevó hasta la mesa rectangular que ocupaba el centro de la cocina. Desde el primer día que pisé esa casa siempre había un jarrón con las flores y rosas que crecían en el corral.

—Venga, cuéntame cómo os va a Nieves y a ti con Roberto, y deja que tu hermano te prepare el desayuno —comentó mi padre sentándose a mi lado con el café y el periódico.

—No somos hermanos —le solté de golpe.

—Como si lo fuerais —replicó él con un tono que no me gustó—. Y deja de refunfuñar, que ya sabes lo que pienso sobre este tema.

Habíamos discutido muchas veces esa cuestión, y yo me negaba una y otra vez a considerarlo como un hermano. No iba a ceder nunca. Se hizo un silencio incómodo, de esos en los que se podía cortar la tensión con un cuchillo. Yo miraba a mi padre, y él me miraba a mí. En sus ojos había una mezcla de tristeza y súplica. Poco a poco fue alargando los labios hasta esbozar una sonrisa. Recordé entonces la promesa de dejarme mimar, y todo lo que implicaba. Al final solté una carcajada. No quería enfadarme con él, por lo menos no el primer día.

Niko me dejó un plato con las galletas que hacía su madre y también un té como a mí me gustaba.

—Me voy a cambiar y a darme un chapuzón con la princesa de la casa. Le he prometido a Carlota que le enseñaría a nadar.

Antes de que subiera el primer escalón llamaron a la puerta de delante. Él hizo amago de abrir, pero papá se le adelantó.

—Hola, Dani, ¿qué hay? —saludó mi padre—. ¿Quieres acompañarnos a tomar algo?

—Hola, Paco... —Tenía el semblante serio.

Dani venía de paisano y no llevaba el uniforme de guardia civil.

—Esta mañana he estado con tu hermano —dijo Niko—. ¿Ha pasado algo?

—Han encontrado a Andrea en el río... —contestó con un hilo de voz.

—¿Está bien? —En la voz de Niko había una nota de temor, como si temiera lo peor.

Dani negó con la cabeza y soltó un suspiro.

—Ha sido asesinada sobre las seis de esta madrugada muy cerca de donde José y tú habéis estado pescando. Pensé que te gustaría saberlo.

Sentí un escalofrío y busqué con la mirada a Niko. Estaba pálido y se retiró un mechón de la cara con cierto nerviosismo. Se llevó la cruz del rosario a los labios y la mordió. Parecía sinceramente afectado, a la vez que su mirada se mostraba huidiza. ¿Realmente podría haberle dado tiempo de hacer lo que me negaba a creer?

La nota

El doctor House tiene una máxima que dice que todo el mundo miente. Yo también creo en esa máxima. No hay nada que siga siendo durante mucho tiempo un misterio. Si quieres guardar un secreto, lo mejor será que te muerdas la lengua, porque si no tarde o temprano se acabará sabiendo. Eso era algo que tenía muy claro como futura estudiante de criminología. ¿Era posible que Niko estuviera mintiendo o eran imaginaciones mías que estaba ocultando algo?

—¡La podríamos haber salvado! —exclamó él sentándose en el primer escalón negando con la cabeza—. ¿Cómo es posible que no oyéramos nada?

—No te culpes. No fue asesinada en el río —repuso Dani—. Aunque la hubieseis encontrado no habríais podido hacer nada por ella.

Como le había indicado mi padre, Dani se sentó con nosotros a la mesa y cogió una galleta al tiempo que yo le preparaba una taza de café. Llevaba en la mano derecha un anillo con una piedra roja que giraba de vez en cuando.

—José y yo hemos quedado esta mañana para pescar cangrejos. —Me giré hacia él, y nuestras miradas se encontraron. Se mordió el labio, tragó saliva y siguió hablando—. Ya sabes que es buena época para pescarlos, el agua está relativamente caliente en el remanso que hay en la Peña del Rojo y tampoco baja mucha. Solo buscábamos un sitio tranquilo para colocar los retenes.

¿Ese era el motivo por el que había salido de madrugada? En parte me sentía aliviada, aunque también un poco culpable, porque había dudado de él. Los cangrejos a la barbacoa eran uno de mis platos favoritos, y estaba segura de que Niko había querido darme una sorpresa. A él no le apasionaban tanto como a mí.

Coloqué en la mesa la taza de café, junto a un azucarero y un poco de leche caliente.

—¿La han ahogado? —pregunté yo.

Dani se puso tres cucharillas de azúcar y se le derramaron unas gotas de café sobre el plato. Cogió una servilleta y lo limpió como si estuviera absorto en sus pensamientos. La pasó varias veces. Me pregunté si le estaba sacando brillo.

—¿Dani...? —volví a preguntarle.

—Perdón, ¿qué decías?

—Te preguntaba si la habían ahogado.

—No, las causas de la muerte son secreto de sumario.

—¿Quién la ha encontrado? —quise saber.

Si las miradas mataran yo estaba segura de que ya estaría muerta por la que papá me lanzó. Hizo un gesto para que no siguiera hablando, aunque yo sentía curiosidad por saber si el asesino quería que descubrieran el cadáver, y por lo tanto había una intención y pudiera tratarse de un psicópata, o por el contrario estaba medio escondido y era una

chapuza de un novio secreto y celoso de Andrea.

—Una pareja de bañistas la ha encontrado esta mañana, pero no te preocupes —Posó su mano sobre la mía—, cogeremos al responsable. Nosotros ya estamos trabajando.

Si una pareja la había encontrado eso quería decir que muy pronto sabríamos más sobre el asesinato. Las pocas noticias que había en el pueblo eran esperadas como agua de mayo y se comentaban de puerta en puerta.

—Nos gustaría hacer una serie de recomendaciones a los más jóvenes... —siguió hablando Dani.

—Sí, ya sabes el accidente que tuvieron anoche Niko y Emma en el bosque —replicó papá. Estaba nervioso y, para desfogarse un poco, se llevó a la boca un cigarrillo electrónico. Era la cuarta vez, desde que había nacido Carlota, que estaba intentando dejar de fumar.

—Por eso mismo me gustaría que no os acercáis al bosque, ni tampoco que las chicas fuerais solas —concluyó el guardia civil—. Procurad ir siempre acompañadas. —Después señaló a Niko—. Y no se os ocurra pescar solos de noche.

—Tiene que estar loco para matar a una chica —murmuró mi padre mascando con tanta fuerza el cigarro que lo partió en dos.

—Nunca se sabe lo que pueden pensar estos sujetos. —Dani se encogió de hombros. Volvió a coger una galleta y le puso cuatro cucharillas de azúcar al segundo café—. En fin, quiero que seáis cautos. Dejados trabajar a nosotros.

—¡Vaya! —exclamó papá señalando hacia el anillo que llevaba en la mano—. Llevas el anillo de tu madre.

—Es un recuerdo de familia. —Lo mostró. Era de oro y estaba bastante gastado—. Perteneció a mi abuelo, y luego pasó a mi madre. Lo recuperé cuando faltó mamá.

—Claro, yo también conservo una medalla que perteneció a mi abuela. —Se llevó una mano al bolsillo y sacó una estampita que llevaba junto al carnet de identidad—. Hasta conservo el recordatorio de mi primera comunión. Uno, que es un sentimental.

Se la pasó a Dani, y él la miró durante unos segundos.

—Sara y yo la hicimos juntos. Yo esperé un año y a ella la adelantaron para estar en el mismo grupo de catequesis.

Le devolvió el recordatorio a mi padre y sonrió. Recogió las migas de la mesa que habían caído y las devolvió al plato. Se sacudió, además, con los dedos de la mano derecha alguna miga que se le había quedado pegada. Se levantó cogiendo la tercera galleta del plato, arrastró la silla sin hacer ruido hasta la mesa y se acercó a la entrada para marcharse.

—Lo dicho, sed cautos. Hay un asesino suelto por ahí.

Antes de que mi padre le abriera la puerta le preguntó cómo llevaba el tema de su madre. Hacía menos de tres meses que la habían enterrado. Yo la conocía poco, porque ella apenas salía a la calle, pero era una mujer fuerte y con carácter que nunca había padecido ninguna enfermedad, y de la noche a la mañana se murió.

—Vamos tirando, gracias a Dios —replicó Dani—. Aunque mi tía Pepa quería que nos fuéramos a vivir a su casa, José y yo estamos bien donde estamos. Yo me haré cargo de él hasta que cumpla los dieciocho años. Solo nos tenemos el uno al otro.

Recordé entonces la desgracia que parecía perseguir a su familia. Primero perdieron al padre en un accidente de tráfico, después su hermana pequeña se fugó de casa y la encontraron meses después asesinada y con indicios de haber sido violada. Y ahora se les había muerto la madre. No me hubiera gustado estar en la piel de esos dos hermanos.

Papá le dio una palmada en el hombro antes de que saliera a la calle y le dijo:

—Mucho ánimo. No somos nadie.

Me dejé caer en la silla. Mi padre se fue un momento al corral para hablar con Ana. Niko miraba hacia donde yo estaba.

—«La vida es como una caja de bombones, nunca sabes lo que te va a tocar» —dijo él tras unos segundos en silencio.

Cerré los ojos y sonreí. Agradecí que tuviera siempre la frase perfecta con la que levantarme el ánimo.

—¿Por qué no me dijiste que ibais a ir José y tú al río a pescar?

—Si tuvieras Twitter lo habrías sabido desde ayer por la tarde. —Sacó su smartphone del bolsillo y comenzó a teclear algo—. Nunca subestimes el poder del lado oscuro.

—¿Y cómo sabes que no tengo Twitter?

—¿Lo tienes? —Alzó una ceja y se marcó una media sonrisa que me dejó sin habla. Negué con la cabeza.

—¿Ves? Te he buscado y no te he encontrado. Únete a mí y juntos dominaremos el mundo. —Volvió a guardarlo en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero—. Es más, si hubieras mirado mi estado en el WhatsApp lo habrías visto.

—Bueno, parece que te las has apañado para darme una sorpresa.

—En realidad me las he arreglado para que te quedes aquí. ¿No me digas que no te gusta lo que ves?

—¿Te refieres a ti?

—No —sonrió—, me refiero al sol que he pintado para ti y para Carlota.

Giré sobre mis talones y recogí los vasos que había en la mesa. Guardé las galletas en un bote de hojalata que Ana tenía en el armario de al lado de la ventana. Después fregué las tres tazas que había dejado en el fregadero y las dejé secar en el alféizar de la ventana.

Él parecía seguir todos mis pasos. Estaba apoyado en la pared de las escaleras con un brazo descansando sobre su rodilla. Me ponía nerviosa que se quedara callado y que no siguiera hablándome.

—Por cierto, eres odioso.

—Lo sé —replicó él—, pero es parte de mi encanto.

Me acerqué hasta la puerta del corral y antes de salir le dije abriendo mucho la boca:

—Perdona que bostece y te deje recreándote con este sol que has pintado, pero esta conversación es de lo más aburrida.

No quise esperar a escuchar su respuesta. Por la ventana, vi de soslayo cómo se reía.

Ana y Carlota estaban en la piscina mientras mi padre preparaba la leña para hacer los cangrejos a la barbacoa.

—Yasmine, mira lo que hago... —me saludó Carlota.

—¿Cómo que Yasmine? ¿Es que se te ha olvidado mi nombre? —le pregunté un poco más seria de lo que hubiera querido.

Carlota hizo un puchero y enseguida me sonrió. Como me había dicho mi padre las últimas veces que habíamos hablado por teléfono, se le había roto un trozo de incisivo, haciendo que pareciera más traviesa. Solté una carcajada. Si dejaba que mi hermana fuera abducida por Niko, entonces no tendría nada que hacer con ella. Serían dos contra mí. Así que utilizaría todas mis armas para ganar esa batalla.

—A ver, enséñame qué haces.

Mi hermana metió un poco la cabeza en el agua.

—Estoy buceando.

—Vaya, pero si pareces una sirena. —Mostré admiración por el pequeño logro de Carlota.

—No sabes las ganas que tenía de verte. Lleva toda la mañana preguntando por ti —me comentó Ana.

—¿Vale que yo soy Ariel? —dijo agitando las piernas.

—Mejor, podemos jugar a que tú eres Blancanieves. ¿Sabes que te he traído muchos regalos? —Me dejé caer en una hamaca haciéndome la interesante—. Pero si no sales de la piscina no te los voy a poder dar.

—Yo quiero verlos, mami, porfi —dijo con una voz muy aguda—, yo quiero ir con Yasmine...

—¿Cómo has dicho que me llamo?

Carlota se llevó las dos manos a la boca. Cogí una toalla para secarla.

—Emma. —Hinchó los carrillos frunciendo el ceño, haciendo ver que estaba enfadada.

Ana me la acercó hasta el borde para que la sacara. Cuando la tuve entre mis brazos le tapé la cabeza.

—¡Huy!, ¿dónde se ha metido Carlota? Pero si hace un momento que la tenía aquí.

Carlota no dejaba de reír. Ana y papá me siguieron la corriente.

—¿Y qué vamos a hacer ahora sin Carlota? —soltaron los dos a la vez como si estuvieran gimiendo.

—No lo sé. Vamos a tener que traer a otra niña que quiera vestirse con el vestido de Blancanieves que tengo en la maleta.

Carlota se retiró la toalla que le tapaba la cara y la soltó sonriendo.

—¡Que estoy aquí!

Me llevé una mano al pecho y fingí que me dolía.

—Por favor, Carlota, no me des estos sustos.

—¿Quieres que te dé un beso de bombón? —me contestó sin dejar de parpadear y frunciendo los labios.

Suspiré. Había echado tanto de menos las caídas graciosas de mi hermana que la achuché con fuerza.

—Yo sí que te voy a dar besos de vainilla, y de chocolate y de...

—De fresa no, que no me gustan.

Asentí con la cabeza. En algo nos teníamos que diferenciar. Yo era una adicta al sabor de fresa, y a mi hermana le producía alergia. Me la llevé cogida del brazo. Tenía ganas de darle los besos que no le daba durante casi todo el año. Olía muy parecido a Niko, pero su aroma era un poco más suave. Al subir las escaleras nos lo encontramos saliendo de la habitación. Iba con un bañador azul de pata con flores que le llegaba hasta las rodillas.

—¿Qué estáis tramando?

—Nada, cosas de chicas, ¿verdad que sí, Carlota?

Mi hermana asintió con seriedad.

—Emma me ha traído un vestido de Blancanieves...

—¿Cómo que Emma? ¿Cómo se llama la pecosa? —dijo él frunciendo el ceño.

Mi hermana me miró sin saber qué contestar.

—Emma —respondió haciendo un mohín.

—Eso es jugar sucio, Yasmine. —Me señaló con el dedo índice—. Da igual, la venganza se sirve fría y yo soy paciente.

—Uf, mira cómo me tiemblan las rodillas. —Abrí la puerta de mi cuarto y la cerré en sus narices.

¡Cómo me gustaba jugar con él!

—¿Sabes que hay un refrán que dice: «El que ríe el último ríe mejor»? —me dijo desde el otro lado, posiblemente bajando las escaleras.

Una vez dentro de mi habitación la tumbé en la cama, le quité los manguitos y me acerqué hasta la maleta. Comencé a sacar unos cuantos cuentos, que le leería cuando se fuera a la cama. Cogió uno de ellos y se lo colocó sobre las rodillas. Hizo como si estuviera leyendo.

—Había una vez una niña que vivía en mitad...

—No sabía que leyeras tan bien.

Ella siguió pasando su dedo índice sobre la página, en la que había un dibujo. Eché un vistazo y advertí que era la historia de Caperucita, aunque solo estaba recordando de memoria el cuento.

—Y mira lo que me he comprado yo. —Saqué también unas camisetas de Hello Kitty e hice como si me las fuera a poner. Me puse a saltar en la cama emocionada.

—No, que a ti no te caben.

—¡Ay, es verdad! Entonces, ¿para quién son estas camisetas?

—Para mí —alargó la última palabra—. Ya verás como son de mi talla. —Trató de buscar la posición de sus dedos hasta encontrar el tres.

Dejé para el final el vestido de Blancanieves. Me hubiera gustado hacerle una foto a la cara de sorpresa que puso Carlota. Hasta me emocionó ver que lo cogió y se abrazó a él como si fuera la niña más feliz del mundo.

—Yo me voy a casar con este vestido.

—Claro que sí.

Antes de vestirla le sequé el bañador. Le pasé varias veces el peine tratando de no hacerle daño y le coloqué una diadema roja. Después saqué un brillo labial que llevaba un poco de purpurina.

—¿Quieres que le gastemos una broma a Niko?

—Sí —respondió ella.

—Cuando te vea le vamos a decir que Carlota se ha ido y que en su lugar tenemos a una princesa muy guapa que se llama Blancanieves.

Mi hermana comenzó a dar saltos de alegría en la cama. Era como si no pudiera aguantar las ganas de gastarle una broma. Tiró de mi mano para salir de la habitación, pero antes cogí el móvil. Lo tenía apagado. Esperaba, al menos, un mensaje de mi madre. Por lo menos para decirme que estaba cansada de probar tantas posturas. Papá y yo habíamos acordado que no le diríamos nada hasta que no volviera de viaje de novios, porque no queríamos estropearle la luna de miel. Conociéndola, era capaz de coger el primer avión y plantarse en el pueblo en menos de tres horas.

Comprobé con cierto disgusto que nadie, ni ella ni Nat, se había acordado de mí.

Cuando llegamos al corral Niko se estaba secando con una toalla. Me dio un vuelco el corazón ver cómo se secaba.

—Acabo de encontrarme a esta princesa en la puerta de la calle. ¿Qué podemos hacer con ella? —le pregunté a él.

Se arrodilló y la miró a los ojos.

—Pero qué guapa que es. —Carlota se mordió un labio y comenzó a estrujar la falda del vestido—. ¿Cómo te llamas, bella princesa?

—Blancanieves Carlota Ojeda Alonso —repuso ella muy digna.

—Creo que me he enamorado... —dijo Niko mirándose y tirándose al suelo—; no, creo que me ha dado un ataque al corazón... no, creo que me he enamorado...

En ese momento llegó un mensaje a mi smartphone, al mismo tiempo que entraba uno al de Niko, que estaba encima de la mesa de debajo de la sombrilla.

Sonreí para mis adentros. A las doce y media mi madre se dignaba escribirme unas líneas. No obstante, el mensaje no era de ella, sino de Andrea. Había creado un grupo con bastante gente. Lo abrí con las manos temblorosas.

Ven, que te voy a mostrar el juicio de la famosa prostituta que se sienta al borde de las grandes aguas; con ella pecaron los reyes de la tierra, y los habitantes de la tierra se emborracharon con el vino de su idolatría. El ángel me llevó en espíritu al desierto: era una nueva visión. Había allí una mujer sentada sobre una bestia de color rojo, que tenía siete cabezas y diez cuernos. Esta bestia estaba cubierta de títulos y frases que ofendían a Dios.

Además del texto había una imagen de Andrea de rodillas llorando y sosteniendo una cartulina que parecía contener el mismo mensaje que alguien había escrito. Posiblemente fuera la última foto que recordaría de ella.

Tiré el móvil al suelo y lo miré.

—¿Tú también lo has recibido? —dije con un hilo de voz.

Asintió antes de contestarme.

—Sí, y parece ser que no somos los únicos.

El espejo

Después de que Niko y yo recibiéramos el mensaje no me cabía la menor duda de que se trataba de un psicópata. Con aquellas líneas nos estaba diciendo que se sentía orgulloso de lo que había hecho, aunque estaba segura de que todavía quedaban muchas cosas por descubrir. Tenía ganas de mostrar su obra al mundo para que la admirásemos, aunque yo era de la opinión de que no hay ningún psicópata listo. Todos llevan una vida tan anodina que antes o después terminan cometiendo un error y finalmente sus propios actos acaban delatándolos. El caso que nos ocupaba no iba a ser diferente. Si había enviado un mensaje desde el móvil de Andrea, Dani podría averiguar desde dónde había sido, siempre y cuando tuviera GPS. El primer error ya lo había cometido.

Nunca me había parado a pensar en cómo sería mi muerte, pero lo que tenía claro era que no deseaba terminar como Andrea, en manos de alguien incapaz de diferenciar entre el bien y el mal. Esa es una característica innata en todos los psicópatas. El comportamiento de estos perturbados (aunque a ellos no les guste que se les denomine así) puede variar a capricho, por lo que antes de acabar con su víctima pueden torturarla durante varios días, como le había pasado a Andrea.

A pesar de que Niko y su madre trataron de amenizar la comida, no podía dejar de pensar en Andrea, en lo sola y desesperada que tuvo que sentirse en aquella habitación mugrienta. Aún no tenía claro que se tratara de un psicópata con delirios de grandeza y persiguiera a pobres desgraciadas como Andrea para su causa.

De vez en cuando Niko y yo cruzábamos alguna mirada. Tenía la sensación de que todo lo que hacía era para arrancarme una sonrisa. Sin embargo, no podía pasar página tan deprisa y hacer como si no hubiera ocurrido nada. Me limité a poner mi mejor sonrisa, a darle de comer a Carlota, por petición expresa de ella, y a responder las preguntas que me hacía Ana.

—Bueno, ¿cómo os va todo por Madrid?

—Bien, nos va bien. Tampoco hay mucho que contar.

—Has vuelto a sacar las mejores notas de tu curso. Eso se merece un regalo, ¿verdad, Paco?

Él asintió y dejó que fuera ella quien siguiera hablando. No sabía de qué iba aquello.

—Dentro de unos días cumplirás diecisiete años y tu padre, Nieves y yo hemos pensado regalarte una moto. Desde luego te la puedes llevar cuando te vayas a Madrid.

—¿Una moto? ¿De verdad?

Era la mejor noticia que recibía en todo el día. Mi padre y mi madrastra asintieron con la cabeza.

—Llevas un tiempo queriendo que te compremos una.

Me levanté corriendo arrastrando la silla y le di un beso a mi padre.

—Gracias. Eres el mejor padre del mundo... y tú la mejor madrastra.

—No —se quejó Carlota—, mi mamá no es una madrastra como la de Blancanieves. Mi mamá es mi mamá.

—Claro que sí. Ana es la mejor mamá del mundo.

Mi hermana sonrió dejando a la vista el trozo de incisivo que le faltaba.

—Vaya, Yasmine, cambias mi alfombra voladora por una moto. —Niko enseguida cambió de tema y puso una mueca de desilusión—. Bueno, ya me había hecho a la idea de mostrarte un lugar secreto al que solo se puede acceder volando.

—¿Me llevarás a mí también? —preguntó Carlota con curiosidad—. Yo nunca he volado en una alfombra.

Mi hermana todavía continuaba en su papel de Blancanieves, y Niko le seguía el juego.

—Claro que sí. Ya sabes que me voy a casar contigo.

—¿Dónde vamos a vivir?

—¿Dónde quieres que vivamos? ¿Te parece bien un castillo pintado de rosa?

A Carlota se le iluminó la cara, aunque enseguida, después de reflexionar detenidamente, frunció el ceño.

—¿Y dónde vivirá Emma? —Se giró hacia mí—. ¿Con quién te vas a casar?

—Ufff, creo que los príncipes azules ya están todos cogidos y los que quedan están desteñidos y son muy sosos —respondí yo acariciándole la mejilla y sentándome de nuevo en mi silla.

—Por cierto, ¿has conocido a algún chico? —interrumpió mi padre.

¿A qué venía aquella pregunta tan fuera de lugar? Me miraba como si fuera la mejor pregunta que me habían hecho en todo el día. No sabía si tenía ganas de que me echara novio para comprobar lo mayor que me había hecho y el papel que había tenido él en todo el proceso, pero a mí no me apetecía empezar a salir con chicos. Mi padre a veces no sabía cuándo tenía que cerrar la boca. Era un poco bocazas.

Niko bajó la mirada hacia el plato intentando aguantar la risa. ¿Por qué nadie le preguntaba a él? ¿Eso quería decir que tenía a una rubia americana esperándole en su Universidad de Columbia? Pues si era así, me alegraba mucho por él y que le fuera muy bien.

—No, no salgo con ningún chico, aunque cuando lo haga serás el primero en saberlo. Te prometo que te llamaré a la hora que sea.

—Ay, te tomas los estudios demasiado en serio, lo cual, por otra parte, está muy bien. Tienes que intentar salir un poco más, que por lo que veo no te da mucho el sol.

—Paco, cariño, déjala respirar, que acaba de llegar —nos cortó mi madrastra—. Además, esas cosas no se hablan con los padres.

—Papá, ¡por favor! —exclamé exasperada. ¿Cómo habíamos acabado hablando de mí y de mis ligues?—. Estoy bien como estoy. Ya tengo mi grupo de amigas. ¿Por qué nadie le pregunta a Niko si tiene novia?

Suspiré. Ana, al menos, parecía entender lo incómoda que me sentía hablando de esos temas con mi padre. Entre nosotras hubo una mirada de complicidad, y yo le agradecí el gesto con una sonrisa sincera.

—¿Yo? —El aludido se encogió de hombros y siguió manteniendo un gesto travieso—. Ya habéis oído que me voy a casar con Blancanieves. —Giró la cabeza hacia mí—. Lo siento, Yasmine. Es que se lo he pedido a ella antes que a ti. Pero no sufras, ya

encontraremos a alguien para ti.

—Si tengo que depender de tu criterio mejor me ocupo yo.

—Como desees —su voz se volvió más profunda—, pero te asombraría saber el buen criterio que tengo.

Le guiñó un ojo a mi hermana, y esta puso los ojos en blanco. Después corrió a mis brazos para sentarse encima de mí.

—Emma, no te preocupes. Si nadie quiere casarse contigo yo te dejaré que vivas en mi castillo, ¿vale?

—Claro que sí, preciosa. Te aseguro que no es tan importante tener novio.

—¿De verdad? —No terminaba de creerse esa afirmación que le había hecho su hermana mayor. Me miró con un poco de desconfianza.

—De verdad de la buena. Yo no me voy a casar nunca.

—Yo sí, me voy a casar con este vestido.

Tras recoger los platos de la comida, me fui a echar la siesta con Carlota mientras Ana preparaba café y Niko fregaba los platos. También había hecho un plumcake de nueces y de chocolate. Me llevé un pedazo para comer a la habitación de mi hermana. No me podía resistir a las comidas de mi madrastra. Quien escribió que estas mujeres no eran buenas era porque no conocía a Ana. ¿Por qué no se podía parecer mamá en ese sentido a ella? Entonces sería la madre perfecta. Hablando de mi madre, aún no había recibido ningún mensaje de ella. Decididamente estaba muy ocupada y no me echaba nada de menos.

Mi hermana corrió a abrir la puerta de mi habitación. A Carlota siempre le había gustado más la mía.

—Emma, ¿dormimos en tu cama? —Inclinó la cabeza hacia un lado y se posó las manos en la mejilla—. Es que se está muy a gustito.

Mi cuarto todavía conservaba la decoración que elegí cuando tenía doce años. Papá consintió en comprarme una cama muy grande con dosel y unas cortinas de tul blancas que caían por los lados. No era para nada mi estilo, aunque él quería que me sintiera lo más a gusto posible. Sin embargo, en aquel momento estaba tan enfadada con él que elegí los muebles más caros y más feos para sumar otro a los muchos motivos que ya tenía para no querer ir al pueblo. Al final me acostumbré a los muebles de cuento de hadas y aprendí la lección de que todo el mundo miente, yo la primera.

Tenía además un tocador con un gran espejo en el que me solía sentar con mi hermana para hacer nuestras clases de peluquería y maquillaje. Creo que eso era lo que realmente le gustaba de mi habitación.

—Vale, vamos a dormir un rato.

En cuanto nos acostamos en mi cama, Carlota se levantó con una sonrisa pícaro en los labios. No había consentido quitarse el vestido de Blancanieves.

—¿Me cuentas un cuento?

—Te lo cuento, si me prometes que luego te dormirás.

Ella asintió muy seria y enseguida repuso con una sonrisa que le iluminaba toda la cara:

—¿Te sabes el de Blancanieves?

—Claro que sí.

Hizo como que pensaba antes de hacerme la siguiente pregunta.

—¿Me pintas los labios?

—Cuando nos despertemos te los pinto.

—Es que si viene el príncipe y me ve durmiendo no voy a estar guapa.

¿Quién le habría metido la idea en la cabeza de que una chica estaba más guapa si se pintaba los labios? Hubiera jurado que era la abuela Marga, la madre de papá.

Frunció los labios y bisbiseó varias veces: «Porfi». Esa niña era imposible. Cuando cumpliera unos cuantos años más iba a tener a todos los chicos haciendo cola a la puerta de casa. Con tres años y medio hacía de nosotros lo que quería. Qué demonios, pensé, yo era su hermana mayor, y si me apetecía malcriarla un poco, pues lo hacía.

—Está bien, pero cuando te lo cuente nos dormimos.

—De rojo... —Parpadeó varias veces.

Suspiré. No podía negar que tenía gracia para pedir las cosas. Le pinté los labios como me había pedido. Se recostó en la almohada. Entretanto bostezó varias veces.

—¿Estás preparada? —No esperé su respuesta. Carlota se había abrazado a mi osito de peluche y dejó que comenzara—. Había una vez, hace mucho tiempo, en mitad del invierno, en que los copos de nieve caían del cielo como si fueran plumas, un reino muy lejano. Allí vivían un rey y una reina...

—¿Puedes contarme lo del espejo? —Poco a poco los ojos se le iban cerrando—. Es que estoy cansadita.

—El rey se volvió a casar con una mujer tan hermosa como malvada.

Continuamente se pasaba el día mirándose en el espejo y diciendo aquello de: «Espejo, espejito, ¿quién es la más guapa del reino...?».

—Yo —contestó automáticamente mi hermana con los ojos ya cerrados.

—Espejo, espejito, ¿quién es la más guapa de todo el mundo? Nadie, majestad, os aventaja en esta sala, pero nadie es más hermosa que Blancanieves galana...

De repente tuve una sensación rara al nombrar otra vez el espejo. ¿Qué era lo que se me escapaba? «Eso es», reflexioné tras repasar todos los detalles del día.

Carlota suspiró fuerte. Seguí contando el cuento y esperé unos minutos antes de levantarme para no despertarla. Sabía que el que había hecho la foto había cometido un error y no me había dado cuenta hasta ese instante.

Cuando tuve la certeza de que no se despertaría pasé la foto que había recibido en mi smartphone a mi tablet. Desde allí trabajaría mucho mejor y podría agrandarla y buscar todos los detalles de la habitación en la que había pasado sus últimas horas Andrea. No guardaba mucho misterio aquel lugar, pero sí me había llamado la atención un espejo que había al fondo, detrás de mi amiga. También advertí que ella no miraba a la cámara, que el terror que había en sus ojos tenía que ver con ello. Entonces vi una sombra reflejada en el cristal. No se podía intuir quién era, pero sí me daba otra pista. No se trataba de un psicópata, sino de dos. Mientras uno le hacía la foto el otro la miraba.

Posiblemente uno fuera más temible que el otro. Dos psicópatas dispuestos a arruinar vidas en un pueblo de no más de cuatro mil quinientos habitantes en verano.

Se me ocurrió llamar a Nat. La echaba de menos y necesitaba hablar con alguien. Al tercer tono me contestó con uno de sus gritos.

—¡Emma! ¿Qué tal por el pueblo?

—Estoy en mi habitación y acabo de dormir a Carlota. No quiero hablar muy fuerte. Si te digo la verdad no sé si tenía que haber venido. Y encima mi madre no me ha llamado todavía. No podía haber empezado peor mis dos meses de vacaciones en este pueblucho de mala muerte.

Le expliqué un poco por encima lo que nos había sucedido a Niko y a mí.

—¿Qué ganas tengo de volver a Madrid! —terminé por reconocer.

—¡Qué fuerte! Bueno, no hay mal que por bien no venga. Este va a ser tu primer

caso como criminóloga. Pero prométeme que no te vas a meter en líos, que te conozco.

—Déjate de tonterías.

—No, bonita, no son tonterías, que nos conocemos desde la guardería y sé cómo te gustan este tipo de cosas. Tengo la amiga más friki de todo el mundo. ¿A quién si no a ti se le ocurre apuntar frases de cine o ir a la sección de sucesos de un periódico? Prométemelo.

—Está bien, te lo prometo. Tampoco puedo hacer mucho. Te recuerdo que llevo siete puntos en una pierna.

—¡Con el miedo que me dan a mí!

—¿Crees que debería decirle algo de lo que he descubierto a Niko?

—¿Y por qué no? ¿No sospecharás de tu hermano?

—No somos hermanos. ¡Cómo te lo tengo que decir! Y no, no sospecho de Niko.

—Por cierto, ¿te ha dado tiempo de ver *La princesa prometida*?

—¡Qué manía con que vea *La princesa prometida*! No, no la he visto y tampoco me apetece verla.

—No sabes lo que te pierdes. Bueno, preciosa, tengo que dejarte, que viene Carlos a buscarme. Nos vamos al cine.

—Pásalo genial y ya me contarás qué has ido a ver.

—*Ciao*.

—Un besito —dije, y colgué el móvil.

Me vino bien hablar con ella.

Carlota volvió a suspirar fuerte. Dormía como un tronco, así que bajé a la cocina y me senté al lado de Niko. Mi padre y Ana estaban sentados en el sofá, ella tumbada con los pies encima de las rodillas de él.

—Tengo que contarte algo —le susurré al oído para que no lo escucharan nuestros padres.

—¿Al fin te has dado cuenta de que no puedes vivir sin mí?

Le di un codazo. Niko pegó un bote, exagerando el daño que le podía haber hecho.

—Déjate de tonterías. Esto es serio.

—¿Y qué hay más serio que reconocer que soy el chico que te conviene?

—¿Os apuntáis a ver una peli con nosotros? Hoy veremos *Sospecha*, de Hitchcock, y tu padre ha hecho palomitas. Al fin se atreve a cocinar en el microondas.

Solté una carcajada por el comentario de Ana.

—No, muchas gracias —respondí a mi madrastra—. Niko y yo tenemos otros planes.

—Ah, ¿sí? No me había enterado. Tiene que ser que el tumor ya me ha afectado al cerebro, porque no recuerdo que tengamos una cita.

Pasé de contestarle.

Me tomé el té, que ya se había enfriado, y después me corté un buen trozo de plumcake.

—Vale, perdona —replicó él. Se encogió de hombros. Después de mucho tiempo parecía decaído—. Debes de pensar que me importa un bledo que Andrea esté muerta, cuando no es así.

—Si te digo la verdad, lo he pensado.

—Es que no sé cómo voy a mirar a sus padres a la cara. Estoy seguro de que soy el sospechoso número uno, y eso me da miedo. Supongo que lo hago para protegerme. No tengo coartada para el día que desapareció. Salí a correr como todos los días por el bosque, y nadie me vio.

Me llevé el dedo corazón a la boca y comencé a morderme la uña con nerviosismo.
—Venga, acompáñame a casa de Dani, y por el camino te cuento lo que he descubierto. Y que conste que no es una cita.

—Está bien.

Si Niko iba a replicar algo, se lo guardó para sí.

Al salir a la calle sentí que algo no iba bien. Los mellizos corrían en dirección al centro del pueblo. Detrás de ellos iba Alba, la tercera hermana en discordia en la relación de esos trillizos.

—¿Qué crees que pasará? —le pregunté a Niko.

—No tengo ni idea, pero si nos quedamos aquí no lo sabremos nunca.

Nos decidimos a seguirlos. Ni siquiera recorrimos trescientos metros cuando supimos qué era lo que pasaba. En la puerta de la casa de Andrea alguien había colgado la cartulina que hacía unas horas, o tal vez algún día, ella había sostenido en las manos.

El párroco del pueblo, Cristóbal, estaba acompañado por una feligresa y su hijo, que no dejaban de persignarse, y trataba de calmar los ánimos de los presentes. Cristóbal iba vestido con camisa negra de manga larga y alzacuellos, a pesar del calor que hacía a esas horas de la tarde. Llevaba en una mano un rosario de dedo, de puntas redondeadas y rematado por una cruz. Era el cura más joven que había conocido, no creo que tuviera más de veinticinco años.

—¡Los caminos del Señor son inescrutables! ¡A saber qué nos tiene reservado!

Dani llegó no mucho después que nosotros. Venía acompañado de José, quien no quitó ojo a la cartulina. Se le veía tan asustado como todos los allí presentes. Los únicos que parecían conservar la calma eran el guardia civil y Niko.

—Gracias a Dios que se han llevado esta mañana a sus padres a Valencia —soltó el hijo de la beata, Sergio, que llevaba una medalla de una Virgen colgada del cuello—. ¡No sé dónde vamos a ir a parar!

—¡Solo nos queda rezar por el alma de esta pobre chica! —exclamó Cristóbal. Iba pasando las cuentas del rosario que llevaba en el dedo y cada vez que llegaba a la cruz sus ojos se iluminaban.

—¡Ay, virgencita! Dios te salve María... —se puso a rezar la feligresa en mitad de la calle.

La escena me pareció, cuando menos, surrealista.

Entonces sonó un móvil. Era el de Dani.

—¿Cómo? ¿Que también hay otro mensaje en la puerta de la iglesia? —dijo a voz en grito.

Los mellizos fueron los primeros en salir corriendo hacia la plaza del pueblo. Eso me gustaba cada vez menos, pero la curiosidad me podía, así que no me lo pensé dos veces y tiré de Niko hacia la iglesia. Efectivamente, en la puerta había otro mensaje escrito en una cartulina con recortes de papel de periódico.

¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra cuando resuene el sonido de las trompetas que los tres últimos ángeles van a tocar! Y tocó el quinto ángel. Vi entonces una estrella que había caído del cielo a la tierra. Le fue entregada la llave del pozo del abismo. Abrió, pues, el pozo del abismo, y del pozo subió una humareda como la de un horno inmenso que oscureció el sol y el aire. De esa humareda salieron langostas, que se esparcieron por la tierra, y se les dio la misma capacidad que tienen los alacranes de la tierra. Se les ordenó que no causaran daño a las praderas, ni a las hierbas, ni a los árboles, sino solo a los hombres que no llevaran el sello de Dios en la frente.

—¿Qué quiere decir esto? —se preguntó Alba, que estaba detrás de mí.

Cuando me giré parecía a punto de echarse a llorar.

—Que Andrea solo ha sido la primera —dijo Niko en un tono grave.

Sospechas

Suspiré larga y profundamente. Niko tenía razón. Muy pronto habría otro cadáver en el pueblo si nadie lo impedía. Lo cierto es que en aquellas circunstancias me sentía un poco más a salvo estando cerca de Dani, un miembro de los cuerpos de seguridad. Estaba segura de que haría todo lo posible para resolver cuanto antes la muerte de Andrea. Pero antes tenía que saber lo que había descubierto.

Giré un poco la cabeza y alcé ligeramente el mentón para mirar por encima del hombro. No podía precisar cuántos éramos en aquella plaza, pero puede que hubiera alrededor de unas cincuenta personas. Y en mitad de la gente era posible que estuvieran los dos psicópatas analizando cuáles eran nuestras reacciones. Todos parecían ser sospechosos e inocentes a la vez, pero ¿quiénes eran?

Nando y Kike eran los mejores amigos de Niko, junto con José, el hermano de Dani. Nadie hubiera dudado nunca de la apariencia angelical de los mellizos. Eran rubios, altos, guapos, de ojos azules y casi tan simpáticos como Niko. Pero, siguiendo la máxima de House de que todo el mundo miente, tras esas caras de buenos chicos podían esconderse los dos psicópatas que estaban aterrorizando al pueblo. Porque si algo tenía claro era que había dos asesinos.

Ya me pasó una vez con un amigo de mamá que tenía una imagen muy parecida a Nando y a Kike. Era un actor que trabajaba como camarero con bastante éxito entre las mujeres. Todo parecía indicar que no tenía problemas. Hubiera puesto la mano en el fuego por él cuando cuidaba niños y sin embargo se descubrió con el tiempo que era un pederasta.

Nando y Kike podían ser un caso muy parecido al de Rafa, el amigo de mi madre.

Todo el mundo coincidía en que los cuatro, D'Artagnan y los Tres Mosqueteros, como se les conocía en el pueblo, amantes del cine clásico, eran buenos chavales. Habían organizado talleres de verano para los más pequeños, así como campeonatos de parchís, bailes, juegos populares, y siempre con Niko como cabeza pensante. En definitiva, eran los chicos que cualquier madre querría como yernos. Claro está que los asesinos no llevaban en la frente un cartel que los señalaba como tales.

Kike llevaba pegado al móvil desde que nos encontramos, tecleaba sin parar y hacía fotos desde varios ángulos. Nando, por su parte, agarraba de la cintura a Belén, su novia. Él se mordía las uñas, luego jugaba con ellas, las masticaba y después las escupía al suelo.

También podía ser el panadero el asesino que estábamos buscando. Era buena persona, aunque poco hablador. Tenía un tic nervioso en un ojo, que parecía que lo guiñaba cada poco tiempo. También tenía la manía de arrancarse el cabello y dejarse calvas por toda la cabeza. O tal vez fuera Gabriel, el carnicero, que, con ayuda de un cuñado que estaba enamorado de Andrea, la hubiera matado. Aun así, esa hipótesis no tenía mucho sentido. El crimen no era pasional, era intencionado, y formaba parte de algo mucho más grande a lo

que todavía no le encontraba una lógica. En el pueblo se sabía que Gabriel tuvo problemas con la coca, aunque estaba rehabilitado. Se metió en un grupo cristiano que lo ayudó a superar la adicción.

¿Quién de ellos había cometido el asesinato? Jordi, el dueño del bar Capri, se pasaba un pañuelo por la frente; mi amiga Begoña se había agarrado del brazo de su novio; Pepita, la tía de José, permanecía al lado de Dani, quien jugaba con el anillo que llevaba en la mano. Él la reconfortaba pasándole el brazo por encima del hombro. José le cogía la otra mano y le daba besos en la palma. Y Juan, el mejor amigo de mi padre, estaba junto a sus dos hijos adolescentes.

También podía ser Cristóbal, que no dejaba de mojarse los labios reseco. Silabeaba un padrenuestro mientras pasaba las cuentas del rosario que llevaba en el dedo. Aunque fuera muy obvio, el asesinato tenía un componente religioso.

—Tengo que hablar contigo —le murmuré a Dani—. Creo que he descubierto algo que puede ser importante para el caso.

—¿Quieres que lo comentemos en mi casa? Estaremos más tranquilos.

Advertí que tras los mellizos, Nando y Kike, había alguien que miraba mal a Niko. Se trataba de Gabriel. Tenía el gesto algo descompuesto y el puño de su mano derecha parecía una roca por lo apretado que lo mantenía.

—Dime si disfrutaste matándola, yanqui —soltó subiendo los dos primeros escalones de la iglesia.

Niko negó con la cabeza. Di los dos pasos que me separaban de él y lo cogí de la mano. Lo vi desamparado, no podía dejarlo en la estacada tal y como se había portado conmigo. Sentía la necesidad de abrazarlo y de protegerlo, y no solo porque fuera parte de mi familia. Tenía que saber que estaba a su lado, que yo creía en su inocencia. El que no tuviera coartada no significaba que fuera un asesino.

—Le sacaron los ojos... le apuñalaron la cara —explicó el hijo de la feligresa, que llevaba un gran crucifijo en la mano—. Le marcaron una cruz en la frente y le dejaron un rosario.

—¿Cómo sabes eso? —le pregunté a Sergio.

—Esos datos son confidenciales —comentó Dani.

La mujer mayor que estaba al lado de Cristóbal hablaba un poco más fuerte de lo normal mientras se persignaba cada vez que alguien decía algo. Su hijo la abanicaba, porque parecía que le iba a dar un ataque de ansiedad.

—A mí me han dicho que Andrea se sentía intimidada por alguien, pero nunca dijo quién era —soltó una de las mujeres.

—Y a mí me dijo su madre que la semana pasada recibió una carta muy rara. A saber de dónde venía —comentó otra.

El corro se había ido agrandando. Ya se había corrido la voz de que se había encontrado la nota que había llevado Andrea en la foto.

—¿Dónde estabas el miércoles por la mañana? —quiso saber Gabriel apuntando con su dedo amenazador a Niko.

—Estuve corriendo. Dime, ¿es un crimen correr?

—Matar a una chica es de ser un mierda y un cabrón. —Al hablar se le escapaban algunos perdigones de saliva. Tenía los ojos inyectados en sangre—. Me voy a encargar de que todo el mundo sepa la clase de tipo que eres.

Las rodillas me temblaron. No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿La mataste tú? —murmuró Alba—. Dime que no.

—¿Por qué no dices nada ahora, eh? —le increpó otra vez Gabriel—. ¿Eso es lo que os enseñan en las universidades yanquis?

Niko se mantenía impasible tratando de conservar la calma.

Dani se desembarazó de su tía y se colocó delante de nosotros, en mitad de la escalera, para que todo el mundo pudiera verlo y escucharlo.

—Por favor, amigos. Estamos un poco nerviosos. Aun estando de paisano no puedo consentir este tipo conductas. Si seguís por ese camino me veré obligado a deteneros por amenazas.

—Dejemos a la policía trabajar —dijo Cristóbal—. El nombre del Señor se está pronunciando en vano. ¡Va en contra del segundo mandamiento! ¡Esto que está ocurriendo es un pecado mortal!

Tragué saliva. La multitud tenía el ánimo crispado y necesitaba a alguien para descargar la rabia que sentía. Niko parecía ser el principal sospechoso para mucha gente que nos rodeaba. Ya habían emitido un veredicto antes de haber celebrado el juicio. Y Gabriel se había erigido como juez.

—No nos pongamos nerviosos —comentó Dani—. Estamos trabajando para resolver el caso. Será mejor que nos marchemos a casa y mañana será otro día.

—No, ese cabrón de ahí la mató sin contemplaciones —soltó de nuevo Gabriel.

—¿Tienes algún problema conmigo? —respondió Niko.

Me agarró de la cintura y me colocó detrás de él. No obstante, no lo dejé solo.

—Es increíble que estéis emitiendo un veredicto antes de conocer todos los datos.

—Me acerqué hasta Gabriel. Quería evitar a toda costa que los ánimos se calentaran mucho más.

Gabriel, pese a la advertencia de Dani, siguió hablando.

—Si no hacemos nada este yanqui se irá de rositas, y aquí paz y después gloria.

—Te lo advierto, deja que los profesionales nos ocupemos del caso. —Dani hablaba con seguridad, a pesar de que Gabriel le sacaba un palmo—. Si sigues hablando te pasarás un tiempo entre rejas.

El carnicero se quitó el sudor de la frente con un gesto nervioso.

—¿Por qué la policía y vosotros os ponéis siempre de parte de los más capullos?

—A ver, ¿a ti qué te pasa? —le espeté—. Nosotros sufrimos anoche el acoso de un loco que nos disparó con una escopeta.

—¿Y si tiene un compinche? —dijo Gabriel.

—Claro, un compinche que dispara a su compañero. Eso es muy inteligente, tío.

—Me llevé dos dedos a la frente—. Te estás pasando de la raya. No tenéis pruebas de nada. Niko no ha hecho daño a nadie en toda su vida.

—Todos sabemos que a Andrea le molaba este... —Me empujó de malos modos y me tiró al suelo.

Niko no dejó que terminara la frase. Le pegó un puñetazo en la mandíbula, que lo tiró de espaldas. Gabriel cayó al suelo todo lo largo que era.

—Cállate. No sabes una mierda de Andrea... Y no le vuelvas a poner una mano encima a Emma —repuso, tan furioso que daba miedo mirarlo a los ojos.

—Os recuerdo que estáis en la casa del Señor —profirió Cristóbal elevando los ojos al cielo.

—Ya no se tiene respeto por las tradiciones y las buenas costumbres —apostilló la feligresa—. ¡Ay, señor, señor!

—¡No, Niko, no! —grité, y después me dirigí a todos. Miré a la mujer, que no

dejaba de lamentarse, para que se callara de una maldita vez—. Aquí hay un psicópata que está jugando con nosotros, que nos está observando, y ese loco no es él. —Lo señalé.

Dani me ayudó a levantarme. Tenía que reconocer que tal y como estaban los ánimos de caldeados no había sabido manejar la situación. Alba fue la primera en gritar de manera histérica y llorar sin poder controlarse.

—Escúchame, esto es una locura —le dije a Niko—. Él se toma la justicia por su mano, y luego te la tomas tú. Es el cuento de nunca acabar. —Traté de empujarlo hacia la puerta de la iglesia—. No me ha hecho daño. Vámonos a casa.

—Está bien, necesito salir de aquí o... —Se retiró el pelo de la cara. Su mirada era puro fuego.

¿O qué? ¿Qué había querido decir que se había guardado para sí?

Gabriel se incorporó con la ayuda de Kike y de Nando. La cosa no iba a quedar como una pelea de patio de colegio. El carnicero tenía ganas de presentar batalla y se abalanzó sobre Niko con el brazo en alto, pero este paró el ataque con una patada en el pecho. El carnicero volvió a caer de espaldas. Enseguida Niko se puso en guardia, con la respiración agitada, y miró a quienes estaban al lado del carnicero uno a uno a la cara.

—¿Nos hemos vuelto locos o qué nos pasa? —pregunté a voz en grito. Estaba realmente cabreada y los señalé con el dedo. Nadie estaba ayudándonos, salvo Dani. No sé qué habría pasado si no hubiera sido guardia civil—. ¿Cómo podéis dudar de él? ¿Cuántas veces le habéis pedido ayuda y os ha dado todo lo que tenía?

Nando, con la ayuda de Dani, intentó calmar un poco los ánimos. Agarró del brazo al carnicero y se lo llevó al otro lado de la plaza.

—Mejor dejamos la cosa aquí, Gabriel. Emma tiene razón. ¿Quién puede dudar de él?

El carnicero giró la cara para mirar hacia nosotros. Se pasó el dorso de la mano para quitarse la sangre que salía de su boca. Nando tiró de él.

—Esto pasa porque la gente ha dejado de ir a misa —replicó la madre del carnicero—. Mi hijo se ha salvado gracias a la palabra del Señor. Todos conocéis los problemas que tuvo mi Gabriel. —Después señaló a algunos de los muchachos más jóvenes—. Estos chiquitos de aquí, José, Dani, Begoña y Juan, cumplen todas las semanas con su deber cristiano.

—Carmen, cálese, por favor —le indicó Dani.

—No, Carmen, tiene razón —replicó Cristóbal—. Los jóvenes de hoy han perdido el norte y ya no saben distinguir lo que está bien de lo que está mal.

—Esto no es una cuestión de moralidad, Cristóbal —respondió Dani—. Esto es algo mucho más grave. Por favor, vamos a tranquilizarnos un poco. Estos corrillos no nos ayudan en nada. Dejados trabajar a la policía.

La gente se fue dispersando cuando llegaron unos policías para analizar la cartulina, pero yo tenía el presentimiento de que no iban a encontrar muchas pistas.

Antes de marcharnos hacia casa, Dani llegó a la carrera hasta nosotros.

—Os invito a un café en casa y me cuentas qué has descubierto. —Me pasó una mano por el hombro—. Esta vez no habrá interrupciones.

—Dani, perdona —nos interrumpió Cristóbal, a quien siempre acompañaba la devota mujer con su hijo—, vamos a celebrar una misa especial por el alma de esta pobre chica. ¡Que Dios la tenga en su gloria!

—Claro, Sagrario, sus padres sabrán apreciar el detalle —respondió Dani, y me apretó contra sí.

Niko caminaba con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. Durante el tiempo que tardamos en llegar a casa de Dani, permanecimos en silencio. Él y su hermano vivían en una casa bastante vieja, aunque a mí siempre me había parecido que tenía encanto. En tiempos de la República fue la vivienda del maestro del pueblo, y en una de las habitaciones conservaban una pizarra. Lo que hubiera dado de pequeña por tener una.

Dani retiró una cortina metálica y nos hizo pasar a una pequeña salita con chimenea. Pese a los años que tenía aquella casa, él y su hermano la mantenían muy ordenada y bastante limpia. Había un aparador con muchas fotos de la familia.

—¿Os apetece un café?

Niko asintió, y yo le pedí un té. Pasó a la cocina y sacó unas galletas de mantequilla en una caja de hojalata.

Observé un poco más las fotografías. Me llamó la atención una en la que salía junto a su hermana en las fiestas del pueblo. La cogí y la miré detenidamente. Hacía tres años de aquello, cuando nombraron a Sara dama de las fiestas, junto a cuatro chicas más. Él la acompañaba del brazo. Ambos se parecían mucho, aunque Dani era mucho más guapo. Se les veía felices.

Trajo una cafetera en una bandeja con dos tazas pequeñas de loza, de dos juegos de vajilla diferentes, y una taza de aluminio con té para mí.

Unas gotas de café se le cayeron encima de la mesa y enseguida se levantó para limpiarla. Al regresar de la cocina giró la cabeza hacia el aparador. Parecía mirar el portafotos que había cogido. Lo movió unos centímetros, limpió con la servilleta una mota de polvo imaginaria, y después se sentó con nosotros.

Mientras le contaba lo que había descubierto, Dani me escuchaba atentamente y tomaba notas en una libreta de bolsillo. Me fijé en que sus rasgos eran armoniosos y dulces. Era de piel bastante blanca, moreno de cabello y tenía unos ojos oscuros como el carbón. Era ciertamente bastante atractivo.

—Vaya, me has sorprendido, Emma. Eso está muy bien. —Le gustaba girar el anillo que llevaba en el dedo.

Sonreí. En realidad estaba orgullosa de poder aportar mi pequeño grano de arena en el asunto de Andrea. Sin quererlo ni beberlo, estaba participando en el primer caso de mi futura carrera como criminóloga.

—¿Un café o una galleta más? —me preguntó.

—No, gracias. Estamos bien.

Niko también negó con la cabeza.

Durante más de una hora, tras relajar un poco nuestro ánimo, estuvimos hablando de diversas cosas, de estrenos de cine, libros leídos y de todo lo que se nos iba ocurriendo. Creo que tanto a mí como a Niko (que se permitió alguna broma que otra) nos sentó bien estar con Dani. Era un chico bastante agradable con el que podías hablar de cualquier cosa, desde temas filosóficos hasta de literatura.

La tarde iba cayendo, y nos despedimos de él. Mi padre y su madre debían de estar preguntándose dónde nos habíamos metido.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Le cogí del brazo.

Me miró como si no entendiera qué quería saber de él.

—Claro, pregunta, porque, si te digo que no, no vas a parar hasta que sepas qué te oculto.

—Bueno, igual es una tontería, pero esta mañana, mientras estabas en el corral con Carlota, le has dicho a tu madre algo que parece que no le ha sentado muy bien.

—¿De verdad quieres saber qué es lo que escondo? Te advierto que mi vida ha sido muy aburrida...

Asentí mordiéndome el labio inferior.

—Está bien. —Tomó aire y lo expulsó con calma. Se estaba tomando su tiempo para contestarme—. Con ocho años me diagnosticaron una leucemia linfática crónica, un tipo de leucemia muy común en los niños. Durante tres años estuve entrando y saliendo de los hospitales de Nueva York, hasta que consiguieron un trasplante de médula para mí. En mis horas libres me aficioné al cine y me aprendía los diálogos de las películas...

Se calló. Se quedó pensando en qué iba a decir a continuación, pero las palabras se negaban a salir.

—Lo siento...

No sabía qué más decir. Se produjo un silencio. Volvía a parecer un niño pequeño al que no me hubiera importado abrazar y decirle que todo iba a salir bien. Que me tenía a su lado para lo que quisiera.

—¿Por qué? Tú no tienes la culpa. Son cosas que pasan. Ahora estoy aquí, pero en un minuto todo puede cambiar. Me propuse vivir cada segundo como si fuera el último. ¿Sabes? Hasta mi abuela me regaló un rosario —se metió una mano por el cuello de la camiseta para mostrármelo—, como si con ello pudiera protegerme de todo mal. Dice que está bendecido por el papa Juan Pablo Segundo. Yo le doy el gusto de llevar este colgante, pero para mí no significa nada.

Hubo otro silencio.

—¿Y yo te puedo hacer una pregunta?

—Sí —moví la cabeza—, claro. Parece que nos estamos sincerando.

Antes de hacerme la pregunta se detuvo y me miró fijamente. Me dejé atrapar por su mirada azul. Se acercó un poco más a mí y yo avancé un paso hacia él. Nuestros labios estaban a punto de rozarse. Mi respiración comenzó a agitarse, al tiempo que mi corazón bombeaba tan deprisa que notaba mi pecho a punto de estallar.

—¿Has dudado en algún momento de mí?

Abrí los ojos como platos. No podía responderle a esa pregunta, no, si no quería hacerle daño.

—Contéstame, Emma, por favor.

—Yo... —Tragué saliva y me rasqué la mejilla. Noté cómo me iba encogiendo y cómo el suelo se abría a mis pies.

¿Tanto se me había notado que había sospechado de él en algún momento? El corazón me decía que le mintiera, y la razón me decía otra cosa. ¿Era tan difícil dejarme llevar por mis sentimientos?

El maldito silencio se había instalado como un muro entre nosotros. Era mucho más fácil mentirle, pero por alguna razón no podía hacerlo.

—No hace falta que me digas más. Ya veo.

Se giró y me dejó plantada en mitad de la calle.

—Niko, por favor, no es lo que parece.

No me contestó. Siguió caminando y lo perdí de vista cuando torció la esquina. Cerré los ojos y me senté en un portal. La había fastidiado, pero a base de bien.

Furia

Permanecí un buen rato sentada en el portal. No me gustaba el silencio que se había producido después de la pregunta de Niko, así como tampoco la soledad que experimenté tras su marcha. Me sentía vacía por dentro, como si me hubieran arrancado a bocados una parte muy importante de mí. Y nadie más que yo tenía la culpa de esa situación que se había creado entre él y yo. Si ya me lo decía mamá muchas veces: «La verdad es un arma muy poderosa, letal y a la vez liberadora». Y mi verdad había resultado letal.

De repente tuve la sensación de que lo había traicionado y de que iba a ser complicado recuperar su confianza. Mis condenadas dudas. Siempre trataba de buscar tres pies al gato, de llevar todo lo extraordinario que me ocurría al campo de la criminología. Era una obsesión. Con lo fácil que hubiera sido decirle que en ningún momento había dudado de él, pero la pregunta me pilló totalmente desprevenida y con la guardia baja. Me maldije mentalmente por no haberle respondido, y por no haberme permitido mentirle. No había podido aplicar la máxima de House de que todo el mundo miente.

Estuve varios minutos pensando en cómo se tenía que sentir él y en cómo me disculparía por ser tan estúpida. No encontraba las palabras, pero no quería dejar ese momento a la improvisación.

Vi volar una urraca, que se posó en el alféizar de una ventana. Nos quedamos mirando. Graznó y después salió volando.

Dos señoras mayores, una de ellas vestida de negro y la otra con un vestido de flores, paseaban por la calle. Reconocí a la más joven, la que llevaba el vestido floreado. Era la madre del panadero. Venían agarradas del brazo cuchicheando. La que vestía de negro señaló hacia donde yo estaba. Por cómo me miraban entendí que hablaban de Niko. Que las dudas se hubieran instalado como un veneno ponzoñoso entre la gente del pueblo me molestó especialmente. Me parecía injusto que los chismes corrieran de boca en boca y nadie saliera en su defensa. Quizá porque yo no vivía en el pueblo no iba a dejar pasar ese tipo de chismorreos.

—¡No ha sido él! —les grité cuando pasaron por mi lado. Las mujeres se sobresaltaron y pegaron tal bote que no pude evitar sonreír—. Buscad al culpable en otro sitio.

—¡Ay, santo cielo! —exclamó la madre del panadero—. ¡Dónde vamos a ir a parar con la poca educación que tiene esta juventud de hoy en día!

—No me dé clases de educación. A saber qué hizo su hijo el miércoles por la mañana.

Decían las malas lenguas que el panadero era gay y bajaba dos días a Valencia para ver a su novio, y que estaba esperando a que se muriera su padre para salir del armario. Había pasado una temporada en una casa de reposo, cuando las malas lenguas decían que

había intentado suicidarse. Si era cierto o no, era algo que me traía sin cuidado.

—Mi hijo es un hombre de bien. Se pasa el día trabajando —respondió levantando el mentón y girando sobre sus talones.

—Qué poca vergüenza tienen algunas —replicó la mujer que vestía de negro.

—¿Alguien lo vio trabajar? —Las dos mujeres se alejaron a paso ligero de mí para no oír lo que tenía que decirles. La que vestía de negro se abanicaba con insistencia—. Si no es así, deje que le diga que su hijo es tan sospechoso como Niko y como cualquier persona del pueblo. Hasta usted podría serlo.

No sé si había hecho lo correcto, pero lo cierto era que me había hecho sentir bien. Tuve un ataque de risa. No podía creer que hubiera actuado así. Mamá me habría llamado la atención y también me habría echado una bronca monumental.

Me levanté sin ganas de regresar a casa. Al final, como temí cuando me subí al tren, se había producido el primer desencuentro entre Niko y yo. Ahora dependía solo de mí que la cosa no se alargara en el tiempo.

Oí que alguien me llamaba a mis espaldas. Me giré para saber quién era el que quería hablar conmigo. Esperaba al menos que los mellizos y José no nos hubieran puesto en su lista negra. Crucé los dedos sin darme cuenta.

—¿Vas para casa? Niko necesita que estemos a su lado —comentó Nando.

—Sí, no podemos dudar de él. —Me mordí la parte interna de la mejilla. Y yo era la primera que tenía que demostrárselo.

—El miércoles celebraremos nuestro cumpleaños —repuso Kike tragando saliva—. Estás invitada. —Llevaba las manos en los bolsillos y seguía con la mirada el movimiento de su pie.

—Mamá dice que tenemos que seguir con nuestras vidas —replicó Nando. Era mucho más jovial que su hermano y siempre había sido el bromista del grupo, junto a Niko—. Ha sido un golpe duro para todos, pero no sería justo no celebrar nuestra mayoría de edad. No todos los días unos trillizos cumplen años.

Me alegré de que me hubieran incluido en su lista de invitados. Si hubiera tenido que esperar una invitación por parte de Alba, la tercera trilliza, lo habría llevado claro.

—¿Estáis seguros de que queréis que vaya? —quise saber. Nunca me habían invitado, y aquel detalle me llamó la atención. Alba pondría el grito en el cielo.

Kike se puso colorado y volvió a bajar la mirada al suelo.

—Por supuesto —respondió Nando mordiéndose una uña—. ¿Verdad que sí, Kike? Ya verás el corto digital que ha hecho mi hermano para proyectar en el baile. Si es que es un virtuoso de las teclas.

Su hermano asintió con la cabeza y evitó mirarme a la cara. No sé cómo, Nando y José se adelantaron y yo me quedé con Kike sin saber qué decirle. Me sentía un poco incómoda por la situación. De repente me di cuenta de que me habían preparado una encerrona y que yo había caído en la trampa.

—¿Cómo te va? —preguntó él. Llevaba el móvil en la mano, pero cuando nos quedamos a solas lo guardó.

—Bien... —Kike se me quedó mirando. Temí que me hiciera preguntas para las que no estaba preparada, así que seguí hablando sin darle opción a que continuara—. O sea, todo lo bien que se puede estar después de que un loco nos persiguiera con una escopeta y de que me dieran siete puntos. Y ahora todo el mundo parece haber emitido un veredicto con respecto a Niko.

—¿Te dolió? —me interrumpió.

Solté un bufido tratando de quitarle importancia.

—Me pusieron anestesia.

—Oye, Emma, me preguntaba si...

Se me encogió el estómago y de pronto noté que me faltaba la respiración.

—Perdona, Kike, me acabo de acordar de que tengo que darle la cena a Carlota.

Lleva sin verme desde Semana Santa y quiere recuperar el tiempo perdido.

Me alejé corriendo sin esperar a que me hiciera la pregunta. El verano pasado habíamos estado tonteando unos días, pero luego no sé qué le pasó que de la noche a la mañana dejó de venir a buscarme a casa. Luego yo salí dos semanas con Jorge y después regresé a Madrid.

Al llegar a casa me sentí aliviada cuando Carlota se tiró a mis pies. Aún llevaba el vestido de Blancanieves. La tomé en brazos y le di un fuerte abrazo. Eché un vistazo para ver dónde se habían metido Niko y los chicos. No estaban en la cocina.

—Emma, mamá dice que tengo que comer verduras. Yo le he dicho que dos, y mamá me ha dicho que cinco cucharadas. —Hizo un mohín y me acarició la mejilla.

—Venga, vamos a hablar con tu madre —le contesté.

—Dos, ¿vale, Emma?

—Deja que lo piense. —Puse cara de estar pensando.

Ana y mi padre nos miraban con una sonrisa. Hablaban entre ellos sobre algo que les debía de hacer mucha gracia, pero que no entendí hasta que papá habló.

—Tú hacías lo mismo cuando eras pequeña. Sois casi idénticas. —Soltó una carcajada—. Menudas brujillas estáis hechas.

—Ya, con la diferencia de que ella tiene una hermana mayor que la malcría y que la defiende de unos padres malvados.

Me senté a la mesa junto a mi hermana. Enseguida llegó Kike, y evité mirarlo a la cara. Mi cuerpo se tensó, y cogí un vaso de agua y el tenedor con el que comía Carlota para hacerle ver que estaba ocupada.

—Buenas noches. Vengo a ver a Niko... —Me dio hasta pena. Apenas le salía la voz. Volvió la cabeza a las teclas de su móvil.

—Anda, pasa. —Papá se levantó y le ofreció la mano—. Están arriba, en su habitación. A saber qué estaréis tramando.

—¡Que aproveche! —dijo antes de subir las escaleras.

Me alegré en parte de que ni Ana ni papá estuvieran al corriente de lo que había pasado en la plaza. Mi madrastra se habría llevado un buen disgusto.

—Vaya, Emma, ¡qué mirada te ha echado! —dijo Ana—. ¿Qué nos estamos perdiendo?

—¿Es tu novio? —preguntó Carlota.

—No, yo no quiero novios. —Suspiré y me relajé en la silla—. Pero no me distraigas, señorita. Tu mamá te ha dicho que cinco, y yo te propongo tres.

—No, cuatro.

Tuve que aguantarme las ganas de reír. Aproveché la ventaja de que una niña de tres años y medio todavía no supiera contar.

—Vale, tú ganas. Cuatro —comenté con fingida voz de abatimiento.

Su madre me guiñó un ojo, y tanto ella como papá se levantaron de la mesa. Siempre se me habían dado bien los niños pequeños. Mientras le daba de cenar a mi hermana, estuvimos cantando algunas canciones infantiles. También estuvimos jugando a ver quién de nosotras se llevaba antes el tenedor con la verdura a la boca.

—No se vale —comenté cuando ya se había comido cuatro cucharadas—. Te estás comiendo mi cena.

Carlota no dejaba de reír a carcajadas.

—Es que yo soy más rápida que tú —repuso con la boca llena. Se había subido varias veces el vestido y había estado dando botes en la silla.

—Pues esta me la voy a comer yo. —Me puse seria, totalmente convencida de que lograría mi objetivo—. Y no me vas a pillar.

Carlota se abalanzó sobre el tenedor y después se metió con las manos las últimas verduras que había en el plato. Se tapó la boca con el brazo sin dejar de reír y de señalarme con la mano que tenía libre.

—No me puedo creer que no me hayas dejado nada —dije llevándome, como si estuviera sorprendida, las manos a la cara—. Me has engañado. Y ahora, ¿qué cenó yo?

Cuando Carlota terminó de tragar la bola que tenía en la boca me contestó:

—Yo soy la que más corre de mi clase.

—¿Me estás diciendo que también me ganarías si echáramos una carrera?

—Sí, ven. —Se bajó de la silla y tiró de mí hasta el corral.

—¡Carlota! —Ana la detuvo antes de que abriera la puerta—. Aún no has terminado de cenar. Sabes que no te puedes levantar de la mesa hasta que te hayas acabado todo.

—¡Jopetas! —Se cruzó de brazos.

—Primero tómate el postre y luego hacemos una carrera... —le dije.

Advertí un ruido en el corral. Estaba casi segura de haber oído un chirrido y de que alguien había cerrado la puerta de atrás.

—Yo no quiero postre...

—¿Pasa algo? —preguntó Ana al ver mi cara.

—¿Está papá fuera? —Me extrañaba que hubiera salido sin que me hubiera dado cuenta.

—No, ¿por qué? Está en la ducha. Ya sabes que le gusta cenar fresquito.

Me abalancé hacia el corral. Efectivamente, alguien había salido corriendo y en su huida había tirado una hamaca. Además, la puerta de atrás se había vuelto a abrir. Ana y Carlota llegaron hasta mí.

—Alguien ha entrado aquí.

Mi madrastra no dudó de mis palabras al ver la puerta abierta.

—Le he dicho a tu padre mil veces que arregle esa puerta.

¿Qué interés podía tener la persona que había entrado en casa? Al corral daban tres ventanas, la mía, la de Carlota y el cuarto de baño grande. La única de las tres que estaba abierta era la mía, y estaba segura de haberla cerrado antes de salir de la habitación, temerosa de que mi hermana se subiera a una silla y tuviera un accidente. No era muy difícil llegar hasta mi ventana. Alguna vez me había descolgado por ella y luego me había apoyado en el muro para salir de fiesta sin que mi padre se enterara. Me extrañó volver a ver una urraca posada en el muro del corral. Echó a volar cuando Ana cerró la puerta.

Carlota reclamó mi atención.

—Vamos a jugar a un juego —le dije—. Tú te comes el postre muy deprisa mientras yo me escondo. A ver si eres muy rápida y me encuentras.

—Te voy a ganar.

Asentí con la cabeza y salí corriendo hacia mi habitación. Desde las escaleras se oían las voces de los chicos, y al parecer Niko había recuperado su buen humor, cosa de la que me alegré. En el momento de abrir la puerta y encender la luz no me cupo ninguna

duda de que esa persona había estado en mi habitación. Las cortinas de tul de mi cama estaban rajadas y parecía que las habían rociado con sangre, pero lo peor no era eso, lo peor era el mensaje en un papel que me habían dejado en el cristal de la cómoda, con lápiz de labios rojo.

*Eres una zorra. Aiderás en el infierno.
Estás avisada*

Me temblaron las rodillas, y busqué apoyo en la pared. Creo que perdí el color de la cara y hasta me falló la voz. No podía gritar, de tan abrumada como me sentía.

Niko y sus amigos salieron en ese momento de su habitación.

—¿Te pasa algo? —me dijo Kike al pasar por mi puerta y encontrarme sentada en el suelo.

Le señalé el cristal de la cómoda.

—Alguien ha estado aquí y me ha dejado un mensaje —respondí con un hilo de voz.

—¡Cabrón! —exclamó José echando un vistazo a la nota, aunque no la llegó a tocar. Después de respirar hondo y de calmarme saqué mi smartphone y le hice una foto al papel.

—Voy a llamar a mi hermano —repuso José—. Él sabrá qué hacer.

Oí que Carlota subía por las escaleras gritando mi nombre.

—No, que no venga. Cógela, Niko —le ordené.

Enseguida salió corriendo hacia ella y pareció convencerla para llevársela abajo. No sé qué pasó en la cocina ni lo que comentó Niko, pero mi padre subió corriendo a mi habitación.

—¿Estás bien? —El pobre estaba lívido—. Ya hemos llamado a la policía. Me han dicho que tenemos que salir de la habitación y que nadie toque nada.

Sí, tenían razón, y no me había dado cuenta. No podíamos contaminar las pruebas. Cerré la puerta, y esperamos a que llegaran los profesionales.

Dani fue el primero en llegar.

—Sentimos que tengas que trabajar en tu día de descanso —dijo papá invitándolo a entrar.

—No te preocupes. Uno nunca olvida cuáles son sus obligaciones.

—Es cierto. Los veterinarios tampoco nos libramos. —Lo acompañó hasta mi habitación.

En media hora más o menos llegó la Guardia Civil. Se había formado un pequeño corrillo en la puerta de mi casa. El consejo de sabios del pueblo estaría dictaminando qué habría ocurrido para que hubiera dos coches.

Mientras ellos trabajaban y hacían las preguntas de rigor a los chicos, Ana nos obligó a que comiéramos algo.

Durante buena parte de la cena estuve estudiando el mensaje que me habían dejado. Me llamaba mucho la atención esa «T» extraña. La había visto en algún sitio, pero no recordaba dónde. Hice un repaso mental de por dónde había estado esa tarde. Recorrí las

calles una y otra vez intentando recordar dónde había visto esa letra. Habría sido más fácil hacer un recorrido real por las calles, aunque ni papá ni Ana me habrían dejado salir. Tal vez fuera el cansancio, que no me dejaba ver lo que era evidente, por lo que decidí olvidarme del asunto cuando la policía se marchó.

Esa noche no dormiría en mi habitación, así que me fui a la de invitados. Carlota me quiso acompañar. Nos metimos las dos en la misma cama, y mi hermana se quedó dormida acariciándome el pelo.

Supongo que yo también caí rendida enseguida. En mis sueños me veía corriendo sin descanso por las calles del pueblo y siempre me paraba en el mismo sitio, pero ¿dónde?

En mitad de la noche me incorporé sobresaltada y sudando. Carlota seguía durmiendo plácidamente a mi lado. Ya sabía de qué me sonaba esa letra. La había visto en la carnicería, lo que significaba que Gabriel había escrito esa nota y había entrado en mi habitación. Eran las tres de la mañana, pero Dani me había dicho que podía llamarlo a cualquier hora si se me ocurría quién podía haber escrito la nota. No quise alargar la llamada, le di todos los datos y me aseguró que llamaría a la Guardia Civil, luego me deseó buenas noches y yo me sentí un poco más tranquila.

Me surgió otra duda. Alguien dijo en la plaza que Andrea había recibido una carta muy extraña. ¿Eso quería decir que yo podía haber sido la siguiente en la lista de no haberlo pillado? Porque por lo que sabía, eran dos los psicópatas, y solo habíamos descubierto a uno.

El Diario del Alto Turia

Hallan sin vida a la joven de 20 años desaparecida en Caños del Agua

2-07-2012

Una pareja de pescadores ha encontrado sin vida a la joven, Andrea G. M., que desapareció el pasado 27 de junio en Caños del Agua. Las autoridades locales no han querido revelar más detalles sobre este homicidio, aunque todo apunta a un ritual por un motivo religioso. El sepelio se hará en la más estricta intimidad por expreso deseo de la familia.

La ira

Al hombre le dijo: Por haber escuchado a tu mujer y haber comido del árbol del que Yo te había prohibido comer, maldita sea la tierra por tu causa. Con fatiga sacarás de ella el alimento por todos los días de tu vida.

Génesis 3:17

Miércoles, 4 de julio de 2012

Sobre la mesilla de la habitación de paredes que en otro tiempo fueron blancas descansaba una Biblia muy usada. En un lateral de la cama había un espejo con estampitas de santos, vírgenes y Cristos crucificados. Había varias velas que se iban consumiendo, como la vida de la mujer que permanecía acostada, tapada hasta el mentón.

El calor era insoportable, aunque en ningún momento la mujer se quejó. No obstante, lo peor era el olor, que verdaderamente se hacía repugnante conforme avanzaba el verano. No había ni siquiera una ventana para poder ventilar el cuarto.

Sobre el cabecero de la cama colgaba una gran cruz de madera, que daba la sensación de que de un momento a otro caería sobre ella.

Uno de los chicos que había en el cuarto se sentó en el borde de la cama de matrimonio con cuidado, temiendo provocar la ira de la mujer que estaba acostada, la cual siguió con los ojos cerrados. Se acercó a sus labios para escuchar lo que tenía que decirle. Se irguió para mirar al otro muchacho.

—Tengo un mensaje de mamá.

—Dime qué tiene que decirnos. —Parecía impaciente.

—«Por haber escuchado a la mujer y haber comido del árbol del que ella nos había prohibido comer, maldita sea la tierra por su causa —respondió el que estaba al lado de esta—. La denuncia contra Sodoma y Gomorra es terrible, y su pecado es grande. El Padre vendrá a visitarnos y comprobará si hemos actuado según esas denuncias que han llegado hasta él. Si no es así, lo sabrá.»

—«¿Es cierto que va a exterminar al justo junto con el malvado?» —preguntó con inquietud el chico que permanecía de pie al lado de la puerta—. «Tal vez haya cincuenta justos dentro de la ciudad.»

El que estaba sentado se acercó de nuevo para preguntar al oído de la mujer mayor, a la que escuchaba con adoración:

—«¿Es cierto que el Padre va a acabar con todos y no va a perdonar el lugar en atención a esos cincuenta justos?»

—«¡Nosotros no vamos a hacer algo semejante, permitir que el bueno sea tratado

igual que el malvado!» —dijo el que permanecía de pie—. «¿O es que el juez de toda la tierra no aceptará lo que es justo?»

Se hizo el silencio antes de que recibieran la respuesta que esperaban.

—Mamá ha dicho que si encuentra en Sodoma a cincuenta justos dentro de la ciudad, el Padre perdonará a todo el lugar en atención a ellos.

Se calló unos momentos y después buscó la mirada de la mujer que estaba acostada para preguntarle:

—«Madre, pregúntale al padre que sé que a lo mejor es un atrevimiento hablar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza, pero si faltan cinco justos para llegar a los cincuenta, ¿destruirás la ciudad por esos cinco que faltan?»

—¿Qué ha dicho? —preguntó el joven que estaba de pie intentando aguzar el oído para captar las palabras de la mujer mayor, aunque sin mucho éxito.

—Ella me ha dicho que no habrá destrucción si el Padre encuentra allí a cuarenta y cinco hombres justos —respondió el otro tras recibir la respuesta que esperaba, y luego se echó a llorar de felicidad. Iba bajando la cifra de hombres justos que podría hallar en la ciudad.

El que permanecía de pie dejó escapar un suspiro y volvió la mirada hacia la mujer. Los dos chicos se miraron a los ojos antes de que ella se pusiera en contacto con uno de ellos.

—No te enojés con nosotros, sabemos que necesitas descansar. Una última cuestión antes de marcharnos. Puede ser que se encuentren allí solo diez —insistió el que se comunicaba con la mujer, quien acercó de nuevo la oreja a los labios de ella. Enseguida asintió a las palabras que escuchaba de la mujer—. «En atención a esos diez, no destruirá la ciudad» —repuso a continuación mirando al otro chico.

Durante unos segundos el silencio volvió a reinar en la habitación, hasta que nuevamente comenzó a hablar.

—«¿Cómo está solitaria la ciudad populosa! No hay nadie que la consuele entre todos los que la amaban: todos sus amigos la han traicionado, se han convertido en enemigos.»

El chico que se hallaba de pie negó con la cabeza y suplicó con la mirada al que estaba sentado.

—¿Por qué?

—¿Acaso dudas de lo que dice ella? —preguntó.

Este se inclinó sobre la mujer para darle un beso en la frente y escuchó con atención lo que le decía.

—¿Qué hacemos ahora? —quiso saber el que se hallaba cerca de la puerta. Se acercó a la cómoda y apoyó un brazo sobre ella.

—Mamá ha dicho que nos levantemos y salgamos de aquí, pues Yahvé va a destruir la ciudad.

Después de las palabras de ella, el otro chico se sintió impotente. Enseguida preguntó:

—¿Qué vamos a hacer? —Cogió una estampita de una Virgen para guardársela en el bolsillo de su pantalón vaquero.

—Ya la has escuchado —respondió el que estaba sentado, levantándose para dirigirse a la puerta y abrirla.

—¿Por qué?

—¿Quiénes somos nosotros para desobedecer la palabra del Señor?

—Sí, ¿quiénes sois vosotros dos? —dijo de pronto una chica joven que había en un rincón sentada en una silla de enea—. Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que aman al Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias.

Después de esta respuesta, los dos chicos salieron de la habitación preparados para hacer cumplir la palabra del Señor.

La fiesta

Miércoles, 4 de julio de 2012

La detención de Gabriel no hizo que me sintiera mucho más segura. Había alguien más por ahí suelto dispuesto a atacar de nuevo, un segundo psicópata nervioso, y eso se traducía en furia. Lo que no tenía claro era cuándo iba a ejecutar su siguiente movimiento, pero mucho me temía que iba a ser antes de lo que esperábamos. Sospechaba que uno de ellos era el que llevaba la voz cantante, mientras que el otro se limitaba a ejecutar las órdenes. Por cómo se había comportado Gabriel en la plaza y la agresividad que demostró al acusar a Niko, intuía que la cabeza pensante era el otro. Quizá por ese motivo estaba tan intranquila. Cuando volviera a atacar mostraría una violencia incontrolable.

A pesar de haber detenido al presunto asesino, Dani nos recomendó que siguiéramos manteniendo la calma y no bajásemos la guardia. Gabriel aún no se había declarado culpable y tampoco había delatado a nadie. Si no encontraban más pruebas en su casa, aparte de dos piezas de ropa interior más, lo más probable era que saliera muy pronto a la calle. Solo de pensarlo, me producía escalofríos. A saber qué había hecho con mi ropa interior.

El lunes por la mañana todo el mundo hablaba del entierro de Andrea, y de que se la llevaron a otro pueblo para darle sepultura. También se hablaba del carnicero y de la sorpresa que causó su detención. Había pasado de ser un vecino ejemplar que no se metía con nadie a ser alguien detestable que trataba mal a la clientela. También Niko pasó de ser el principal sospechoso a ser el chico simpático al que todo el mundo conocía. Aquellos que lo habían criticado se presentaron en casa para hacerle saber que siempre habían creído en su inocencia. Esa demostración de fariseísmo me incomodaba bastante. Incluso se acercó la madre del panadero con unos dulces para la familia, aunque me negué a probarlos, a pesar de que me encantaban, porque no podía soportar tanta falsedad. ¡Cuántas veces tuve que escuchar!: «Nos tienes para lo que necesites, las puertas de mi casa están abiertas para ti», o también lo de: «Qué faena ha hecho Gabriel a la pobre Andrea», o para terminar con: «¡Qué miedo tuviste que pasar!».

Presentía que si volvía a escuchar todas aquellas tonterías me pondría a vomitar en la cocina lo que pensaba de las viejas chismosas del pueblo. Lo peor era que se habían instalado en casa y se negaban a irse. Incluso alguna sintió la curiosidad de subir a mi habitación para comprobar de primera mano, como si fuera un lugar de peregrinación, qué había ocurrido tras aquellas cuatro paredes. No sé si esperaban ver una casa del terror o qué, pero cuando bajaban lo hacían un poco desilusionadas. Sin embargo, para mí no era poca cosa que el intruso hubiera apuñalado las cortinas, las hubiera rociado con la sangre de

Andrea y que hubiese dejado una nota.

Pero lo que más me molestaba era que nadie se interesara por cómo me sentía en realidad. Un desgraciado había profanado mi intimidad, invadido mi espacio más privado y durante unas horas había tenido en su poder unas braguitas mías y un sujetador a juego. No estaba segura, pero creo que también eché en falta una camiseta de tirantes y un bikini que creía haber metido en la maleta.

Tal vez creían que las necesitábamos, que sin ellas no podríamos superar todo el dolor que nos había causado Gabriel, cuando lo que realmente queríamos era volver a la normalidad y pasar página. Contaba los días para que se fueran; de lo contrario, me volvería loca.

No sé si fueron los dulces envenenados que trajo la madre del panadero (seguro que toda la ponzoña que había largado sobre Niko la había vertido sobre ellos) o un virus estomacal que circulaba por el pueblo, pero mi hermana, papá y Ana estuvieron en cama durante todo el martes y el miércoles. Así que no nos libramos de las visitas de las vecinas. Para terminar de poner la guinda al pastel, desde el domingo Niko me evitaba y solo venía a casa a comer y a dormir. Yo intentaba provocar una conversación con él, pero todo era en vano.

La tarde del miércoles, después de haber dormido a Carlota y de contarle por enésima vez el cuento de *Blancanieves*, bajé al corral con la tablet para olvidarme un poco de la pesadilla de esos últimos tres días. También tenía ganas de hablar con alguien, y Nat era la que mejor me entendía. Mamá llevaba cuatro días sin ponerse en contacto conmigo.

Enseguida vi que estaba conectada.

Emma: Estás ahí?

Estuve esperando unos segundos hasta que recibí su respuesta.

Nat: Hola, Emma. k tal?

Emma: Estoy hecha un lío.

Nat: Has visto ya La princesa prometida???

Emma: NOOOOOO. Y deja de darme el coñazo con la película.

Nat: Ok... Espero k no te hayas encontrado con el otro asesino ya, porque estás insoportable.

Emma: Ufff, esto no es broma.

Nat: Y cómo va la relación con el extraterrestre? Ha decidido ya perdonarte?

Emma: No, pasa de mí. Es un imbécil. Te puedes creer k cada vez k me acerco tiene

1 excusa y sale X patas? Anoche no me quiso abrir la puerta de su habitación 😞

Nat: No querías pasar de él???

La verdad es que no tenía tan claro qué era lo que deseaba. Durante el sábado y buena parte del domingo habíamos estado bien y había descubierto que me gustaba estar a su lado.

Nat: Sigues ahí???

Emma: Sí, sigo aquí.

Nat: K piensas?

Emma: K no es tan malo como yo pensaba. Me gusta estar a su lado y k el otro día estuvimos a punto de besarnos... o eso creo. Bueno, no sé.

Nat: keeeeeeeeeeeeeeeeeeeee???? K fuerte, tía!!! No me comentaste nada el otro día. Eres una pedorra. Cuéntamelo todo con pelos y señales.

Emma: Tampoco hay mucho k contar. Pero tú crees que Niko querría algo

conmigo? Si somos casi familia.

Nat: Y tú quieres algo con él?

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo. ¿Qué contestarle? No podía mentirle, porque era mi mejor amiga. Había pensado en muchas ocasiones en ello, pero me daba miedo hablarlo con alguien; ni siquiera con Nat. Desde la distancia era más fácil expresar mis sentimientos. De alguna manera, el hecho de que yo no estuviera en Madrid y de no poder verla en dos meses lo facilitaba todo. Si yo no estuviese en el pueblo de vacaciones mi amiga se habría presentado ya en casa. Era lo bueno de mantener ciertas distancias para que no pudiera ver que otra vez pensaba en él.

Nat: Estás pensando!!! Ayyy, dios!!! No me lo puedo creer. Tú estás enamorada de tu hermano. Lo sabía. Siempre lo he sabido.

Emma: NOOO ES MI HERMANO, CÓMO TE LO TENGO QUE DECIR, Y NO ESTOY ENAMORADA DE ÉL!

Nat: Sí k lo estás, jajajaja. Te pasas la vida hablando de él. Y creo k él también lo está de ti.

Emma: NO ES CIERTO, NO ME PASO LA VIDA HABLANDO DE ÉL... o sí???

Me sonrojé. Al menos no podía comprobar lo nerviosa que me había puesto.

Nat: Que a mí no me engañas. K si mira lo k ha hecho, k si tiene morro, k si me trata mal, k si...

Emma: Eso es xq es un imbécil...

Nat: K nos conocemos, guapa, y te has enamorado de Niko 🤔💔💔💔

Cerré los ojos. Era cierto que me pasaba el día hablando de él. Siempre lo había achacado a que se portaba mal conmigo. ¡Qué ingenua había sido al pensar que no me interesaba nada cuando en realidad quería llamar su atención! Al fin tenía que admitir lo que llevaba tiempo ocultando.

Nat: K notas cuando estás con él???

No sabía, o no podía responderle. Me había gustado compartir canciones y hasta me imaginé que me besaba. Entonces me sinceré con Nat y le conté cómo me sentía al estar a su lado. Fue liberador.

Emma: Me siento bien. Es como si estuviera en una nube. Estos días han sido maravillosos...

Nat: Irás al cumple de Kike esta noche?

Emma: Sí, xq? Es una fiesta temática, y no sé de k podría disfrazarme.

Nat: Se me ocurre una manera de hacerte perdonar. Tienes que confiar en mí.

Me daba miedo leer la propuesta de Nat, porque estaba segura de que no saldría nada bueno de todo aquello. Y es más, era capaz de convencerme para que hiciera algo humillante. Así que dejé que hablara y que me comentara cuál era ese plan infalible. Tras leerlo varias veces llegué a pensar que Nat me apreciaba muy poco y que estaba loca. No era la única que lo decía, sus padres también lo pensaban.

Nat: Lo harás???

Emma: No sé... voy a hacer el ridículo.

Nat: Lo vas a hacer genial, ya verás 😊 Kisses, kisses, me tengo k ir.

Emma: Ya te cuento.

Nat: No lo dudes. Mañana a primera hora ya me estás contando k ha pasado esta noche. Teloviu.*

Emma: Sí, mañana hablamos. 😊

Me abracé a la tablet. En ella estaban las pruebas de mi declaración de amor hacia Niko. No sabía cómo había pasado. Ahora tenía claro qué era lo que sentía por él, aunque los sentimientos de él hacia mí me desconcertaban. A veces parecía que quería decir una cosa, y otras veces parecía querer decir algo muy distinto. Supuso un shock saber que me gustaba más de lo que pensaba, aunque lo peor de todo era que tenía miedo a hacerlo público y que papá y Ana pusieran el grito en el cielo. Tampoco quería adelantar acontecimientos.

Reflexionando sobre cómo me vestiría esa noche, alcé la vista hacia la ventana de mi cuarto. Estaba cerrada. Desde el domingo solo había entrado dos veces para recoger mis cosas. Me imaginé a Gabriel saltando y descolgándose por el alféizar. Me resultaba extraño que un hombre de treinta y tantos años con sobrepeso fuera lo suficientemente ágil como para subir y bajar sin destrozar apenas la enredadera que daba a mi ventana. Me acerqué hasta la hiedra para comprobar dónde podía haber puesto los pies y por qué no encontramos hojas ni flores en el suelo el domingo por la noche. No entendía nada. La enredadera parecía estar en muy buen estado.

El tema me estaba obsesionando y necesitaba algo en lo que ocupar mi mente. Al entrar en la cocina, Niko estaba sentado a la mesa leyendo una novela. Se había preparado un yogur helado y estaba esperando a que se derritiera. Me ignoró cuando me senté a su lado. Cogí el bote de sirope de fresa y lo abrí. Dejé que goteara un poco en la punta de mi dedo.

—Me encanta el sirope de fresa —expresé después de chupármelo.

—¿Qué quieres, Emma?

Cogí aire antes de decirle lo que había ensayado muchas veces.

—Lo siento, siento haber desconfiado de ti. El domingo te vi salir de madrugada y ya sabes cómo soy, siempre pensando como criminóloga.

—Está bien, ¿algo más?

A pesar de haber escrito un discurso sobre qué le diría, no me salían las palabras que yo quería.

—Sí, que no me gusta verte así.

—Entonces es que quizá no te haya sentado bien el trasplante de ojos —contestó él esbozando una media sonrisa.

No sabía si aquello era un kit kat en nuestras posiciones encontradas, pero creí entender por el gesto de su cara que parecía más relajado. No podía dejar pasar la oportunidad.

—¿Crees que debería pedir el libro de reclamaciones porque me han implantado unos ojos defectuosos?

—Eso lo tendrás que decidir tú, Yasmine.

Volvía a llamarme Yasmine. Eso quería decir que me había perdonado antes de lo que pensaba.

—No vuelvas a llamarme Yasmine o...

Cuando me senté traté de dejarle espacio, aunque podía oler la colonia de niños que llevaba desde donde estaba.

—¿O qué? ¿Qué vas a hacerme? —Cruzó los brazos encima de la mesa y adelantó su cuerpo para estar más cerca de mí.

—Tú siempre me estás incordiando —solté echándome hacia atrás todo lo que me permitía el respaldo de la silla.

—¿También en tus sueños?

—No, en mis sueños no sales nunca —dije sosteniéndole la mirada.

Me temblaban hasta las pestañas, y casi me alegré de que no estuviera la luz de la cocina encendida, porque habría notado cómo me había sonrojado.

—Entonces seguro que en tus pesadillas.

—No, ni siquiera en mis pesadillas.

Chasqueó los labios.

—Tendré que arreglar ese aspecto con tu técnico de mantenimiento de sueños. —Se levantó algo decepcionado cogiendo la tarrina de yogur. Antes de llegar al primer escalón se giró hacia mí—. Por cierto, ¿te has preparado alguna canción para el karaoke de esta noche?

—Sabes que me da vergüenza cantar en público...

Solo de pensar en la canción que me había sugerido Nat me entraba el telele.

Esperaba que Niko se diera por aludido y que supiera cuáles eran mis sentimientos hacia él.

—El otro día no lo hiciste tan mal.

—El otro día era distinto —respondí—. Me acompañabas tú.

—Habrá que volver a intentarlo otra vez, ¿no crees? Parece que se nos da bien cantar juntos.

Antes de irse me guiñó un ojo. No quise hacerme ilusiones antes de tiempo, pero estaba muy nerviosa. Subí de dos en dos los escalones y me metí en la habitación de invitados. Con unos pantalones ajustados negros y una camiseta negra me tendría que valer para hacer el número. No era rubia como Sandy, pero sí que podría dejar que mi melena recobrara los rizos. Esperé primero a que Niko terminara en el cuarto de baño para empezar con mi transformación. Dejé la puerta entornada. En cuanto acabó pasó por delante con una toalla anudada a la cadera. Tuve que respirar fuerte para no lanzarme sobre él y meterlo en mi cuarto, así que cerré la puerta para no terminar haciendo una locura. Me apetecía mucho besarlo.

Esperé un rato hasta que volvió a salir de su habitación y se marchó a la fiesta. Cuando tuve la seguridad de que no regresaría me colé en el baño y me di una ducha rápida. No me quedaba mucho tiempo, por lo que me di prisa para no llegar la última. Solo me faltaban unos zapatos. Menos mal que Ana y yo calzábamos el mismo pie y tenía unos zuecos de tacón parecidos a los que usaba Sandy en la película.

Salí con prisas de casa. La fiesta empezaba a las nueve. Llevaba tres regalos para los trillizos. Por el camino me encontré con Kike. No sabía si había sido casual, pero me daba en la nariz que no, y que me esperaba desde hacía un rato en la esquina, donde permanecía con el pie apoyado.

—Uau, ¡estás espectacular!

—Ha sido improvisado. —Le di uno de los regalos que llevaba en la mano, porque no quería que pensara que me había vestido así por él—. Feliz cumpleaños. No lo abras hasta que lleguemos al casino. Y si no nos damos prisa van a empezar sin nosotros. —Cerré los ojos por la estupidez que acababa de decir. Era imposible que empezaran sin él.

Sentí cierto alivio cuando me encontré con mi amiga Begoña. Iba con su novio. Desde que había llegado solo habría podido hablar un rato con ella el lunes, porque la casa estaba llena de gente y las abuelas chismosas no me dejaban respirar.

—¡Vas de Dorothy! Me encanta *El Mago de Oz* —exclamé—. Y tú vas de Espantapájaros —le comenté a Juan.

El único que no iba vestido era Kike.

—¿Y tú de qué vas? —le preguntó Begoña.

—Es una sorpresa. Mis hermanos y yo hemos preparado algo. Espero que os guste. Alba está guapísima.

Enseguida llegamos al local. No fuimos los últimos en llegar, aún faltaba Alba. Le gustaba hacer entradas triunfales para que todos los chicos se la quedaran mirando. Y como me temía, se presentó vestida de Marilyn en *Los caballeros las prefieren rubias*. La canción que iba a cantar junto a Nando y Kike era «Diamonds Are A Girl's Best Friend».*

Había que reconocer que estaba espectacular. El vestido rosa le quedaba genial. Me hubiera apostado todos mis ahorros a que llevaba un año ensayando para ese momento. Sin embargo, Niko no se acercó a ella, más bien no me quitaba ojo de encima. Iba vestido de vaquero. Le pregunté a Begoña si tenía algo en el pelo.

—¡Qué va! Esta noche Alba y tú vais a acaparar todas las miradas de los chicos.

La fiesta empezó entregando los regalos a los cumpleaños. Después comimos los aperitivos que había en las mesas. Kike no me dejaba respirar y me seguía allá donde fuera. Desde hacía un rato Niko hacía ver que me ignoraba fingiendo indiferencia, pero yo estaba segura de que no se perdía detalle de lo que hablaba con mi acompañante. Antes de que dieran las diez, Nando se subió al escenario para dar paso a los karaokes.

Los primeros en actuar fueron Begoña y su novio, que cantaron el momento de: «Sigue el camino de las baldosas amarillas», de *El Mago de oz*. Después lo hicieron otros, que nos hicieron reír. Luego le tocó el turno a Niko, que se preparó una versión de *Toy Story*: «Hay un amigo en mí».

Nando y su novia, Belén, también habían preparado el número final de *Dirty Dancing*, «Time of My Life», que, por cierto, era una película que no me gustaba porque tenía una protagonista sosa hasta decir basta. Solo salvaba los bailes y a Patrick Swayze, el actor protagonista.

Antes de acabar con la tanda de canciones, Kike me dijo:

—Te toca.

Asentí con la cabeza y me pareció que me faltaba el aliento. Me subí al escenario. Ahora ya no me parecía tan buena idea ir vestida como Sandy en la escena final de *Grease*. Alguien soltó una exclamación. Tragué saliva antes de que empezaran los primeros acordes de «You Are The One That I Love».*

*I got chills, they're multiplyin'
And I'm losin' control
Cause the power you're supplyin'
It's electrifyin'
You better shape up 'cause I need a man
And my heart is set on you
You better shape up
You better understand
To my heart I must be true
Nothing left, nothing left for me to do
You're the one that I want
You're the one that I want
You're the one that I want
The one that I want
The one I need
Oh yes indeed*

*If you're filled with affection,
You're too shy to convey
Meditate in my direction, feel the way
I better shape up
Cause I need a man
Who can keep me satisfied
I better shape up
If I'm gonna prove
That my faith is justified
Are you sure?
Yes, I'm sure down deep inside.**

Desde arriba pude ver cómo todo el mundo estaba pendiente de mi canción. Quería que la tierra se me tragara, y estaba acalorada, pero creo que hice una buena actuación y que no desafiné. Cuando terminé recibí tal ovación que me sorprendió.

El último tema se lo reservó Alba. Pensé que llevaba dos copas de más, porque le costó subir al escenario. Sus hermanos la agarraron por la cintura, aunque no pudieron evitar que patinara y quedara espatarrada en mitad del escenario. Ninguno de los que estábamos allí quisimos reírnos. Era patético ver cómo intentaba ponerse de pie.

—¿Necesitas ayuda? —dijeron los dos hermanos a la vez.

Alba parpadeó como si estuviera a punto de echarse a llorar. Entonces, la chica que hasta no hacía ni cinco segundos parecía estar borracha se transformó en una espléndida Marilyn y nos dejó a todos con la boca abierta. Ciertamente había ensayado a la perfección el baile que en su día se marcó la actriz.

Era un golpe bajo, porque tanto ella como yo sabíamos que Niko adoraba a Marilyn.

Cuando terminaron de cantar, Alba se acercó hasta Niko para abalanzarse sobre su cuello. Yo me fui hacia la barra. Era una imbécil al pensar que tenía alguna posibilidad con él, no después de ver cómo ella se movía encima del escenario. Me pedí una cerveza y salí al patio del casino. Me senté en unos escalones.

No pasó mucho rato antes de que Niko se sentara a mi lado. No sé cómo se desembarazó de su Marilyn, pero sonreí en la oscuridad.

—Has estado muy bien —me dijo él.

Me giré. Estaba apoyado con los codos en los escalones y había estirado las piernas cruzándolas por delante. Se le veía relajado.

—No puedo compararme con Alba.

—¿Y quién te pide que te compares? Yo no.

Permanecimos en silencio. Sabía que hacía una noche preciosa y que había luna llena, pero no podía apartar mis ojos de sus labios. Él se fue acercando.

—¿Me vas a besar?

—No, solo te estaba apartando el pelo de la cara —contestó él retirando un mechón con su dedo índice para colocarlo detrás de mi oreja.

—¿Seguro? —Sentí su aliento muy cerca de mi boca.

—Claro, ¿nos apostamos algo?

Nuestros labios volvían a rozarse. Cerré los ojos y esperé a que me besara.

—Al fin te encuentro, Niko —dijo Alba de pronto—. Me habías prometido un baile. La habría matado de haber tenido una escopeta a mano.

—Claro, vaquero, dale el gusto a la cumpleañera. —Aunque me hubiera gustado

decirle: «Claro, dale el gusto a la zorra».
Me levanté y me alejé de ellos.

La invitación

Ve a buscarlo, porque es un instrumento elegido por mí...

Hechos de los apóstoles 9:15

Jueves madrugada, 5 de julio de 2012

La luna casi llena iluminaba la casa que había al otro lado del río. Solo tenía una luz encendida, la bombilla de la habitación de Belén. Sus padres aún estaban de cena en casa de unos amigos en el pueblo de al lado. Era el momento indicado para invitarla a unirse a ellos.

Un coche esperaba agazapado tras las sombras de unos árboles. Uno de los dos chicos que permanecían dentro miraba el movimiento de las ramas de los árboles a través del cristal de su ventanilla. Solo uno, el que observaba, estaba nervioso. Sus ojos azules brillaron en la oscuridad cuando su compañero le posó la mano sobre el hombro.

—¿Hueles la sangre? —preguntó. Sostenía un cuchillo grande con la otra mano. Pasó la lengua por la hoja del arma—. ¿Aún crees que ha ido a la fiesta a pasearse? No te fíes.

—No.

—Eva también engañó al primer hombre. No la mires por lo que parece, porque los monstruos se visten de palomas. Belén tratará de ofrecerte la manzana. No la escuches.

—No.

—Invítala a venir y que ella misma sea partícipe de nuestra obra.

—Lo haré.

—Sí, hazlo por ella. El capullo de la crisálida se convertirá en una mariposa.

—Sí. —Entonces giró la cabeza hacia él y le sonrió.

—Tienes que entender que la mayoría de las personas no están preparadas para asumir el cambio que se avecina. A todos les ciega la soberbia, el mayor de los pecados capitales. Y lucharán contra nosotros, aunque nuestra sea la verdad. Somos los elegidos.

—Sí. —Se emocionó al escuchar estas palabras.

—Estará orgullosa de ti, de mí. Solo cuenta con nuestra ayuda.

—Es cierto. —Se mordió una uña.

—Recuerda, si ella intenta ofrecerte algo recházalo. La recompensa es mucho mayor que lo que te pueda dar Belén.

Se produjo un silencio antes de que uno de los muchachos abriera la puerta del coche. El mismo silencio que había dentro se trasladó fuera. Comenzó a caminar hacia la casa de Belén. Las pisadas sobre la gravilla eran lo único que se oía a las afueras del

pueblo, en la única casa que estaba apartada del núcleo urbano.

Permaneció unos minutos de pie ante la verja de hierro pintada de blanco. Hizo un movimiento involuntario con la cabeza y se giró para mirar el coche. Entonces abrió la cancela y caminó los pocos metros que lo separaban de la puerta. Llamó primero a la puerta con los nudillos y después apretó el timbre.

Las luces de la casa se fueron encendiendo conforme Belén bajaba las escaleras. Se asomó a través de la ventanilla enrejada de la puerta para ver quién llamaba.

—Perdona que te moleste...

Belén no le dejó terminar de hablar. Le abrió sin dudar. Iba con un camisón de color blanco y corto. Se le transparentaban las braguitas. El chico bajó la mirada al suelo.

—¿Ha pasado algo?

—Sí, lo siento —dijo con voz compungida—. Tus padres han sufrido un accidente.

—¡Ay, Dios mío! —Se cubrió la boca con una mano y se sujetó al marco con la otra—. ¿Cómo están? ¡Dime que están bien! ¡Que solo ha sido un susto sin importancia!

—Se los han llevado al hospital. Al parecer no te han podido localizar porque tu móvil estaba desconectado.

Hacia algunos años que los padres de Belén dieron de baja el teléfono fijo y ahora solo se comunicaban por el móvil. En una situación como aquella no tenía muy claro qué hacer y estaba visiblemente afectada.

—Me pongo unos pantalones y una camiseta y bajo enseguida.

—No tardes. —Se humedeció los labios.

Belén dejó la puerta abierta y corrió hacia su cuarto. Él aprovechó para pasar dentro. La siguió hasta su habitación como un gato silencioso, se colocó unos guantes de silicona y sacó una jeringuilla.

—¿Qué haces aquí? —gritó Belén—. Vete.

Nadie salvo el chico la oyó. No obstante, ella no se dejó vencer y agarró la lamparilla que había en la mesita de noche y se abalanzó sobre él con el brazo en alto, preparada para presentar batalla.

—¡Socorro...!

—Vengo a liberarte de tu sufrimiento. Muy pronto me lo agradecerás. —El chico logró apartarse y se giró sobre sus talones para clavarle en el costado el calmante que contenía la jeringuilla.

Belén miró hacia abajo y después lo miró a los ojos.

—¿Por qué?

—El ángel exterminador no tiene motivos.

La luz de la habitación se fue confundiendo con la oscuridad que se cernía sobre ella y Belén fue perdiendo la conciencia, hasta que el sueño la atrapó en una telaraña de la que no podría escapar.

Sodoma

No he sido enviado sino a las ovejas perdidas del pueblo de Israel.

San Mateo 15:24

Jueves, madrugada, 5 de julio de 2012

Parecía que Alba estaba disfrutando de su pequeña victoria. Lucía una sonrisa de satisfacción que le hacía parecer aún más guapa de lo que era. Supongo que era el momento que había esperado desde que empezó a tramar la manera de ligarse a Niko.

Perdí la cuenta de las canciones que bailé con Kike y de las miradas que nos echamos Niko y yo durante parte de la noche. Yo no estaba en los brazos del chico que me gustaba, aunque mi acompañante parecía que se lo estaba pasando genial. Agitaba los brazos por encima de su cabeza, y de vez en cuando me agarraba de la cintura y me atraía hacia él. Algunos estaban esperando a que las luces se fueran apagando poco a poco y los bailes lentos empezaran a sonar.

Yo llevaba alguna cerveza de más, todo hay que decirlo, así que no me di cuenta de cómo Kike me llevó a un apartado para preguntarme lo que yo no quería escuchar.

—Emma, ¿vas a contestar? —me preguntó Kike.

—Perdona, ¿qué decías? Es que estoy un poco mareada.

Era cierto que el techo me daba vueltas y que me costaba un poco atender a lo que me decía mi acompañante.

—Que si quieres que te acompañe a casa. Tengo que comentarte una cosa. —Él se estaba acercando más de lo que hubiera deseado. Aparté la cara cuando lo olí—. Ya sabes que me gustas...

—Espera, Kike, no sigas, por favor. —Puse mis manos sobre su pecho para apartarlo un poco. Necesitaba respirar otra cosa que no fuera el alcohol de su aliento—. Creo que mejor lo dejamos aquí.

—No, no lo dejamos aquí. —Sus palabras sonaron violentas, y me agarró de la cintura—. ¿Quién te crees que eres para decir que lo dejamos aquí?

—Suéltame, por favor, Kike.

Él buscaba mis labios. No reconocía al amigo de Niko, al chico que el año pasado era amable conmigo y venía a recogerme a casa.

—Has estado bailando toda la noche conmigo.

Tal vez el alcohol lo había vuelto osado y pensó que por el simple hecho de bailar con él podía meterme mano.

—Venga, Kike, no te pases. Yo no te he dado pie a nada. Ni siquiera hemos bailado

agarrados.

—Dame un beso, solo un beso, y dejo que te vayas, que sé que te gustará. —Posó sus labios sobre mi cuello y fue dejándose sus babas hasta llegar casi a mi boca—. Es mi cumple.

—Te he dicho que me dejes. —Le pegué un empujón con tanta fuerza que cayó al suelo de culo. Supongo que también influyó que estaba bebido, porque no me creía capaz de tumbarle tan fácilmente—. ¿Cómo tengo que decirte que no me apetece que me des un beso?

Me miró desde el suelo visiblemente avergonzado. Comenzó a sollozar. Se medio incorporó apoyando los codos en el suelo y flexionó las rodillas para esconder la cabeza.

—Emma, por favor, perdona. No sé qué me ha pasado.

—Yo sí que lo sé. Además de ser un imbécil, has tomado dos copas de más.

Aquella contestación terminó por desarmarlo y lo dejó con tres palmos de narices. El lloriqueo que sufría hacía que su cuerpo se moviera de manera involuntaria.

—Te juro que es la primera vez que me pasa esto. No se lo digas a Niko.

—Y espero que sea la última.

Lo dejé sentado en el suelo llorando. No me encontraba con ánimo para soportar los lamentos de un idiota desenamorado.

Unos cinco minutos después vi salir a Nando con Belén. Ella daba la impresión de no encontrarse bien. Kike los paró en la puerta. Parecían discutir sobre algo.

—Vengo luego a por ti —pude escuchar que le decía Nando—. Después pondremos el corto.

Kike asintió y se fue abatido hacia el patio.

En la pista de baile había aún mucha gente bailando, entre ellos Niko y Alba, que no se apartaba de él. Se le había colgado del cuello e intentaba besarlo. Ahora sí que parecía que ella había bebido y le costaba seguir el ritmo de la música. Por mucho que se restregara contra él, Niko trataba de guardar las distancias.

Los zuecos me estaban matando, así que me senté en una silla de plástico.

Enseguida llegó Begoña, que parecía tan cansada como yo, aunque estaba segura de que no había bebido casi nada.

—Bueno, dime, ¿se ha decidido ya Kike? —Me pegó un empujón de broma.

—Sí. —Puse una mueca de fastidio.

—A ver, ¿qué ha pasado? Si el año pasado te gustaba.

—Es posible, pero tú lo has dicho. Eso fue el año pasado.

—Menudo chasco se tiene que haber llevado el pobre.

Giré la cabeza enojada.

—¿Pobre? Ha intentado sobrepasarse conmigo.

—Mujer, tampoco habrá sido para tanto —respondió Begoña.

—Pues no sé lo que te parecerá a ti, pero a mí no me gusta que me intenten meter la lengua hasta la campanilla cuando he dicho que no.

—¿Ha hecho eso? —Soltó un bufido—. Entonces tienes razón. Se ha pasado tres pueblos. Cualquiera lo diría con esa carita de bueno y esos ojos azules que le hacen parecer un ángel. Esos son los peores.

Asentí con la cabeza. No quería pensar qué habría pasado de haber dejado que me acompañara a casa. Igual la cosa hubiera acabado como había terminado hacía unos minutos, pero no quería darle más vueltas al asunto.

Lo que no tenía claro era cómo afectaría a la relación entre él y Niko. Yo lo dejaría

correr, aunque esperaba que lo sucedido no pasara de ahí.

Nando regresó a la fiesta y salió junto a Kike, que me miró al cruzar la puerta del casino.

Tras varias canciones Alba vino a sentarse a nuestro lado. Ya no parecía la genial Marilyn que nos había dejado a todos boquiabiertos. Se había descalzado y llevaba los zapatos en una mano. Se giró sobre la silla para apoyar los pies en un lado del respaldo y en el otro apoyó la espalda.

—Hay tíos que son imbéciles —dijo con la lengua de trapo señalando hacia Niko—. Aún no se ha dado cuenta de que llevo toda la noche tirándole los tejos.

—Igual la que no le interesa eres tú, y no te has dado cuenta todavía —contesté exasperada.

Begoña me miró con cara de expectación. Al ver la mueca de sorpresa de Alba seguí hablando, y hasta me atreví a contarle una pequeña mentira.

—Tiene novia en Nueva York y es muy fiel a su chica.

—Pero ¿qué dices, tía? ¡Te estás quedando conmigo!

Me puse seria. Por primera vez en toda la noche me sentía más poderosa que ella, y eso me satisfacía.

—¿Tengo cara de estar bromeando?

Me miró con desprecio.

—Me da igual. No soy celosa.

—El caso es que parece que está muy enamorado. Además, dice que no le gustan las calientabraguetas.

—¿Lo dices por mí o por ti? —me preguntó con los puños apretados—. He visto cómo te acercabas a mi hermano.

Begoña nos miraba desconcertada. Por las dos partes había intención de hacer daño.

—¿Por ti? ¡Qué va, tía! Jamás se me hubiera ocurrido pensar eso de ti. No, te lo digo a modo de información, más que nada para que te vayas haciendo una idea de lo que les gusta a los tíos.

—¡Qué sabrás tú de lo que le gusta a un tío! A lo máximo a lo que puedes aspirar es a un pringado que quiera cargar con una tía como tú.

Pasé de contestarle. Alba pertenecía al grupo de las pijas y monas del pueblo.

Decían las malas lenguas que se había operado la nariz, y muy pronto se operaría el pecho, pero por muchas operaciones que se hiciera seguiría siendo la misma imbécil de siempre. Había cosas que la cirugía no podía arreglar. Lástima que el cerebro no se pudiera operar. A algunas les hacía verdadera falta.

Al final se levantó y se marchó haciéndose la ofendida.

—Cómo te has pasado con ella —dijo Begoña intentando contener una carcajada—. Todos sabemos que es una gilipollas, pero lo mejor es no hacerle caso.

—¿Que yo me he pasado? ¿Y ella qué? Pero si casi nunca hablamos y ahora viene como si fuésemos íntimas. «A lo máximo a lo que puedes aspirar es a un pringado» —dije tratando de imitar su manera de hablar pija—. Anda y que le den.

Como la fiesta estaba decayendo decidí regresar a casa. Ya había tenido demasiadas emociones por esa noche.

El hijo de la devota, Sergio, se acercó a mí y me preguntó cómo estaba. Le contesté que bien y traté de quitármelo enseguida de encima. Sin embargo, a pesar de saber pocas cosas de él se tiró hacia mí para abrazarme. Me quedé quieta mientras él me decía al oído:

—¡Cuídate!

Asentí con la cabeza y le di las gracias. Me produjo un escalofrío pensar que un chico tan joven llevara una cruz tan grande colgada del cuello.

Me despedí de Begoña y de Juan, que se ofrecieron a acompañarme, aunque yo decliné la oferta. En el fondo sabía que estaban deseando quedarse a solas y hacer todas esas cosas que hacen los novios cuando están tan enamorados como ellos. Eran pareja desde que llegué al pueblo por primera vez.

Cuando salí a la calle sentí el frescor de la noche sobre mi piel acalorada. Cerré los ojos y abrí los brazos en cruz. Necesitaba bajar la temperatura de mi cuerpo. Mientras caminaba hacia casa, recordé la escena del patio. Era la segunda vez que creía que Niko me quería besar. ¿Y si fuera verdad y no eran imaginaciones mías? En algún momento tendríamos que aclarar esa situación.

De repente me giré. Oí un gemido ahogado que no supe precisar de dónde venía, pero no parecía el lamento de un gato. Me había decidido por coger un atajo para ir a casa y tenía que atravesar una calle oscura. Apreté un poco el paso y me adentré en la penumbra. Durante un rato oí el repiqueteo de mis zapatos resonando en la acera. Cada vez que pasaba por una ventana que permanecía iluminada, mi sombra se prolongaba a lo largo de la calzada.

Una urraca pasó por mi lado, rozando con sus alas mi mejilla. Solté un pequeño grito y me detuve un momento para tranquilizarme. Me había pegado un susto de muerte. ¿Era posible que ese pájaro me persiguiera por el pueblo? Ya no sabía qué pensar. Igual me estaba dejando llevar por mi imaginación. No quería darle más vueltas, pero no era lógico encontrarme cada dos por tres con una urraca.

Tal como había hecho Alba en el baile, me quité los zuecos de Ana. No podía dar un paso más con ellos. Yo no salía de mis zapatillas Converse; si las cambiaba por otros zapatos era siempre por algún motivo especial.

Entonces oí que alguien se acercaba hacia mí desde el otro lado de la calle. Estaba muy lejos para saber quién era. Desde luego no tenía ganas de comprobar de quién se trataba y me di la vuelta. Como me había sugerido Dani, tenía que pasar por calles que estuvieran iluminadas. Entonces recordé que no llevaba las llaves porque mis pantalones no tenían bolsillos y no quería despertar a papá ni a Ana, por lo que tendría que regresar a la fiesta para pedirselas a Niko.

Me llamó la atención que un resplandor anaranjado cubriera parte del cielo. Parecía venir de la parte donde estaba el casino. Conforme me aproximaba la gente salía a la calle gritando y con cubos de agua. La voz de alarma corrió por el pueblo.

—¡Se quema el casino! —exclamó alguien pasando por mi lado.

—Los bomberos tardarán más de veinte minutos en llegar —se lamentaba una mujer.

Corrí todo lo que me permitieron mis pies, pero mis pantalones estrechos y los puntos, que me tiraban, no me dejaban ir más deprisa. Sabía que no podría ser de gran ayuda, aunque si tenía que cargar y tirar cubos de agua lo haría.

La puerta del casino estaba abarrotada. Busqué con la mirada para ver dónde estaban Begoña y su novio, y por qué no decirlo, dónde se encontraba Niko. Grité varias veces su nombre.

Nando y Kike se acercaron a mí.

—¿Dónde está Niko?

—No lo sabemos. También estamos buscando a Alba —respondió Nando.

Kike me agarró del brazo. Se le veía arrepentido.

—Quiero pedirte perdón. Sé que no tengo excusa. Lo siento mucho.

—Vale, Kike, acepto tus disculpas, pero ahora esto es más importante que lo que ha pasado antes ahí dentro.

—Gracias.

Le respondí con una sonrisa forzada.

—¡Niko! —volví a gritar apartando a codazos a la gente, que me impedía ver qué pasaba a las puertas del casino—. ¿Alguien ha visto a Niko y a Alba?

—José me ha dicho que Alba estaba dentro y que no podía salir porque se había desmayado. Él no ha dudado en ir a por ella —me contestó Begoña. Hablaba atropelladamente, al borde del llanto.

—¡Pero está loco o qué le pasa!

La gente de la calle corría de un lado a otro con cubos de agua. Creo que fue Dani el que organizó una fila para hacer un trabajo más eficiente. Los minutos pasaban y las llamas iban devorando el primer piso del casino. Cristóbal era el primero de la cola y estaba tirando cubos como si le fuera la vida en ello. Ni siquiera con el calor de las llamas se había quitado el alzacuellos. Su inseparable beata y su hijo reclamaban más ayuda.

—¡Más agua! —exclamé con lágrimas en los ojos—. ¡Por favor, más agua! No dejéis que se mueran. Niko no, por favor —repetía una y otra vez.

En la parte de arriba vi una sombra correr hacia un ventanal que daba a uno de los balcones del casino. Se trataba de Niko, que llevaba en brazos a Alba, inconsciente. Alguien avisó de que los bomberos y dos ambulancias estaban ya en el pueblo, pero a mí la espera se me hizo eterna. Una vez que hubieron llegado los bomberos, desplegaron una gran manguera y unas escaleras con plataforma para rescatar a los dos heridos. También nos pidieron que nos apartáramos y que les dejásemos hacer su trabajo.

Yo miraba con impotencia cómo las llamas se iban acercando al balcón donde se encontraban Niko y Alba. Si no los rescataban pronto, no morirían a causa del fuego, morirían por inhalación de humo.

En mitad del caos reinante Nando recibió una llamada que pareció sorprenderle. Estaba cerca de él y pude apreciar que la piel de su cara se quedaba tan blanca como la cera. Gimió y después dejó caer el móvil al suelo.

—¿Qué ha pasado, Nando? —le pregunté.

—Eran los padres de Belén... —Estaba en estado de shock.

Recogí su móvil para recuperar la conversación. La madre de Belén gritaba desesperadamente:

—¿Dónde está mi hija? ¿Qué has hecho con ella?

Por lo que pude entender habían encontrado la puerta de la calle abierta y la habitación de Belén un poco desordenada. Ella había tratado de defenderse.

—Te juro que la dejé en casa y no me fui hasta que entró —dijo Nando con un hilo de voz.

No parecía estar mintiendo, aunque ya no podía fiarme de nadie. Todo el mundo era sospechoso.

Se oyeron gritos de júbilo cuando Niko y Alba fueron rescatados. Enseguida la gente se abalanzó sobre ellos. Ella parecía que se encontraba peor. Tenía parte del vestido quemado y al parecer también el costado derecho.

Los médicos colocaron a Alba en una camilla y le pusieron un collarín y una mascarilla de oxígeno. La metieron enseguida en la ambulancia.

La gente abrazaba a Niko, pero él parecía no saber dónde se encontraba. Tenía la

mirada perdida.

—¡Dejad que respire! —grité—. Lo estáis ahogando.

Otro médico lo atendió a continuación, pero antes de colocarle la mascarilla cayó desmayado al suelo. Grité de nuevo su nombre, y entonces lo metieron en la ambulancia sin que yo pudiera acompañarlo.

Gomorra

Jueves madrugada, 5 de julio de 2012

Después de que se llevaran a Niko y a Alba en ambulancia volvió a reinar el caos a las puertas del casino. Además de los bomberos vinieron dos patrullas de la Guardia Civil para tomar declaración a Nando, el cual permanecía en un rincón sin levantar cabeza. Kike estaba a su lado y, por cómo se comportaba, también se encontraba hecho polvo.

Varias personas rodeaban a los mellizos, entre ellos sus padres y el padre de Belén, que estaba fuera de sí. Hubo gritos, empujones, lloros e incluso conatos de pelea. Los respectivos padres de Nando y de Belén llegaron a las manos. Dani y un compañero suyo tuvieron que separarlos, aunque necesitaron refuerzos para que no se volvieran a enganchar.

—¡Voy a matar a tu hijo como le haya pasado algo a mi hija!

—¡Cuida esa boca! —le recomendó el padre de Nando a voz en grito—. Mis hijos son buenos chicos. No han hecho nada.

—Mi hermano es inocente —replicó Kike—. Esto tiene que ser un error. Yo he estado con él después de que la acompañara a casa.

—¿Sí? ¿Y dónde está mi hija? ¿Qué habéis hecho con ella? —gritaba el padre de Belén.

Cristóbal juntó las manos como si estuviera rezando y las agitó repetidamente, interponiéndose entre ambas familias.

—Tranquilidad. No sabemos qué ha pasado aquí. —Su voz intentaba transmitir paz.

—Mi hermano y yo solo hemos ido a dar una vuelta y luego hemos regresado para cortar la tarta y hacer el brindis... —contestó Kike por Nando, que estaba como ausente y no parecía enterarse de nada.

—Sois unos cabrones —los amenazó el progenitor de Belén con el puño en alto—, pero ya ajustaremos cuentas.

—Cálmate, Pedro, que te vas a buscar la ruina —le respondió un hombre agarrándolo del cuello.

—Llevaos a Pedro de aquí —pidió Cristóbal.

—La ruina ya me la han buscado estos niños de papá. ¿Dónde está mi Belén? —gimió—. Por favor, devolvédmela...

Cayó al suelo derrotado y comenzó a llorar sin consuelo. Era duro ver llorar a un hombre tan grande sin poder hacer nada por él. Mamá me decía de vez en cuando que las lágrimas no duelen, sino el motivo que las causa.

—Venga, Pedro, te voy a poner una inyección. —El padre de Begoña, que era médico, resolvió administrarle un calmante y que descansara unas horas.

Tuvieron que levantarlo entre cinco hombres para cargarlo en el coche.

—Pobre hombre. La única hija que tiene y a saber dónde está —dijo la madre del panadero señalando a los mellizos con el abanico que llevaba en la mano.

—Señora, cállese, por favor, no sabemos si han sido ellos —le cortó un guardia civil.

—¡Huy, a ver si no vamos a poder hablar!

—Si ya sabíamos que Kike iba a acabar mal —comentó la beata—. Si es que pasarse todo el día con el ordenador no puede ser nada bueno.

—Les recomiendo que se guarden para sí sus opiniones si no quieren que alguien más termine herido esta noche. Es mejor que se marchen a sus casas. —El guardia le hizo un gesto con la mano—. Hala, aire. Seguro que sus maridos las esperan en la cama.

La mujer se tomó a mal el comentario del compañero de Dani y le respondió alejándose de allí con un gesto desabrido:

—Pues está muy claro. Ya tienen al asesino de Andrea. Yo lo metía ya en la cárcel. Y al hermano, que seguro que algo malo habrá hecho también.

Cristóbal llamó a sus feligreses para que lo acompañaran. Tanto la madre del panadero como la feligresa y su hijo se marcharon ofendidos. No se podía negar que había señoras en el pueblo que tenían una manera muy particular de encontrar asesinos en cualquier sospechoso que se les pusiera por delante. Para ellas de nada servían las pruebas. Se dejaban llevar por el corazón en vez de por la razón.

Una pareja de guardias civiles decidieron llevarse a Nando esposado al cuartelillo para que los ánimos se calmaran un poco, pero eso no logró tranquilizar a los que querían lincharlo en mitad del pueblo. No me habría extrañado que hubiera aparecido alguien con una soga para ahorcarle de un árbol.

La madre de los trillizos sufrió un ataque de ansiedad, y tuvieron que atenderla por desmayo y llevársela también al hospital.

La otra pareja de guardias civiles que acompañaban a Dani, y que estaban atendiendo a algunos de los chicos por ataques de ansiedad, decidieron pedir más refuerzos y escoltar a Kike y a su padre hasta su casa. Un guardia civil les aconsejó que se marcharan unos días del pueblo y que acompañaran a la madre en urgencias.

Los bomberos terminaron de apagar el fuego del casino y cercaron la zona para que nadie entrara. No era tan aparatoso como en un principio se pensó. Al parecer había sido provocado intencionadamente, y el foco había empezado en el patio.

Entonces recordé que Ana y papá no sabían nada lo que había pasado en el casino. Vivir en nuestra calle ofrecía la ventaja de tener tranquilidad, pues nuestra casa se encontraba entre las últimas del pueblo y en muchas ocasiones radio macuto no llegaba tan lejos. Además, lo más probable era que estuvieran durmiendo.

Le pedí el móvil a Begoña para hacer una llamada. Lo malo de llevar unos pantalones sin bolsillo era que no podías llevar nada encima si no cogías un bolso. Mi madrastra contestó con la voz adormilada, y le conté con toda la tranquilidad que pude que a Niko se lo habían llevado en ambulancia. Quedamos en que yo esperaba a que mi padre me recogiera, que me haría cargo de Carlota, y que él y ella irían al hospital cuando llegara.

Antes de darle el móvil a mi amiga le comenté que acababa de recibir un WhatsApp.

—¿A estas horas?

Al abrirlo le cambió la cara por completo. Juan se lo quitó de las manos para saber de qué se trataba.

—Es de Andrea —comentó él.

—¿Andrea? —quise saber yo—. ¿Es al grupo que creó?

Begoña asintió. El psicópata volvía a jugar con nosotros.

—Pero Andrea no ha podido ser porque está muerta —replicó mi amiga.

Como ella no se atrevía a comprobar qué decía el mensaje, fue su novio quien lo abrió. Me acerqué para ver qué quería decirnos el psicópata con su nueva nota.

¿Hasta cuándo tendremos que soportar esta depravación? ¡Qué generación tan incrédula y malvada! ¿Por qué no reconocen las señales del demonio? Solo el que cree en el mensaje divino será perdonado. Habéis convertido otra vez mi reino en Sodoma y Gomorra. El pecado se ha instalado en vuestros corazones. Y cuando todo comience de nuevo yo me sentaré al lado de mi padre en el reino de los cielos. Si queréis estar a mi lado cumpliréis los mandamientos como anunció mi padre. Porque os aseguro que soy la puerta que abre a las ovejas. El que entra por mí se salvará y encontrará el alimento en abundancia. Mi padre me ama, y yo amo a mi padre. Solo hay un rebaño y un solo pastor. El padre y yo somos una sola cosa. He hecho muchas cosas buenas por mi padre, por vosotros, vosotros que sois pecadores y blasfemáis. Levantáis falsos testimonios contra mí, porque YO SOY EL HIJO DE DIOS. No todos están limpios. No os inquietéis ni temáis a los servidores del demonio. Yo estoy con vosotros. Y en verdad os digo que he sido traicionado y la espada de la justicia se ha alzado contra todos aquellos que no quieran escuchar mi mensaje.

A continuación había un vídeo de muy corta duración, de unos diez segundos. Se veían los dedos de una mano con una probeta echando un líquido rojo y espeso, que bien podía ser sangre, sobre la bebida con la que los trillizos querían hacer el brindis final de la fiesta.

Tras el vídeo había un breve texto que se refería a lo que acabábamos de ver.

Estas copas que tomáis son la alianza nueva de la sangre que es derramada por vosotros. He repartido esta noche entre vosotros la sangre de la pecadora, que os libraré de todo mal cuando mi obra esté acabada. Ella está a la izquierda de mi padre. ¿La veis sonreír desde su trono de oro? Ella está a salvo de cualquier mal. Yo os muestro el reino de los cielos tal y como me lo mostró mi padre a mí. Rezad para no caer en la tentación. Mi obra no está acabada. No habrá paz para aquellos que no atiendan a este mensaje.

Me cubrí la boca con la mano y sentí cómo la bilis me subía por la garganta, a pesar de que no había tomado nada. Antes de que cortaran la tarta e hicieran el brindis yo ya me había marchado. No obstante, estaba segura de que todos habían probado el brebaje que había preparado la madre de los trillizos. Una bebida que parecía contener la sangre de Belén.

Una chica gritó. Al igual que nosotros habíamos leído el mensaje, todos los demás lo fueron descubriendo a medida que la histeria se desataba entre los que acudieron a la fiesta.

—Dios mío, Dios mío, ¿quién es este loco? —chilló una prima de Alba, que no tendría ni los catorce años y enseñaba su móvil a la amiga que tenía al lado. Se giró sobre sus talones y vomitó al tiempo que una amiga suya le sujetaba el pelo.

No fue la única en vomitar, pues detrás de ella fueron cayendo otros como moscas.

—¡Que alguien me diga que no he bebido sangre! —replicó Lorena, amiga íntima

de Alba e igual de pija que ella, que lloraba a moco tendido—. ¿Qué hace la policía que no ha cogido ya a este perturbado?

«¡Como si fuera tan fácil!», reflexioné.

—¿Y qué ha pasado con Belén? —se preguntaba otro chico.

Esa era la pregunta que nos hacíamos todos, aunque en mayor o menor medida todos sabíamos qué le había pasado a la novia de Nando. Solo era cuestión de unas horas que encontrarán su cadáver.

Papá llegó con cara de circunstancias.

—¿Estás bien?

—Sí, todo lo bien que se puede estar. —Me mordí la parte interna de la mejilla—. Creo que han matado a Belén, y se han llevado detenido a Nando.

—¿Qué está pasando aquí? —le preguntó mi padre a Dani.

—No lo sabemos —le respondió el guardia civil, que esa noche iba vestido de uniforme—. Los chicos acaban de recibir un mensaje extraño en sus móviles. José tiene esta nota que no sé muy bien qué quiere decir.

Nos mostró el mismo mensaje que todos habíamos leído.

—Nadie está garantizando la seguridad de los chicos. Ya no pueden ni caminar solos por las calles —replicó papá—. Aquí, en este pueblo, nunca ha pasado nada. ¿Qué estáis haciendo vosotros?

—Cálmate, Paco. Te aseguro que estamos desbordados de trabajo y que estamos haciendo lo humanamente posible para resolver este caso.

Uno de los bomberos dio el aviso de que había una víctima dentro, en la parte del patio. Junto al cadáver encontraron un móvil chamuscado. Muchos se arremolinaron alrededor de la camilla para saber de quién se trataba. Nos miramos unos a otros sin echar en falta a nadie, salvo a Nando, Kike, Niko y Alba.

—¿Es Belén? —preguntó Begoña.

—No lo sabemos hasta que alguien... —le respondió uno de los bomberos que llevaba la camilla

Lorena, la amiga de Alba, levantó la sábana térmica que la cubría. El cuerpo estaba totalmente carbonizado e irreconocible.

—¡Es ella, es ella...! —exclamó chillando y cubriéndose la cara con las manos—. Es una chica y parece Belén. Lo sé. ¡He visto que llevaba un rosario!

—¿Le han marcado la cruz en la frente? —preguntó Begoña cubriéndose la boca con las manos.

—No lo sé... pero sé que era ella.

Para ser un poco pija le había echado valor para levantar la sábana. Uno de los bomberos la apartó.

—Entonces, ¿Belén está muerta? —gimió Begoña.

Entre los bomberos y la Guardia Civil fueron retirando a los chicos que rodeaban el cadáver. Me parecía que todos querían tocarla, para despedirse de ella.

—No sabemos qué patrón seguir —comentó Dani señalando a la víctima—. Es mejor que os marchéis a casa y mañana será otro día. —Tanto él como sus compañeros ordenaron que se despejara completamente la zona—. A nosotros aún nos queda faena para rato.

—Tienes razón —musitó papá—. Nosotros nos marchamos. Ana está preocupada por Niko, y tenemos a la pequeña con fiebre. Esperemos que esta sea la última chica que muere.

—Nosotros también lo esperamos —respondió Dani.

Mientras caminábamos hacia casa me acordé de dos frases que había oído en la serie *Mujeres desesperadas* y que venían muy bien para describir la situación dantesca que estábamos viviendo: «Todo el mundo tiene secretos... El mundo está plagado de gente normal que hace cosas malas». Y parecía que la maldad se había instalado cómodamente en Caños del Agua. ¿Quién de nosotros guardaba un secreto? Todo indicaba que podían ser Nando y Kike, aunque había algo que no me cuadraba del todo. Lo que estaba claro era que Belén conocía a su asesino o asesina. Ella lo había dejado pasar y había subido a su habitación. Pero ¿por qué Nando la acompañó a casa y hubo una pelea en su habitación? Lo podía haber hecho en el coche sin necesidad de llevarla hasta su casa. A lo mejor Nando tenía la mano tan larga como su hermano y la mató porque quería algo con ella. Entonces llamó a Kike para desembarazarse del cadáver y lo ocultó en el patio del casino. También podría ser que Nando ya tuviera pensado matarla y quedara con su hermano para montar todo el tinglado. Mientras uno hacía el paripé en la habitación de Belén, el otro maquinaba la manera de esconder a la fallecida. El muro de atrás no era muy alto y se podía escalar. Y en cualquier caso el fuego podría haber sido provocado para hacer desaparecer a Belén.

Estaba muy cansada para seguir pensando en lo que había pasado esa noche. Necesitaba llegar a casa. Solo tenía ganas de acostarme y desconectar.

Ana y papá se marcharon después de cerrar todas las puertas con llave y de prometerles que no abriría a nadie. Y cuando decía nadie era nadie.

Subí a mi habitación arrastrando los pies. Me había pasado la última hora descalza y me dolía todo. La luz de mi móvil parpadeaba. Supuse que era el mensaje que alguien había enviado desde el teléfono de Andrea. Hice recuento de todos los que estábamos incluidos dentro del grupo, y los únicos que faltaban eran Kike, Nando y Alba.

Sonreí. Ese parecía el segundo error que habían cometido los mellizos, además de revelar que eran dos los asesinos en el primer mensaje.

El viaje

Felices aquellos a quienes fueron perdonados sus faltas y cuyos pecados han sido cubiertos.

Carta a los romanos 4:7

Jueves madrugada, 5 de julio de 2012

No supo si era el suelo que se agitaba bajo sus pies o era él el que temblaba de arriba abajo, aunque eso no era lo más importante. En esos instantes estaba tremendamente enfadado. ¿Por qué no había dejado que la matara? Ella se merecía ser castigada como Andrea, y sin embargo él quiso que fuera una muerte rápida. Eso le provocaba furia, un desconsuelo inmenso. El dolor que experimentaba por no haber llevado hasta el final su pequeña creación lo volvía intratable. No podía pensar más que en descargar la ira que sentía. La sangre que se agolpaba en sus sienes no lo dejaba pensar.

Así que sin pensar en las consecuencias que sus actos podrían acarrear se bebió un café bien cargado, cogió el coche de su madre y se marchó a Valencia. Ya se le habían pasado los efectos de las copas que había tomado en la fiesta. Aún no tenía el carnet, pero sabía conducir perfectamente desde los once años, cuando los pies no le llegaban a los pedales.

Por el camino estuvo escuchando una y otra vez la canción de Slayer, «Angel of Death». Era el único grupo que conseguía calmarlo cuando el mundo no le entendía.*

*Auschwitz, the meaning of pain,
The why that I want you to die
Slow death, immense decay
Showers that cleanse you of your life
Forced in
Like cattle
You run
Stripped of
Your life's worth
Human mice, for the angel of death
Four hundred thousand more to die
Angel of Death
Monarch to the kingdom of the dead
Sadistic, surgeon of demise*

*Sadist of the noblest blood
Destroying, without mercy
To benefit the Aryan race
Surgery, with no anesthesia
Fell the knife pierce you intensely
Inferior, no use to mankind
Strapped down screaming out to die
Angel of Death
Monarch to the kingdom of the dead
Infamous butcher,
Angel of Death... **

No era demasiado tarde para ir a uno de los locales de ocio con terrazas que había en la zona de la Malvarrosa. Dejó el coche a varias calles de donde pretendía ir y se decidió a entrar en el que más gente había. Sacó su smartphone para ver la hora. Varias chicas, de no más de veinte años, hablaban en la puerta. Una de ellas le llamó la atención, no por lo guapa, sino porque iba muy pintada y parecía una ramera.

Antes de entrar, alcanzó a escuchar varias frases de las chicas.

—Tía, yo pasaría de él. Es un gilipollas. Te ha humillado.

—Se va a enterar. Era tan mono cuando hablábamos por Messenger —comentó la chica pintada—. Al final ha salido rana.

—La noche es joven... —Señalaron hacia él—. Ese parece también mono.

Él las miró y trató de que su sonrisa no pareciera muy artificial. Guardó el móvil otra vez en su bolsillo.

—¿Nos invitas a una copa? —La chica que iba pintada se le acercó.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué tímido pareces! —comentó ella.

Antes de contestar, tragó saliva.

—¿A todas o solo a ti? —Su voz era apenas un murmullo.

—Solo a mí. No queremos espantarte antes de que acabe la noche. —Soltó una carcajada—. Mis amigas están servidas. Soy Puri, ¿y tú? —Le dio dos besos en las mejillas.

Él mintió.

—Me gusta tu nombre. —Le guiñó un ojo.

Le vinieron ganas de decirle que su nombre no se ajustaba a lo que verdaderamente representaba; no obstante, se calló y prefirió ser prudente. Ya tenía lo que había ido a buscar a Valencia.

—Chicas, vuelvo dentro. ¿Os apuntáis?

—Ahora vamos —le indicó una amiga.

Puri entró de nuevo en el local junto a él agarrada del brazo.

—¿Siempre sales solo?

—No, solo hoy.

Caminaron hasta una de las barras del local. La música no sonaba muy alto e invitaba a bailar.

—Yo quiero un vodka con naranja —dijo ella.

Él asintió.

—¿Te voy a tener que sacar las palabras con una caña de pescar? —quiso saber

Puri tras unos segundos de silencio.

—Prefiero que hables tú. Yo soy más de pasar a la acción.

Ella se rió de su ocurrencia.

—Parecías un poco paradito en la entrada. A ver con qué me sorprendes.

Le sonrió sin ganas.

Tras pedir dos copas, se sentaron a una mesa que estaba lejos de la pista.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte —replicó él.

—Yo veintidós, aunque nadie me los echa. Parezco menor, ¿verdad?

—Sí.

—¿A qué te dedicas? —quiso saber Puri.

—Estudio.

—Yo también. Estudio traducción. Mi sueño es largarme lejos de aquí muy pronto y viajar por todo el mundo. Domino el inglés, el francés, el alemán y ahora estoy aprendiendo el chino. Desde siempre se me han dado bien los idiomas. ¿Conoces París, Roma, Nueva York? Son una pasada...

El chico asintió y después desconectó. Se limitó a observar cómo Puri movía los labios y parloteaba sin control.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó él tras unos minutos en los que ella no había dejado de hablar.

—Bailar. —Se bebió de un trago lo que le quedaba del cubata y lo arrastró hasta la pista de baile.

Él se dejó llevar por Puri. Esta sabía cómo mover las caderas. Le rozó el pubis con la pierna. De vez en cuando echaba alguna mirada al chico que la había rechazado al inicio de la noche.

—Tienes unos ojos bonitos.

Puri parecía estar gozando.

—Gracias.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó él.

Ella pareció pensárselo un momento, pero después le comentó:

—¿Adónde?

—A donde quieras.

Él la agarró de la mano, sin dejar que Puri se lo pensara dos veces. La llevó hasta la entrada y antes de salir le plantó un beso en los labios.

—Sí que te has decidido pronto. Me daba miedo que fueras uno de esos chicos que hablan y luego pasan de ti.

—No soy de esos.

De vez en cuando se paraban, se besaban y ella le metía mano por debajo de la camiseta. Cuando llegaron al coche el joven abrió primero la puerta del copiloto y después subió él.

—¿Dónde vives?

—En El Saler —replicó él—. Frente a la playa.

—Qué suerte. Mis padres tienen un piso viejo en Benicalap. ¡Qué ganas tengo de marcharme de casa!

Puri siguió hablando al tiempo que él volvía a asentir cada vez que ella le hacía una pregunta. El chico siguió el camino de la playa de El Saler hasta desviarse hacia unas dunas y unos edificios de apartamentos al fondo.

—¿Vives aquí?

Él no contestó. Dio un volantazo y se metió en una arboleda.

—¿Qué haces? —preguntó alarmada Puri.

Ella se abrazó a su bolso como para protegerse. Cuando el coche aminoró un poco la marcha Puri abrió la puerta y trató de salir corriendo. El tacón de un zapato se le quedó enganchado en la alfombrilla y cayó de bruces al suelo. Él intentó ayudarla a levantarse, aunque ella lo rechazó y le pegó un golpe con el bolso en la cara. Hizo varios intentos de incorporarse sin éxito.

—No me toques.

El chico se colocó a horcajadas sobre ella y el cuerpo de la chica se retorció de una manera extraña.

—¿Qué estás haciendo?

—«El Señor viene con miles de ángeles para juzgar a todos. Pedirá cuentas a los que se burlan del bien por todas las veces en que se burlaron y castigará a los pecadores enemigos de Dios por todas las palabras injuriosas que profirieron.»

Instintivamente ella echó un brazo hacia atrás y buscó una piedra. Cuando agarró una que le ocupaba toda la palma de la mano le golpeó en el pecho. Él ni siquiera emitió un gemido, aunque el golpe le dejó una marca en una de las costillas. Su dolor era otro. Finalmente la desarmó y descargó sobre su cara la fuerza de su puño.

—¡Cállate, cállate ya! No soy como tú crees que soy.

Todo ocurrió muy deprisa. Ella vio la furia que se había desatado en su mirada, de un azul tan intenso como el cielo de la noche y tan oscuro como el pozo sin fondo que se abrió ante ella cuando él posó las manos sobre su cuello.

Como deseas

Antes de irme a dormir llamé a Dani para comentarle lo que había descubierto con el último mensaje recibido. Supuse que estaría ocupado parte de la noche.

—Hola, Dani. —Mi voz era un murmullo. Carlota dormía en la habitación de al lado y no quería despertarla. Las dos últimas noches las había pasado agitada—. Perdona que te moleste a estas horas.

—No te preocupes, Emma. Seguimos trabajando en el casino.

—Verás, es que repasando el mensaje que todos hemos recibido he advertido que los únicos que no están dentro del grupo son Nando, Kike y Alba. Y no es por falta de espacio, ya que éramos catorce personas las que estábamos en el grupo y esta aplicación admite hasta veinte. Igual no es importante, pero creo que deberías saberlo.

—Eres de gran ayuda, Emma.

—¿De verdad?

—Sí, es un detalle que se nos ha pasado por alto. Si encuentras alguna otra cosa, por pequeña que sea, no dudes en volver a ponerte en contacto conmigo. Ya sabes que Kike tuvo problemas con la justicia.

—Lo haré. Buenas noches, Dani.

—Buenas noches, Emma.

Tras colgar el teléfono experimenté una sensación rara. No sé si era porque olía a humo y necesitaba una ducha o es que había algo extraño en la habitación. Hice memoria y no encontré nada fuera de lugar ni eché nada en falta.

Que necesitaba una ducha era evidente. Salí de la habitación de invitados, aunque antes de ir al baño fui al cuarto de Carlota para ver cómo estaba. Le toqué la frente y parecía no tener fiebre. Dormía profundamente, abrazada a mi osito de peluche. Se lo había agenciado desde que lo había visto, con lo que perdí toda esperanza de recuperarlo. Le di un beso en la mejilla y dejé la puerta abierta por si se despertaba.

Tras una ducha reparadora me metí en la cama. Eran las dos de la mañana la última vez que miré el reloj antes de dormirme.

Estaba sudando y mi respiración era agitada. Después de correr desesperadamente sin saber hacia dónde, miré a todos lados. Me encontraba en el sitio más extraño en el que jamás había estado. Era un paisaje completamente desértico, y mirara hacia donde mirase no hallaba ni árboles, ni piedras, ni arena, ni animales. Era la nada más absoluta. Al final conseguí adivinar algo diferente en un punto lejano al horizonte. Seguí corriendo hacia lo que parecía una puerta negra. Antes de llegar a ella giré sobre mis talones para comprobar que era la única salida. No quería entrar. La sola idea de hacerlo me producía escalofríos. Empecé a respirar agitadamente y a sentir que me faltaba el aire con cada bocanada. Apoyé mi espalda en el marco y me dejé caer al suelo para tratar de recuperar el aliento. Intenté

gritar cuando la histeria se adueñó de mi voluntad.

No obstante, no podía rendirme en aquel paisaje aterrador. Eché otro vistazo a la puerta. De repente apareció de la nada un letrero luminoso en el que ponía: «Salida». Incluso creí advertir que todo a mi alrededor se oscurecía poco a poco. Entendí que solo podía traspasar el umbral hacia una dimensión nueva y desconocida para mí. Al abrir la puerta me llevé una sorpresa. Alguien a quien no conocía estaba preparando una fiesta en el casino a la que yo no estaba invitada. Ponía guirnaldas en el techo, preparaba sándwiches y, cuando estuvo todo listo, desapareció.

Una chica parecida a Belén iba y venía con bandejas de copas llenas con un líquido que parecía sangre. Le pregunté varias veces cómo se encontraba, aunque no pareció escucharme. Todos los que habíamos ido a la fiesta de cumpleaños nos encontramos de nuevo. Ellos hablaban entre sí sin hacer caso a las preguntas que yo les formulaba.

—¿Por qué nadie me dice qué está pasando aquí? —grité cuando era más que evidente que nadie reparaba en mí.

—...

Ellos seguían hablando y riendo como si no estuviera allí.

—Por favor, ¿por qué no me decís dónde estoy?

De repente el escenario cambió de nuevo y me encontré en un pasillo donde hacía mucho calor. Las paredes, el techo y el suelo eran negros. Una urraca pasó volando con un globo blanco lleno de un líquido oscuro. Lo dejó caer sobre mí y me bañó en sangre. Me retiré como pude la sangre de la cara, en especial la de los ojos. Me sentía pegajosa, cansada y quería regresar a mi casa.

La luz se fue apagando hasta quedar completamente a oscuras.

Tragué saliva. ¿Hacia dónde se suponía que tenía que ir? Oí primero una respiración jadeante a mis espaldas y después un gruñido.

—¿Quién eres?

No obtuve respuesta. En cambio, oí un sonido metálico.

Permanecí quieta, a la espera del siguiente movimiento de quien fuera que estuviera detrás de mí. Agucé el oído y entonces oí claramente cómo afilaba un objeto metálico.

No me lo pensé dos veces. Avancé hacia la pared para tener una referencia y correr en dirección contraria al misterioso acompañante. Mis manos eran las que guiaban mis pasos hacia delante. Giré hacia la derecha tras recorrer varios metros y enseguida llegué a una pared que no tenía salida. Tanteé con mi cuerpo el tabique que no me dejaba avanzar. Cabía la posibilidad de que hubiera un pequeño agujero por el que escapar. Estaba atrapada en un túnel asfixiante, y alguien venía hacia donde yo estaba. Aunque era incapaz de verlo, tenía claro que llevaba un cuchillo grande en la mano. El acero era lo único que brillaba en la oscuridad.

—No, por favor...

—La próxima serás tú...

Me incorporé en la cama bañada en sudor y gimiendo. Estaba temblando. Encendí la luz, por unos segundos no sabía dónde me encontraba. Sentí un ligero alivio al comprobar que la sangre era solo parte de la pesadilla. Me entró una risa histérica, aunque lo que realmente me apetecía era gritar y descargar toda la adrenalina que había acumulado durante el sueño. Me acerqué a la ventana para que me diera el aire y despejarme un poco.

Estuve reflexionando sobre el significado del sueño. Lo peor de todo era la última frase que había escuchado. ¿Yo sería la próxima en caer? ¿La nota que habían enviado por WhatsApp quería decir que todos en la fiesta habían sido salvados por la sangre de Belén

salvo yo? No entendía nada. Sentía como en el sueño que corría por un pasillo sin ver nada; era como estar ciega sin serlo. Había algo en todos esos asesinatos que se me estaba pasando por alto y no sabía qué.

Volví a la cama. Como no podía dormir, pensé en ver una película. Siempre me funcionaba cuando estaba nerviosa. Cada vez que me encontraba fuera de casa, recordaba agradecida el consejo de mamá y Roberto de que me comprara una tablet que permitiera expansiones de hasta treinta y dos gigas con una tarjeta de memoria. De esa manera pude meter un montón de películas que quería ver ese verano. Saqué la lista kilométrica que había hecho Niko sobre las doscientas películas que tenía que ver sí o sí.

Me apetecía ver una comedia romántica (de la lista aún no había visto ninguna) o una película que no me hiciera pensar demasiado. Niko las había clasificado por colores. El gris para las de terror, el rojo para las violentas, el verde para las que te hacían pensar, el azul para las que te hacían llorar y el rosa fucsia para las románticas. Además de marcarlas con colores, en algunas había dejado comentarios. Siempre me había hecho gracia una que había señalado con el color fucsia que decía: «Una historia de amor verdadero». Se trataba de *La princesa prometida*. Tenía que tratarse de las típicas historias pastosas que le gustaban a Nat. No hacía más que decirme que tenía que verla.

Me sorprendió ver a Peter Falk, el mítico actor de *Colombo*, haciendo el papel de abuelo y a Fred Savage, el niño de *Aquellos maravillosos años*, en el papel de nieto protestón que no quería oír hablar de historias de príncipes y princesas. Me resultaba un poco cutre la puesta en escena, pero seguí viéndola.

Entonces el corazón me dio un vuelco cuando el abuelo empezó a narrar la historia. «Como deseas» era lo que siempre contestaba el protagonista masculino a la chica. Ella acabó dándose cuenta de que cada vez que él utilizaba esa coletilla le estaba diciendo que la amaba. ¿Era eso lo que me estaba diciendo Niko cada vez que me decía: «Como deseas»? Caí rendida ante la historia de cuento de hadas, del amor de Westley por Buttercup, de las dificultades que tenían que superar tras cinco años separados, de seguir amándose a pesar de todo. Aunque si hubo un personaje que se ganó mi cariño, ese fue Íñigo Montoya con su frase: «Hola, me llamo Íñigo Montoya. Tú mataste a mi padre. Prepárate a morir».

Tras verla volví a ponerla. No era la mejor película que había visto, aunque ahora que conocía su significado pasó a ser mi favorita. Me gustaba escuchar «Como deseas» e imaginar esas palabras en boca de Niko. Me pregunté si Nat sabía que Niko adoraba esta película, porque desde hacía un tiempo insistía en que la tenía que ver. Creo que me quedé dormida con esa idea antes de que acabara. No tuve pesadillas en lo que quedaba de noche.

Por la mañana noté que alguien acariciaba mi mejilla. Entrecorrí los ojos y vi a Carlota sentada en mi cama.

—Emma, ya es de día —me dijo con voz melosa—. ¿Te levantas ya?

Miré el reloj que había dejado en la mesilla. Eran las nueve.

—Estoy malita. —Parpadeó varias veces.

—¿Qué te duele, cariño? —Levanté la sábana para que se acostara junto a mí.

Me señaló la barriga. Le toqué la frente y no tenía fiebre. Tenía mejor aspecto que los dos días anteriores.

—Tengo hambre de chocolate. —Frunció los labios.

—Pero si estás malita no puedes tomar chocolate. Ana me matará.

—Pero es que yo quiero. Porfi, porfi.

Solté un largo suspiro. Si seguía poniendo ojitos y acariciándome la mejilla mi hermana terminaría por convencerme de que le diera lo que no podía comer. Tenía una

habilidad especial para salirse siempre con la suya.

—¿Sabes guardar un secreto? —le pregunté. Carlota asintió—. Te voy a preparar una receta especial que me hacía mi madre cuando era pequeña. Pero solo la pueden tomar las princesas. ¿Tú quieres probarla?

—Sí, sí, yo quiero. Yo soy una princesa.

—Pero me tienes que ayudar a prepararla.

Antes de salir de la habitación guardé la tablet en la maleta. Me entretuve un rato recordando los momentos de *La princesa prometida*. Suspiré.

—¿Vamos ya? —Carlota me agarró de la mano y me arrastró hasta las escaleras.

—Antes nos tenemos que lavar la cara.

—Ya me la he lavado. —Se atusó con la mano el pelo.

—Pero yo no —le contesté abriendo la puerta del lavabo.

Coloqué una banqueta para que estuviera a mi lado y juntas metimos las manos debajo del grifo. Luego nos secamos y dejé que ella me peinara. Bajamos las escaleras. La cocina se veía vacía sin Ana, papá y Niko, pero sobre todo sin él. Lo echaba de menos.

—¿Cuando eras pequeña tú también eras una princesa? —Mi hermana me sacó de mis pensamientos.

—No como tú.

Carlota sonrió. Arrastró una silla hasta el fregadero y se preparó para seguir mis instrucciones. Saqué del armario una crema de arroz y, en vez de añadirle leche de vaca, calenté un poco de leche de avena como me había indicado Ana.

Le di una cuchara a mi hermana para que la fuera poniendo en un plato. Abrí el paquete.

—Yo cuento y tú la pones en un plato.

—Yo ya sé contar —me aseguró, y me mostró los cinco dedos de su mano.

Contuve una risa.

—Pero tendrás que dejar que haga algo yo también —comenté.

—Contamos juntas, ¿vale?

Asentí. Carlota contó la primera cucharada, luego pasó al tres, aunque la corregí.

—Vale, cuenta tú, que me equivocas siempre —dijo muy seria.

—Perdona, cariño. —Me encogí de hombros.

Tras preparar la papilla de arroz y dejar que mi hermana la removiera, rallé un poco de manzana y lo mezclé todo.

—Ahora viene el secreto que tienes que guardar.

Saqué un bote de sirope de chocolate y dibujé una cara de una princesa con una corona. Se la pinté también en la mano.

—Tienes una corona.

Carlota abrió los ojos maravillada. Se creía realmente que estaba dentro de un cuento.

—Mi mamá no me hace esta papilla.

La única diferencia de la papilla que le había preparado yo con la que hacía su madre era el poco chocolate que le había puesto. Se la comió sin rechistar y diciéndome lo buena que estaba.

—Claro, es que la has preparado tú, como hacen todas las princesas —le contesté después de haber insistido hasta cuatro veces en que estaba buenísima.

Sobre las diez de la mañana se abrió la puerta de casa. Niko fue el primero en entrar. Quise correr hacia él y abrazarlo, pero me contuve y dejé que fuera Carlota quien se

tirara a sus brazos.

—Estaba malita, pero ya no. Emma...

—¿Cómo que Emma? ¿Cómo hemos quedado tú y yo que se llama? —Estaba ojeroso, pero en cuanto me vio esbozó una media sonrisa que me desarmó.

Carlota me miró sin saber qué hacer. Le hice un gesto con la cara y le di permiso para que me llamara Yasmine.

—Yasmine me ha enseñado a hacer comida de princesas —dijo mi hermana.

—Qué interesante —contestó Niko.

—Mami. —Carlota saltó a los brazos de su madre cuando apareció por la puerta—. He comido una papilla de princesas que juro que no tenía chocolate.

—¿De verdad? ¿Y cómo tienes la tripa?

—Ya no me duele —replicó mi hermana.

—¿Quieres que te prepare algo? —le ofrecí a Niko. Después señalé a papá y a Ana—. Bueno, y a vosotros también.

—Un café no estaría nada mal —contestó papá—. Y también unas tostadas con mermelada y mantequilla.

—¿Y tú cómo estás? —le pregunté a Niko.

Estaba a mi lado, apoyado en el banco de la cocina siguiéndome con la mirada.

—Bien. Solo fue una bajada de tensión. ¿Quieres que te ayude?

Me quedé quieta un momento, y sin pensármelo le dije:

—Como desees.

Él abrió los ojos sorprendido y alzó las cejas.

—«¿Todo va bien?» —quiso saber, tal como le dijo Íñigo Montoya a Westley al subir una montaña.

Me dio un vuelco el corazón. Me pareció que había reconocido la película.

—«No quisiera ser descortés —respondí mirándolo a los ojos—, pero esto no parece tan fácil. Os agradecería que no me distrajeréis.»

Hablar de esos temas delante de la familia era más difícil de lo que pensaba.

—Lo siento —dijo Niko, y añadió—: Yo te ayudaré.

—Gracias.

Bajé la cabeza. Estaba nerviosa y pensé que si seguíamos mirándonos como lo hacíamos terminaría colgada de su cuello.

—Niko, ¿qué quieres? —musité, y señalé con la cuchara que llevaba en la mano hacia nosotros dos.

—¿Yo? Yo siempre quiero un final feliz. —Rozó con su dedo mi brazo. Ambos nos estremecimos—. ¿Es eso lo que quieres escuchar?

—Sí. Me basta con eso.

El Diario del Alto Turia

Una nueva muerte sacude Caños del Agua

5-07-2012

La joven Belén B. S., de 17 años de edad, fue asesinada en la madrugada del 4 de julio. El cuerpo fue hallado en el casino del lugar, cuando los bomberos sofocaban un incendio que se originó por causas desconocidas. Fuentes relacionadas con la investigación no descartan que este caso esté vinculado con la muerte de la joven Andrea. Los vecinos de la localidad dan por supuesto que se trata de un asesino en serie: *El Asesino del Rosario*.

Mensajes

Niko me estuvo ayudando a preparar el desayuno. Permanecimos callados mientras papá y Ana comentaban las últimas noticias sobre Alba y Nando. Yo no perdía detalle de lo que hablaban, aunque aprovechaba cualquier excusa para rozar la mano de Niko o para mirarlo a los ojos y hacerle sentir que me encontraba bien a su lado. Tenía ganas de recuperar el tiempo que habíamos perdido en discusiones estúpidas, de estar con él y aprovechar las veinticuatro horas del día.

—... afortunadamente Alba solo ha sufrido quemaduras de primer grado. Se recuperará enseguida y pronto la veremos otra vez en el pueblo —dijo papá.

Niko se había colocado detrás de mí. Di un paso hacia atrás para sentir su cuerpo más cerca del mío. ¡Cómo me gustaba su olor! Cerré los ojos y me imaginé que no había nadie en la cocina y que me abrazaba. Y por qué no, también que me besaba con pasión.

—Parece ser que esta mañana bien temprano se han marchado Kike y su padre a Valencia —explicó Ana—. Alguien se ha tomado la justicia por su mano, y uno de sus coches ha aparecido con todos los cristales rotos.

—Todo apunta a que ha sido Nando. Por lo que he podido saber, a Belén le faltaba una pierna de rodilla para abajo —aclaró mi padre—. Lo tiene mal.

Reflexioné sobre esto último que habían dicho. Por lo que sabía a Andrea le habían amputado las manos, y a Belén, una pierna. ¿Con qué propósito desmembraron a las dos víctimas? ¿Era una cuestión de fetichismo o respondía a otra causa? Podía hasta llegar a entender por qué asesinaron a Belén, pero no a Andrea. ¿Qué móvil tenían para secuestrarla, mantenerla con vida durante tres días y después asesinarla? Ambos asesinatos se parecían, aunque no eran exactamente iguales. Lo que no se podía negar era que parecían seguir un mismo patrón y estaban minuciosamente planeados.

Tras los últimos sucesos me propuse hacer un esquema de todo lo que había pasado durante la última semana. De esa manera era más probable que me hiciera una idea más global de todo y reparara en algún detalle que se me hubiera escapado.

—Niko, quiero estar a tu lado —repuso mi hermana tirándose a sus brazos y sacándome de mi ensimismamiento.

Él la levantó sin apenas esfuerzo y la lanzó hacia el techo como si fuera una muñeca de trapo. Carlota comenzó a reír.

Me quedé mirándola. Yo también quería estar a su lado. ¡Era tan fácil para ella abrazarlo, darle besos delante de Ana y de papá, que por un segundo sentí envidia de Carlota por no ser yo quien recibiera esos besos y ese abrazo!

—¿Qué quieres hacer esta mañana, princesa? —preguntó Niko.

—Tu hermana ya tiene planes —intervino Ana—. Después de desayunar nos vamos a ir a Valencia. Tiene cita con el pediatra a la una y media, y Paco tiene que hacer unos

recados en la otra clínica. Nos quedaremos a comer allí y más tarde iremos al cine. ¿Os apuntáis?

Carlota se ofreció a poner la mesa. Le pasé un mantel de cuadros rojos y blancos, unos cubiertos y los platos donde estaban las tostadas y yo llevé las mermeladas y la mantequilla.

—Menudo plan —repuso Niko—. Me encantaría acompañaros, pero justo hoy he quedado con una chica.

Me dio un vuelco el corazón. Evité mirarlo a los ojos por miedo a que Ana descubriera qué nos traíamos entre manos.

—¿Una chica? ¡Eso sí que es nuevo! —exclamó su madre—. No recuerdo que te haya interesado una chica desde... —Se calló unos instantes, todos entendimos que se refería a Andrea—. Tu padre me ha dicho que tampoco has salido con nadie en Nueva York. Se va a llevar una sorpresa.

—¿Cómo se llama? —quiso saber mi padre—. Ana y yo pensamos que ya no ibas a salir con nadie.

—Bueno, estamos empezando. A decir verdad, Buttercup es la chica que ha hecho mis sueños realidad.

—¡Ah, vale! Es una chica de película. Ya me extrañaba a mí que te interesara alguien —dijo Ana.

—En esta ocasión es cierto. Buttercup es como la llamo yo.

Enrojecí cuando oí el comentario y regresé al fregadero. Me agarré al banco. Me temblaban las rodillas.

—Pero ¿esa chica sabe lo tonto que eres? —pregunté yo.

—Sí, ha tenido tiempo suficiente para saber lo tonto que soy. Y encima le gusta el cine tanto como a mí.

—Que a esa chica le guste el cine no significa que sea tu alma gemela —replicó Ana.

—A papá y a ti os funciona —repose intentando que no me temblara la voz.

—¿La traerás un día a casa para que la conozcamos? —A mi madrastra le picaba la curiosidad. Se le veía en la cara que estaba deseando saber quién era esa misteriosa chica.

Antes de sentarme a la mesa llevé un plato de galletas caseras.

—Mami, yo también quiero una tostada —comentó mi hermana interrumpiendo nuestra conversación.

—Siéntate a la mesa y yo te preparo una —contestó Ana.

Niko llevó el café, una jarra de leche, un azucarero y una taza de té para mí.

—Te lo he hecho como a ti te gusta. —Me agitó el pelo y después se entretuvo en acariciar mi cuello.

Me estremecí al sentir sus dedos en mi piel.


Él se sentó frente a mí, junto a Carlota.

Me moría por hablar con él, pero no se me ocurría cómo empezar una conversación. Si mi vida fuera una película tal vez alguien encontrara divertida esa situación, pero yo no le veía ninguna gracia. La tensión sexual que había entre Niko y yo me estaba matando por dentro.

De repente recibí un WhatsApp. Temí que fuera otra vez desde el móvil de Andrea. Me sobresalté al ver que era de Niko. Me puse nerviosa al abrirlo. Pensé que papá y Ana se darían cuenta de quién me lo había enviado.

Desearía pasar la mañana con usted, señorita Emma. Me concederá el privilegio?

Afortunadamente, no se percataron de lo que estaba leyendo. Agradecí que Ana estuviera hablando con mi hermana y papá estuviera ocupado leyendo el periódico.

Señor Nikola Jones, comparto con usted su anhelo y espero que en breve podamos cumplirlo. Pongo esto en su conocimiento para que conste 

Miles de mariposas revolotearon en mi estómago al advertir que me estaba contestando.

Señorita Emma, me alegra que comparta conmigo el mismo anhelo y quedo a la espera de nuevas noticias.

No tardé en responderle. Contuve un suspiro para que Ana no se diera cuenta del juego que nos traíamos Niko y yo.

Esperaré con ansias sus noticias. Que sepa usted, señor Nikola, que me tiene en ascuas.

Se va a enterar usted muy bien de cuáles son mis deseos, replicó inmediatamente él.

A decir verdad, me lo estaba pasando genial con los mensajes que nos estábamos enviando a través de nuestros móviles.

Sus deseos son órdenes para mí, le escribí pegándole un bocado a la tostada que tenía en las manos.

Después abrí el bote de Nutella y metí el dedo para llevármelo a la boca. Él no apartó sus ojos de mis labios. Tosió cuando le pregunté con la mirada si quería. Me eché a reír cuando sus mejillas se pusieron rojas.

Se atraganta usted, señor Nikola Jones? Yo sabría cómo hacer que se le pasara!!!


Carlota y su madre acudieron en su ayuda. No dejaba de mirarme. Como no me respondía insistí en hacerle saber cómo me sentía. Él había sido quien había empezado el juegucito, y no sería yo quien lo abandonara. Quería saber hasta dónde era capaz de aguantar.

Que sepa que su indiferencia tendrá lo que se merece. Mis besos los tendrá que suplicar.

Volvió a atragantarse.

—¡Cómo estamos hoy! —exclamó su madre—. ¿Qué te pasa ahora? Deberías descansar un rato.

Niko hizo un gesto con la mano como que no podía hablar. Se tomó su tiempo para responderme.

No es indiferencia, es autocontrol. O eso, o me abalanzo sobre usted ahora mismo y que arda Troya 

Se levantó recogiendo su plato para llevarlo al fregadero. Pasó por mi lado sin ni siquiera mirarme.

Que arda Troya no me preocupa, ya que fue arrasada. Me preocupa más que hayan dejado de interesarle mis besos.

Después de recoger su plato fue retirando lo que había en la mesa. Yo seguía todos sus pasos. Mostraba desinterés por lo que estábamos hablando, aunque enseguida recibí un nuevo mensaje.

Créame si le digo que, a pesar de mi aparente indiferencia, sus besos ocupan la totalidad de mis pensamientos. Hay una mesa de por medio, una niña y nuestros respectivos padres...

Solté una carcajada. Ana se dio cuenta de que algo me pasaba. Mi cara tenía que ser un poema. Ahora era yo la que tenía las mejillas encendidas.

—¿De qué te ríes? —me preguntó ella—. Estás de lo más misteriosa esta mañana. Te brillan los ojos.

Tragué saliva. No sabía dónde meterme.

—Eso, ¿de qué te ríes? —preguntó Niko—. Yo también quiero saber qué chiste estás leyendo en el móvil.

Estaba apoyado en el banco de la cocina tomándose un vaso de zumo de pomelo. Ahora parecía que era él el que estaba disfrutando con la situación.

—Nada, Nat acaba de enviarme un mensaje diciéndome que su chico es muy tonto y que el pobre no tiene remedio. Le he recomendado que no le haga caso cuando diga tonterías.

—No quisiera estar en el lugar de ese pobre chico.

Me observaba con esa sonrisa que me desarmaba y cuando nadie lo miraba me guiñó un ojo. Después subió las escaleras. Supuse que para ir a su habitación.

El desayuno se había alargado más de la cuenta, y Ana y mi padre se arreglaron enseguida para bajar a Valencia. Carlota se empeñó en llevar el vestido de Blancanieves, pero al final tuve que intervenir para convencerla de que aún no había estrenado la camiseta de Hello Kitty que le había llevado. La ayudé a vestirse en el sofá mientras veía los últimos minutos de un capítulo de *Bob Esponja*.

Niko bajó con una novela en las manos. Se acababa de duchar y se había puesto colonia Nenuco. Tenía mejor aspecto que cuando había llegado a casa. No se le veía tan ojeroso y tan pálido.

—Os he sacado la lasaña que hice el otro día del congelador —dijo Ana antes de marcharse—. No creo que nos quedemos a dormir en Valencia, pero por si acaso...

—No te preocupes. No nos vamos a morir de hambre —la interrumpí intuyendo que le intranquilizaba no habernos dejado algo más de comida—. Sabremos apañarnos sin vosotros. Estoy acostumbrada a hacerme la comida. Ya sabes cómo es mamá.

Recordé que ella aún no se había puesto en contacto conmigo. El *Kamasutra* estaba dando mucho de sí, por lo que supuse que ya habría probado todas las posturas del libro.

Los acompañé hasta el coche. Ana me besó en la mejilla. Suspiró y después me susurró al oído:

—Me gusta que estés con nosotros.

Yo también me alegraba de estar con ellos, porque después de mucho tiempo me sentía a gusto. Creo que era yo la que había cambiado y la que veía las cosas de diferente manera a como las percibía hacía cinco años. Al fin encontraba mi hueco en esa familia que cada vez sentía más como mía. Probablemente también influía el hecho de que hubiera aceptado mis sentimientos hacia Niko.

—Te prometo que recogeremos la cocina —le dije cuando se montó en el coche familiar.

No entré en casa hasta ver cómo torcían la esquina de la calle. Cerré la puerta y me dispuse a fregar los platos del desayuno.

De pronto noté su aliento en mi oreja. No había oído cómo se había colocado detrás de mí.

—¿Qué es eso de que podremos apañarnos? Me gustaría que me lo explicaras.

Me giré lentamente. Llevaba en una mano un estropajo y en la otra un vaso. Ahora que había llegado el momento de quedarnos a solas estaba nerviosa. No sabía qué hacer, deseaba que fuera él quien tomara la iniciativa. Me quitó el estropajo y el vaso, y me subió al banco de la cocina. Me limpié las manos de jabón con un trapo.

—¿Qué quieres que te explique? —le pregunté.

Se acercó lentamente hacia mí, deteniéndose para acariciar mi mejilla con su dedo pulgar. En sus ojos se dibujaba la pasión, así como también el anhelo por saborear los labios con los que llevaba tiempo soñando. Yo era su objeto de deseo. Ahogué un gemido cuando nuestras bocas apenas se rozaron. Sin embargo no fue más allá, se empeñaba en alargar el momento y a mí me estaba volviendo loca con el juego que se traía.

—¿Tienes miedo? —pregunté.

En mi estómago revoloteaban mariposas que se estremecían cada vez que sus caricias se perdían en mi espalda.

—No.

Le gustaba jugar. Me pegó pequeños mordiscos en el cuello y fue subiendo lentamente hasta alcanzar el lóbulo de la oreja. Cerré los ojos y dejé que me susurrara:

—¿Lo deseas? —me preguntó.

Asentí con la cabeza y me mordí el labio. Deseaba que cruzara esa frontera, que explorara todo lo que yo le ofrecía. Abrí lentamente los labios. Me había olvidado hasta de respirar; su aliento, me bastaba.

—¡Quiero que me lo digas!

—Como desees. Lo deseo, quiero que me beses.

Entonces ocurrió. Dejé que él me besara, que se aproximara hasta donde quisiera. Niko se abandonó al deseo. Se adentró con calidez, recorriendo con suavidad cada rincón de mi boca. Nos tomamos tiempo para saborearnos. Poco a poco nos íbamos reconociendo, conscientes de que estábamos donde queríamos estar. Me estrechó entre sus brazos con firmeza, como si no quisiera que me marchara nunca de su lado. Ahora que nos habíamos encontrado no permitiría que volviéramos a separarnos. Podía sentir su respiración agitada. Eché la cabeza hacia atrás mientras nuestros dedos seguían con las caricias, hablando su propio idioma.

El tiempo se detuvo y el reloj de la cocina dejó de contar las caricias. Me gustaba dejarme querer. Nuestros latidos batiendo a la vez, como una melodía cuyo significado solo conocíamos nosotros. La eternidad del amor se había colado en nuestras almas y se había instalado cómodamente.

Se apartó y nos miramos.

—Quiero que me expliques esto —me respondió con un nuevo beso.

Recorrió con sus manos mi espalda. Mi pulso se había acelerado y deseaba que no dejara de besarme.

—Como desees —correspondí lanzándome sobre sus labios.

—Gracias por rescatarme —me dijo él hundiendo la cabeza en mi cuello.

—Oh, Niko —gemí.

Me parecían tan tiernas sus palabras que me entraron ganas de llorar por lo estúpida que había sido con él. Y por primera vez sentí lo que era ser correspondida. Sabía que ese era el beso que tanto Niko como yo habíamos deseado durante toda la mañana. Nos perdimos a las caricias, dejando atrás nuestros temores.

Lovesong

Estaba en una especie de nube. Pasamos parte de la mañana en el sofá abrazados viendo *La princesa prometida*. Niko se sabía de memoria casi todos los diálogos de la película y me los repetía muy cerca del oído. Nos reímos de ciertas escenas, sobre todo coincidimos con la salida de Íñigo Montoya, porque ambos sabíamos qué iba a continuación y porque nos gustaba repetir sus palabras a voz en grito: «Me llamo Íñigo Montoya. Tú mataste a mi padre. Prepárate a morir...». Llegamos incluso a hacer una pelea de cojines en el sofá cuando Westley y Montoya se enfrentaron en un combate de espadas.

—«Prepárate a morir» —repetí una vez más preparada para enfrentarme a él.

Yo le tiré un cojín a la cara y él lo cogió al vuelo. Estuvimos forcejeando sin dejar de reír hasta que Niko cayó al suelo y yo aproveché la oportunidad para ponerme a horcajadas sobre él y agarrarlo de las muñecas.

—Vale, me rindo —comentó Niko. Se marcó una media sonrisa que parecía decir que tenía un as guardado en la manga—. Si te acercas más tendrás un premio.

—¿Cuánto me tengo que acercar?

—Solo unos centímetros. Además, ¿qué te puede pasar si te arrimas unos pocos centímetros?

—No sé, dímelo tú. Me has dejado ganar. —Me acerqué a su boca sin llegar a rozarla.

Soltó una carcajada e inmediatamente me colocó debajo de él con suavidad. No podía moverme, aunque no me importaba. Estaba donde quería estar.

—Siento mucho haberte engañado, pero así son las cosas. —Guiñó un ojo—. Soy mejor que tú.

Me reí de su ocurrencia. Él se acercó hasta mi mejilla. Escuché cómo decía mi nombre acariciando mis labios con los suyos. Me gustaba cómo pronunciaba Emma y cómo sonaba en sus labios. Ni siquiera necesitó besarme para que me estremeciera. ¿Cómo era posible que una semana antes no me hubiera planteado siquiera esa posibilidad y que ahora estuviera tan perdidamente enamorada de él?

—«Eres malvado» —repliqué.

Recorrió con sus labios mi cuello y fue subiendo hasta el lóbulo de mi oreja.

—«No sabes cuánto. Pero ¿qué puedo hacer por vos?» —me preguntó, como si fuera el príncipe Humperdinck quien hablaba con Buttercup.

—«Agonizad lentamente cortado en mil pedazos» —le contesté.

Me estaba volviendo loca con su juego.

—«Sois poco amable, alteza. —Me dio un beso que me supo a poco. Alcé el mentón todo lo que pude para que nuestras bocas volvieran a unirse—. ¿Por qué me odiáis

tanto? Sabéis que la muerte no detiene el amor.»

Cerré los ojos. Deseaba más que nunca que se acabara la película y que se repitieran otra vez los momentos en los que los protagonistas se decían «Como deseas», porque era en esos instantes cuando Niko y yo nos mirábamos y permanecíamos callados. Me gustaba la sensación de que me acariciara el pelo y recorriera con sus dedos mi nuca, así como también me sentía segura cuando apoyaba mi cabeza en su pecho y me acurrucaba a su lado.

—Porque sois tan malvado como el pirata Robert. Me habéis robado el corazón —le respondí al fin.

En ese momento levanté la vista hacia él. Nos perdimos en un beso largo y tibio, y yo percibí la calidez de sus manos recorriendo mi piel. Dejamos que la película se acabara.

Antes de la hora de comer recibí un WhatsApp de Nat. Quería saber cómo estaba. No entendí muy bien a qué venía esa pregunta y por qué estaba tan alarmada.

Bien, muy bien 😊 por qué?

Xq acabo de ver en las noticias que ha habido un accidente en tu pueblo. Hablan de 1 xica muerta, respondió mi amiga. Lleva también la marca de la cruz. Lo han bautizado como el Asesino del Rosario.

Durante parte de la mañana me había olvidado de la muerte de Belén y del incendio del casino. No quería darle vueltas a la cabeza sobre lo sucedido, pero sobre todo no quería pensar en la pesadilla que había tenido la noche anterior. ¿Y si realmente yo era la siguiente en la lista de esos dos asesinos? Al menos uno de ellos estaba en prisión preventiva... suponiendo que fuera él. Ya no estaba segura de nada.

Sí, anoche hubo otro asesinato. Belén, la novia de Nando 😞

K mal rollo, no?

Le conté por encima qué había pasado, cómo Niko salvó a Alba de las llamas hasta que llegaron los bomberos y cómo estos encontraron el cadáver de Belén carbonizado en el patio. También le comenté que casi todos los que habíamos ido a la fiesta habíamos recibido otro mensaje raro que se refería a algún pasaje de la Biblia, salvo los trillizos.

Muy tontos tienen k ser para no haberse incluido en el grupo, respondió Nat.

Eso, o es que alguien les quiere hacer parecer culpables, se me ocurrió de pronto.

Tuve un presentimiento. Comprobé el primer mensaje que recibimos con la foto de Andrea. Conté quiénes lo habíamos recibido y en esa ocasión Kike, Nando y Alba estaban dentro del grupo. El segundo mensaje era un grupo nuevo. Se me había pasado por alto ese detalle. Estaba tan nerviosa cuando lo leí que no advertí que el asesino estaba tratando de confundirnos. Sin embargo, me parecía absurdo y hasta un error de lo más elemental que no cometería alguien que planeaba al milímetro cada asesinato. ¿Había sido un descuido sin más? ¿Había sido aposta? Si fuera así, ¿cabía la posibilidad de que estuviera deseando que lo pillaran? Lo que tenía cada vez más claro era que los mensajes los enviaba una sola persona que se creía el hijo de Dios y hablaba de su obra como si fuera un mensaje divino. En ningún momento incluyó a su compañero dentro de su creación.

Había otra cuestión que no dejaba de desconcertarme: a Andrea le cercenaron las dos manos, mientras que a Belén solo le habían cortado una pierna. No sabía si eso se debía a que no habían tenido tiempo de llevar a cabo su plan y tuvieron que deshacerse antes de tiempo del cadáver o tal vez era premeditado. Esa segunda opción no me cuadraba. Habría puesto la mano en el fuego por que muy pronto iba a haber otra chica a la que le faltara otra pierna.

Gil Grissom, el protagonista de *CSI Las Vegas* decía: «Las personas mienten, las pruebas no». En ese caso estaba segura de que había alguien que nos estaba haciendo creer que Nando y Kike eran culpables.

Nat escribió varios mensajes. No me di cuenta hasta que me envió el quinto. Me había abstraído como solía ocurrirme cuando un asunto me apasionaba.

ESTÁS AHÍ??? K ES ESO DE K ESTÁS MUY BIEN??? K HA PASADO K NO ME HAYAS DICHO???

Perdona. Le estoy dando vueltas a la cabeza a estos asesinatos.

Nat conocía como nadie mi faceta friki.

DEJA DE SER COMO HOLMES Y DIME K PASA CON TU MEDIO HERMANO?

No es mi hermano, aunque tampoco sé qué somos! Estamos bien así.

Me mordí el labio al recordar los momentos que habíamos pasado en el sofá.

Y cómo es así? Dime algo ya, plis!

Solté una carcajada. Niko se acercó hasta donde estaba.

—¿De qué te ríes? ¿Deduzco que tengo algo que ver con esa sonrisa?

Negué con la cabeza. No quería que descubriera la conversación que me traía con mi amiga.

—Son cosas mías.

—¿Estás hablando con Nat? —preguntó.

Me lo quedé mirando y después le sonreí. No sé si él tenía a algún amigo con el que hablar sobre esas cosas, pero yo necesitaba a mi amiga para desahogarme. Había ciertas cuestiones que no quería hablar con mamá.

—Dile que aún estás sin aliento —me sugirió mordiéndome en el cuello.

—Mejor le digo que aún te tiemblan las rodillas por la pelea de esta mañana.

Esa vez fue él quien soltó una carcajada.

—Cuando quieras repetimos. Todavía me quedan fuerzas.

Le tiré un cojín a la cara.

X K PASAS DE MÍ???, insistió Nat.

—Supongo que podrás hacerte cargo tú solo de la comida —le comenté para que me dejara unos minutos a solas con Nat. Eran más de las dos de la tarde y tenía hambre.

—Está bien. Mensaje captado. Te dejo hablar con tu novia. —Se encogió de hombros—. Por cierto, dile que estoy dentro. Ella lo entenderá. —Se giró dejándome con la palabra en la boca.

No supe de qué estaba hablando y qué se traía con mi amiga. Pero ¿desde cuándo se escribían sin que yo lo supiera? ¿Habrían estado confabulando juntos para que al final termináramos enrollándonos? Ahora entendía por qué mi amiga tenía tanto interés en que viera *La princesa prometida*.

No paso de ti, es que Niko me estaba entreteniéndome.

Stáis juntos? Dime k sí.

Sí, estamos juntos. Desde esta mañana.

LO SABÍA. SABÍA K AL FINAL TERMINARÍAS CON ÉL.

Me ha dicho que está dentro. Que lo entenderías. Qué te traes con él que yo no sepa???

Tardó unos segundos en escribirme.

Jajajaja. Me tengo k ir.

NO ME DEJES ASÍ? NO SEAS MALA.

Adiós. Mañana seguimos hablando.

Mañana puede que la que tenga que irse sea yo. Igual no me encuentras, le dije a modo de amenaza.

Por mucho que le insistiera sabía que Nat no iba a soltar prenda. Me levanté del sofá y saqué el mantel y unos cubiertos para poner la mesa.

—¿Me dejas que te sorprenda? —me pidió Niko.

—¿En qué estás pensando?

Me quitó de las manos el mantel y los cubiertos y me mandó a mi habitación.

—Ya lo verás.

No me quedó otro remedio que hacerle caso y marcharme a mi habitación.

Aproveché para empezar un esquema que pegué con celo para después colgarlo en la pared. No quería que se me pasara ningún detalle.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que Niko llamó a la puerta de mi habitación. No dejó que le preguntara a qué venía tanto misterio. Llevaba un pañuelo en la mano con el que me vendó los ojos. Me cogió de la mano y me ayudó a bajar las escaleras. Mientras bajábamos él iba hablando con alguien en inglés por teléfono. Me llevó hasta una silla e hizo que me sentara.

—¿Estás preparada? —quiso saber.

¿Acaso me quedaba otra opción que no fuera confiar en él? Las dudas que había tenido hacia él en los días anteriores se habían esfumado.

—Sí —musité.

Cuando me quitó la venda estaba frente a su ordenador. Me quedé sin habla. Al otro lado de la pantalla había un montón de imágenes nuestras. Eran fotos de diferentes momentos desde que nos habíamos conocido. No sé cómo había conseguido grabar un CD sin que yo me enterara. Había también un sobre encima de la mesa.

—Ábrelo —me pidió Niko.

Dentro había una foto de Adele muy embarazada con su firma, un disco de edición limitada y unas palabras de mi cantante favorita, «Hello, Emma. How are you?»,* acompañadas de su rúbrica.

—Fine* —respondí mirándolo a los ojos.

Me comentó que su novio era muy amigo del padre de Niko y que este le había pedido que le firmara el disco de edición limitada.

Se me saltaron las lágrimas cuando Niko le dio al play y empezó a sonar «Lovesong» mientras el vídeo iba pasando fotos nuestras. Siempre me había gustado esa canción cuando la cantaba The Cure —papá la ponía casi siempre cuando vivía en casa—, pero desde que Adele sacó su versión pasó a ser mi favorita. Niko estaba detrás de mí y me cogía la mano. Tiré de su brazo e hice que se sentara conmigo. Yo me acomodé en su regazo y terminamos de escuchar la canción. Me emocioné al ver la primera foto que nos hicieron juntos. Fue en una heladería de Valencia. Niko llevaba un helado y me había manchado la nariz de chocolate. Recuerdo que aquello me enfureció mucho y acabé tirándole su cucurucho al suelo. También incluyó otra en la que me tiraba de las trenzas, o aquella en la que yo le sacaba la lengua. Me estremecí cuando vi una instantánea de cuando nació Carlota y los dos nos peleábamos por sostenerla en brazos. Al final ganó él porque me hizo cosquillas, y yo me pasé más de media hora enfadada. No podía dejar de reírme, porque durante cinco años nos habíamos estado chinchando.

Ahora que veía las fotografías no me parecían tan graves todas nuestras pequeñas rencillas. Le habían dado emoción a nuestra relación.

El vídeo también mostró una foto que nos habíamos hecho el año anterior, el último día de verano que pasamos en Caños del Agua. Paseábamos descalzos por la orilla del río.
—Ese día me di cuenta de que siempre me habías gustado —me susurró al oído.

*Whenever I'm alone with you
You make me feel like I am home again
Whenever I'm alone with you
You make me feel like I am whole again
Whenever I'm alone with you
You make me feel like I am young again
Whenever I'm alone with you
You make me feel like I am fun again
However far away
I will always love you
However long I stay
I will always love you
Whatever words I say
I will always love you
I will always love you
Whenever I'm alone with you
You make me feel like I am free again
Whenever I'm alone with you
You make me feel like I am clean again
However far away
I will always love you
However long I stay
I will always love you
Whatever words I say
I will always love you
I will always love you.**

—¡Oh, Niko! —exclamé. Me temblaba todo el cuerpo cuando el vídeo terminó—.
¿Cómo sabías que me gustaba esta canción?

—Uno, que tiene sus recursos.

—¿Ha sido Nat? ¿Verdad que ha sido ella?

—No revelaré mis fuentes.

—¿Y si te torturo lentamente?

Se levantó y apagó el ordenador. Después se giró hacia mí y me dijo:

—Como deseas. Eso lo dejo a tu elección.

Todo te lo puedo dar...

Aún seguía pensando en la canción y en el vídeo que había hecho Niko para los dos. No me podía creer que su padre y el novio de Adele fueran amigos. Pero ¿qué clase de amistades tenía su padre como para conseguir que la mejor artista de este siglo me firmara un CD de edición limitada? Era recordarlo y emocionarme.

Mientras comíamos no dejaba de mirarlo. Su sorpresa era el mayor regalo que me habían hecho nunca. Sin embargo, él parecía no darle importancia y disfrutaba viéndome tan contenta.

Él, por su parte, hablaba de una película que no había visto y que insistía en que viésemos después de comer. Se trataba de *Bringing up Baby*, que en España se tradujo como *La fiera de mi niña*, una cinta en blanco y negro, protagonizada por Katharine Hepburn y Cary Grant. Según me comentó, el ritmo de los diálogos era vertiginoso y en casi todo momento era ella quien lo marcaba. No fue un éxito de taquilla cuando se estrenó, pero con el tiempo la crítica le hizo justicia y pasó a considerarla una obra maestra.

—Es cierto que puede parecer una historia absurda —Niko seguía hablando cuando terminó de comer—, aunque su propósito era divertir. Sus diálogos son un poco inocentes; sin embargo, tenemos que entender el contexto en el que se crearon.

Me maravillaba que supiera tanto de cine y que además conociera las curiosidades de los rodajes.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —lo interrumpí.

Se puso serio.

—¿Aún sigues pensando que soy un asesino? Eso, o te estoy aburriendo.

Reprimí un bufido y negué con la cabeza.

—Ni una cosa ni la otra.

—Entonces pregunta.

—¿Cuándo te empezó a gustar el cine?

Se me quedó mirando. Parecía pensar en lo que iba a contestarme.

—Si no quieres no me contestes —le comenté bajando los ojos por haber tocado un tema que parecía dolerle.

—No pasa nada. —Esbozó una media sonrisa—. Durante los tres años que estuve entrando y saliendo de los hospitales, mis padres se pasaban el día discutiendo. No sabían cómo sobrellevar mi enfermedad. No sé de dónde se sacaron la idea de que ellos tenían algo que ver con lo que me había pasado. Pasaron de vivir en una comuna en Ibiza a hacer vida en las consultas y las habitaciones de los mejores hospitales de Estados Unidos. Mi madre le reprochaba a mi padre que nunca tuviera tiempo para nosotros, y papá se pasaba el día viajando. No aguantaba la tensión y me aficioné al cine porque era una manera de evadirme. En realidad fue mi abuelo quien me metió el gusanillo en el cuerpo. La leucemia

me hizo comprender que en este mundo no hay nada tan importante como mantener una actitud positiva y una sonrisa. No poseo más que lo que ves ahora. Lo demás no es importante.

Me había dejado sin palabras. Cuanto más sabía de él, más y más lo quería. Ahora ya no me podía imaginar mi vida sin él.

—Siento haber sacado el tema.

—No, Yasmine, ya no me duele hablar de este tema. Cuando uno acaba un libro tiene que saber que ha de cerrarlo. Si te entretienes en la última página te estás perdiendo otros muchos libros que podrías leer, una nueva aventura por vivir. Por más veces que la vida me haya puesto la zancadilla siempre me he levantado. Siempre hay una siguiente vez, una nueva oportunidad. Solo has de estar atento.

Me levanté para abrazarlo con fuerza. Ahora era yo quien necesitaba sentirlo cerca de mí. De pronto entendía muchas cosas de él; por ejemplo, que su actitud no era despreocupada, como siempre había pensado, era más bien un dejarse arrastrar por la corriente de la vida. Niko era como un río que fluía libre por su cauce. Por muchos obstáculos que encontrara en el camino al final encontraba un hueco para seguir avanzando.

Él aceptó mis caricias y mis besos, y creo que hasta se aprovechó de que tenía la guardia baja. Muy hábilmente hizo que recogiera la mesa y que fregara los platos mientras él preparaba unos té y unas galletas para ver *Bringing up Baby*.

Me arrastró hacia el sofá cuando terminé de colocar todo en los armarios. Aún llevaba las manos mojadas y aproveché para meterlas debajo de su camiseta. Acaricié su pecho y dibujé un corazón. Noté cómo temblaba. Me miró a los ojos con deseo, quizá esperando a que siguiera más allá de esa inocente caricia. Le quité la camiseta al tiempo que Niko soltaba un gemido. Estaba moreno, y su pecho era musculoso. Seguí con el índice la línea de su abdomen y subí hasta sus pezones, oscuros y pequeños. Sentí que su piel se estremecía con el roce de mi dedo.

—Si sigues por ese camino no sé si voy a poder contenerme.

No le contesté. Jugué con sus labios a pegarle pequeños bocados y a chuparlos, a explorarlos con calma mientras seguía acariciándole el pecho.

—Te lo estoy diciendo en serio —gimió.

Descendí con mi boca hasta su cuello, lo lamí y después subí hasta el lóbulo de su oreja. Me gustaba su sabor.

—Yo también —le susurré al oído.

Entonces Niko, incapaz de resistir mucho más, me colocó con cuidado debajo de él. Me quitó la camiseta, el sujetador y sus manos buscaron mis pechos. Los rozó con sus labios y se recreó dibujando un corazón con su lengua. Nuestros dedos se entrelazaron. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Noté la excitación de Niko y cómo un calor interno me abrasaba por dentro. La intensidad de sus besos fue subiendo y yo solté un gemido prolongado. Al abrir de nuevo los párpados advertí que la expresión de Niko era de puro deseo. En el punto en el que nos encontrábamos sabía que no había vuelta atrás, que ambos queríamos lo mismo.

—¿Estás segura?

Tragué saliva asintiendo. No tenía miedo de entregarme a él. Confiaba ciegamente en él.

Descendió con las manos hasta mis pantalones, me desabrochó el botón y me los quitó con mucho mimo, besando mis piernas y mis pies. Me había quedado desnuda y ardía en deseos de que siguiera.

Me incorporé en el sofá para hacer lo mismo que él había hecho. Le desabroché el botón de los pantalones y deslicé mis dedos por la cinturilla para que se los bajara. Niko se desembarazó de sus calzoncillos y me tumbó de nuevo en el sofá. Era extraordinario verlo desnudo. Volvimos a besarnos con calma y dejamos que el juego del amor siguiera hasta el final.

Había sido maravilloso. Suspiré sobre su pecho recordando los momentos que habíamos vivido unos minutos antes. Con un dedo le iba dibujando corazones en su espalda y él me abrazaba fuerte, como si temiera que pudiera desaparecer.

Nos vestimos sin dejar de observarnos. Creo que si Niko hubiera sido otro chico me habría sonrojado, pero sentía que nos conocíamos muy bien para andarnos con ñoñerías.

—¿Te apetece ver la película que me has comentado antes?

—Siempre y cuando tú me acompañes. No tendría sentido si tú no estuvieras conmigo.

Yo me coloqué en el regazo de Niko, mientras él le daba al play. Cerré los ojos e inspiré su aroma de niño. Mis labios esbozaron una sonrisa.

—¿Se puede saber por qué sonrías?

—¿Tú por qué crees? —le contesté.

—Me gusta que me lo digas.

—Sonrío por esto. —Le di un largo beso que nos dejó sin aliento.

La película empezó y enseguida me contagié de las risas de Niko. Como él me había comentado, los diálogos me parecían un poco ingenuos, aunque a medida que se sucedían las escenas no podíamos dejar de reírnos. La protagonista no hacía más que sabotear cualquier cosa que hiciera Cary Grant, desde desgarrarle el esmoquin (aunque segundos después él le pisaba el vestido a ella y se lo rompía, de manera que a la protagonista se le veían las bragas) hasta abollarle el coche.

—Atenta a esta canción —me dijo Niko cuando Cary Grant y Katharine Hepburn se ponen a buscar la mascota de esta por un pequeño lago.

Como estábamos viendo la película en versión original, Niko insistió en poner la canción en español. Me comentó que la primera vez que la vio fue doblada y se pasó varios días cantándola.

«Todo te lo puedo dar menos el amor, Baby...», decía la letra. Mientras él la cantaba yo lo miraba. ¡Cuántas cosas me quedaban por descubrir y cuántas cosas estaba dispuesto a ofrecerme! Él me ofrecía una sorpresa tras otra, o quizá era yo la que se maravillaba cada vez que me mostraba algo nuevo. A su lado me sentía como una niña en la mañana de reyes.

Antes de que acabara la película tuve que reconocer que me parecía maravillosa. Nos pusimos a cantar en el comedor la canción mientras él me perseguía alrededor de la mesa. Yo me reía y procuraba no perder detalle ni de los gestos que hacía Niko ni de la película, que aún no había acabado. Se había colocado sus gafas para leer y adoptó la actitud de Cary Grant cuando buscaba a la mascota de la protagonista.

En ese momento llamaron al timbre. Dejamos de cantar y miramos hacia la puerta. En los pueblos había una especie de acuerdo tácito de que nadie molestara a nadie hasta pasadas las cinco de la tarde. La hora de la siesta era sagrada. Volvió a insistir y fui yo quien fue a abrir.

Me sorprendió ver a José al otro lado. Venía acalorado y con los labios secos.

—Hola, ¿qué tal? —me saludó bajando la mirada al suelo—. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro, pasa. —Me aparté para que entrara.

Niko detuvo la película y se acercó hasta José con la mano en alto. Se saludaron chocando las palmas.

—Hey, tío, ¿qué hay? —dijo Niko.

Observé detenidamente a José. Posiblemente era el chico más guapo de Caños del Agua, aunque resultaba invisible dentro del grupo de D' Artagnan y los Tres Mosqueteros. Solía saludar con un movimiento de cabeza y bajaba los párpados cuando una chica lo miraba a la cara. No se parecía en nada a Dani, su hermano. José era algo más alto y más musculoso. Era tan rubio como los trillizos y en alguna ocasión más de uno había creído que eran hermanos. En lo único en lo que no se parecían era en el color de los ojos. Mientras que Kike y Nando los tenían azules, este los tenía negros como el carbón.

Le ofrecí una silla para que se sentara a la mesa.

—¿Quieres tomar algo? —le dije—. ¿Un café, un té, una limonada, un vaso de agua fresca?

—Una limonada está bien.

Saqué una olla con limonada del congelador. Ana solía hacerla dos veces a la semana. Cogí una batidora para triturar el hielo y poner tres vasos. Tanto a Niko como a mí nos gustaba cómo la preparaba Ana.

—¿Sabes algo de Nando y Kike? —preguntó Niko.

—Kike se ha marchado esta mañana con su padre, y Nando sigue detenido.

—Menuda jugada —dijo Niko—. ¿Tan mal están las cosas?

El ruido de la batidora no me dejaba oír con claridad lo que hablaban. La moví con fuerza para terminar cuanto antes y sentarme a la mesa. Una vez que la limonada estuvo batida puse tres vasos, saqué unas galletas y me senté a la mesa.

—¿Vosotros creéis que son culpables? —le pregunté.

—No lo sé —contestó José—. Por lo que me ha comentado mi hermano, parece ser que todo apunta a que fue Nando quien mató a Belén. No está muy claro que Kike lo ayudara, aunque quién sabe qué pasó anoche.

—Yo tampoco tengo nada claro —respondió Niko.

Por unos segundos nos quedamos callados sin saber qué decir. José cogió una galleta y la mordisqueó.

—¿Te apuntas a ver una película? —dijo Niko para romper el hielo.

—No, no puedo, gracias. En realidad he venido porque Begoña ha pensado que podríamos comprarle entre todos los amigos de Belén una corona de flores. El lunes se celebrará el entierro.

—¿Tan pronto? —me extrañé.

—Sí. El primo de mi madre ha acelerado los trámites para enterrarla cuanto antes. Creo que tiene algún amigo forense que al parecer le debía un favor. Ya sabes, chanchullos de jueces.

Me había olvidado de que la madre de José y el padre de Belén eran primos. Este además trabajaba en el juzgado de Liria.

—Claro, cuenta con nosotros.

José se tomó media limonada de un trago y giró la cara hacia mí. Me sonrió, y yo le devolví el gesto posando mi mano en la suya.

—Espero que esto acabe ya —comentó él—. Tengo miedo por ti.

—¿Por mí? —quise saber.

—Por ti o por cualquier chica del pueblo.

—Esto solo puede acabar de tres maneras posibles —dije—. O ya han pillado al

culpable y la otra parte teme actuar solo, o el culpable, en este caso Nando, canta y culpa también a Kike. También cabe la posibilidad de que ni Nando ni Kike sean los culpables y que esta pesadilla solo acabe cuando los dos asesinos hayan completado su misión. A no ser que la policía los pille antes.

—Este asunto parece más grave de lo que la policía pensaba en un principio —replicó José—. Mi hermano y sus compañeros están desbordados.

Cogió otra galleta del plato y se terminó lo que le quedaba de limonada de otro trago.

—¿Quieres más?

—No, gracias. Aún tengo que visitar dos casas. Es un poco duro, ya sabéis.

—Permaneció callado, como esperando a que nos ofreciéramos a acompañarlo.

Quizá fui egoísta por no aceptar su invitación tácita, pero a mí no me apetecía hacer según qué visitas. Sin embargo, Niko sí que aceptó su oferta.

—Me cambio en dos segundos y te acompaño.

Al igual que había hecho José, se tomó lo que le quedaba de limonada en dos tragos. Subió las escaleras y nos quedamos a solas.

—¿Cómo llevas los puntos? —preguntó José.

—Apenas me duelen ya.

—Tuvisteis suerte de no salir peor parados.

—Bueno, yo creo que solo querían asustarnos.

Él se levantó y se acercó hasta la puerta. Se quedó mirando una fotografía que nos hicimos el año anterior y que había colgado en la pared. Incluso paseó los dedos por ella.

—Es guapa —dijo.

—¿Quién? —Me acerqué.

—Tu madrastra.

Quizá porque su madre había sido también rubia, le gustaba Ana. Aunque también podía ser que le recordara en algo a su madre. Hacía poco que había fallecido, y tenía que echarla mucho de menos.

—Carlota se parece a ti —comentó de nuevo.

Asentí. Todo el mundo parecía coincidir.

—Aunque tú eres más guapa. —Giró la cabeza y me miró a los ojos.

Hubo algo en su manera de decirlo que me produjo un escalofrío. No sé si intuía que entre Niko y yo había algo, pero por cómo actuó parecía darle igual. Rozó con la yema de los dedos mi mejilla suavemente y después se giró hacia la foto. Di un paso hacia atrás instintivamente.

Antes de que Niko bajara sonó un WhatsApp en mi móvil. Deseaba que fuera mamá quien me lo enviara. No obstante, fue otro mensaje de Andrea, y este era personal. Cerré los ojos cuando vi la fotografía que me habían enviado. Tal como sospechaba había otra chica muerta y le faltaba una pierna. Observé que también llevaba una cruz marcada en la frente y un rosario colgado del cuello. Sin embargo, ese asesinato tenía elementos diferentes. La foto estaba hecha en una playa. Me asombró verla tumbada como si estuviese tomando el sol. Aunque lo peor no fue la foto, sino el siguiente mensaje que me entró:

Ya no verás más las frutas que ansiabas. Se acabaron para ti el lujo y esplendor, y jamás volverán. Estas son palabras verdaderas de Dios.

Me tuve que sujetar al marco de la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó José.

Le pasé el móvil porque estaba bloqueada y las palabras no me salían.

—¡No entiendo qué significa esto! —Dio los dos pasos que le separaban de donde yo me hallaba.

—Yo creo que está muy claro.

—Lo que quiero decir es —posó su brazo derecho sobre mis hombros para abrazarme—: ¿quién querría hacerte daño?

—¿Acaso crees que estos asesinos sienten remordimientos y empatía por sus víctimas? Ni una cosa ni la otra.

Suspiré cuando oí que Niko bajaba por las escaleras. Llevaba una camiseta blanca y unos pantalones vaqueros que le caían sobre las caderas. Me guiñó un ojo aprovechando que José seguía mirando la foto que había recibido.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Niko.

—Hay una nueva víctima —dije yo.

—Pero hay algo más, ¿verdad? —replicó Niko. Había miedo en su mirada.

—Sí. —Tragué saliva—. Yo soy la siguiente en su lista.

La decisión

El chico paseaba alrededor de la cama en la que estaba sentada la mujer mayor. Él temblaba de arriba abajo y se cubría la cara con las manos. Alguna que otra vez volvía la mirada hacia la silla que había en un rincón de la habitación.

—Mamá me pregunta dónde estuviste anoche —le preguntó la chica, que estaba acostada en la cama junto a la mujer mayor.

—Ya sabéis dónde estuve. ¿A qué viene esa pregunta?

Por cómo hizo esta última pregunta, la joven supo que él estaba disgustado.

—Has sido malo, muy malo.

Volvió a temblar y se puso de rodillas a los pies de la cama.

—No, no he sido malo.

—Anoche nos dejaste solas. Las dos nos quedamos solas. Te esperábamos.

—Tengo una buena noticia para vosotras. El ángel exterminador ha actuado de nuevo. —El muchacho acarició entonces a la chica—. ¿Verdad que te alegras?

La muchacha permaneció callada con los ojos cerrados.

—¿Por qué no me hablas? —quiso saber él—. Todo lo hemos hecho por ti.

Durante unos segundos esperó una respuesta que no llegó. Él gimió y se giró incómodo hacia el rincón.

—Dile que lo he hecho por ella —le dijo a la mujer mayor, pero esta no le contestó.

—¿Adónde vas cuando nos dejas solas? —preguntó la chica joven.

—No muy lejos de aquí.

—Salvo anoche —masculló la chica con cierto desdén—. Anoche te echamos de menos. No nos gusta estar solas. Pronto acabará esto.

—¿Cuándo?

Después de un rato en silencio la chica comenzó a hablar.

—Hemos encontrado una manera de terminar todo esto. El Padre ha hablado con nosotras —replicó elevando el volumen de su voz.

—¿De qué se trata? —preguntó él.

El calor se hacía insoportable y el hedor de la habitación se le pegaba al cuerpo como una segunda piel. Cerró los ojos y esperó a que la joven siguiera hablando.

—Pensábamos que eras más listo. Hemos advertido que has sido descuidado con esta última chica. No es suficiente. La queremos a ella.

Sin nombrarla el chico supo de quién se trataba. Aquella revelación le cayó como un jarro de agua fría.

—Sabemos que te gusta —siguió hablando la joven, que todavía no había cambiado de posición—, pero es necesario para llevar a cabo nuestro gran proyecto.

—Ella es inocente —repuso el muchacho. Juntó las manos como si estuviera

rezando, o tal vez suplicaba ante todos los que había en la habitación—. Yo encontraré a otra.

—¡No! —gritó la chica joven—. Ella es culpable. Le dimos la oportunidad de salvarse y no bebió del cáliz divino.

Él gimoteó y dos lágrimas cayeron sobre la colcha.

—¿Acaso no eres tú el ángel exterminador? —siguió hablando ella.

—Sí —contestó afligido.

—¿Por qué lloras ahora? Siempre has sido el más débil de los tres —objetó la chica.

—Porque ella es especial.

—¿Por qué eludes tu responsabilidad? —le recriminó la joven—. La necesitamos a ella. Y como la gran Babilonia, también caerá.

El muchacho se fue encogiendo sobre sí mismo hasta que sus huesos no dieron más de sí. El sudor, mezclado con las lágrimas, le caía por las mejillas. Le dio una arcada, que contuvo cubriéndose con una mano la boca.

—Fue maravilloso. Pude estar a solas con ella —comentó él perdiéndose en los recuerdos—. Me dejó que la abrazara.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó la chica.

—He sido tan feliz...

—Todos hemos hecho sacrificios. Tú no ibas a ser menos.

—Lo sé —musitó.

—Después de Emma ya no habrá ninguna más —sentenció entonces el chico que hasta entonces había permanecido en silencio.

Finalmente el chico asintió y dijo:

—Hágase la voluntad del Padre.

El Diario del Alto Turia

El Asesino del Rosario vuelve a golpear

6-07-2012

Una nueva víctima de *El Asesino del Rosario* fue hallada ayer en la playa de El Saler. La joven, Puri R. C., fue vista por última vez en uno de los locales de ocio de la Malvarrosa. El hecho de actuar tan lejos de donde aparecieron las otras víctimas desconcierta a los investigadores, ya que un cambio de patrón en este tipo de criminales nunca es una buena señal. Crece la inquietud en el resto de la provincia.

La película

Está establecido que los hombres mueran una sola vez.

Hebreos 9:27

Durante el fin de semana estuve vigilada por Niko, pero sobre todo por papá, quien no consentía que fuera sola por la calle. Dani, además, me aconsejó que estuviera unos días en casa hasta que la cosa se calmara. Como él me dijo: «No queremos tentar la suerte y tener un nuevo cadáver que lamentar». Y, sin embargo, a pesar de la amenaza de peligro que se cernía sobre mí, no quería que me condicionara a la hora de hacer mi vida normal. Era muy posible que alguno de los dos asesinos estuviera observando mis pasos, pero no quería darle el gusto de verme atemorizada, si era eso lo que deseaba.

El lunes por la mañana, muy temprano, papá, Ana y Carlota volvieron a bajar a Valencia. Ana tenía una cita con el médico. Hacía casi una semana que no se encontraba bien.

Antes de las once de la mañana recibí una carta certificada de manos del cartero. Me extrañó que el remitente fuera Kike y que la enviara desde una oficina de Godella, cuando él vivía en Valencia. Según el matasellos la había echado el jueves por la mañana, y en el sobre solo había un CD.

Sentía curiosidad por saber qué era lo que Kike tenía que decirme en aquel CD, así que encendí el DVD y me senté junto a Niko en el sofá. En la pantalla aparecimos mi familia y yo en casa haciendo vida normal. Kike nos había grabado en diferentes momentos en la cocina mientras hacíamos la comida, o mientras comíamos o veíamos una película en el sofá. Todo eso fue antes de que Niko y yo nos besáramos por primera vez.

A pesar de la aparente tranquilidad de la película no dejaba de sentir cierto desasosiego a medida que avanzaba. No era solo que Kike hubiera invadido nuestra intimidad, había algo más que no sabía qué era que me producía angustia. El vídeo estaba grabado sin audio, aunque sí que había añadido una música melodramática, que llegaba a su punto álgido cada vez que Carlota o yo nos reíamos. Un sabor agrio me fue subiendo por la garganta, aunque no llegué a vomitar. Tanto Niko como yo permanecíamos tensos. En ciertos momentos no pude evitar llorar.

—No, no —musitaba a la vez que negaba con la cabeza—. No va a pasar.

¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué lloraba y no podía evitar sentirme amenazada por una simple película?

Vi a mi hermana sentada a la mesa mientras yo le daba de cenar el día que Kike quiso declararse, y esa imagen supuso para mí el momento más angustiante de cuantos habíamos visto. Me fui encogiendo y clavé las uñas en el cojín al que permanecía abrazada.

Niko fue el que decidió apagar el DVD antes de que la locura terminara. Al final me había puesto a temblar sin motivo aparente.

—¿Qué está pasando?

—No sé —contestó Niko. Había miedo en su mirada, el mismo que advertí el día que llegué a Valencia y nos adentramos en el bosque.

Me abrazó, y volví a llorar en su pecho.

—Tranquila. —Me acarició el pelo—. Estoy a tu lado y no dejaré que te suceda nada malo.

Asentí. Necesitaba creer que él no tenía nada que ver con toda esa pesadilla. Las dudas me habían perseguido durante el fin de semana, ya que desde que había recibido el mensaje en el móvil no dejaba de pensar que podía tener algo que ver. Incluso me sentía mal porque registré su habitación y busqué entre sus cosas el móvil de Andrea. No encontré nada, cosa que por otra parte me alivió.

—¿No me dejarás sola?

—¿Sabes? «Un mago nunca llega tarde, ni pronto, llega exactamente cuando se lo propone.»

El comentario me hizo sonreír. Aunque quería desdramatizar el momento que habíamos vivido no podía quitarme el mal sabor de boca que sentía. Había utilizado una frase de *El señor de los anillos*, una trilogía que había visto con Nat más de cinco veces. Ella y yo nos sabíamos muchos diálogos de memoria.

—¿Crees que después de que hayas estado evitándome durante estos cinco años voy a dejar que te marches así como así? Ni lo sueñes.

Levanté el mentón para encontrarme con sus ojos. Si me estaba engañando, su mirada decía todo lo contrario. Suspiré cuando él me besó. La felicidad se podía encontrar hasta en los momentos más oscuros. Como decía Niko, solo tenía que estar atenta. La vida consiste en elegir, y yo no quería ser una víctima que llorara por los rincones. Me sequé las lágrimas y esbocé una sonrisa.

Las imágenes que habíamos visto fueron tomadas desde varios puntos de la cocina. Debíamos de tener, como mínimo, tres cámaras escondidas. Pero había varias preguntas que no dejaban de rondarme por la cabeza. ¿Por qué Kike, que estaba bajo sospecha, me enviaba esa película el día del entierro de Belén? ¿Cuándo puso las cámaras sin que nadie sospechara de él? ¿Qué quería decirme con aquellas imágenes que me habían perturbado tanto?

Fue Niko quien buscó las cámaras que estaban ocultas en nuestra cocina. Una vez que las hubo localizado llamamos a Dani para denunciar a Kike y para que se llevaran el CD y lo investigaran.

Dani llegó en menos de un cuarto de hora acompañado de dos guardias civiles más. Niko les indicó dónde se encontraban las tres cámaras. No quisimos tocar nada para no contaminar las pruebas con nuestras huellas digitales.

Uno de los compañeros de Dani pasó de nuevo la película para tratar de averiguar qué era lo que me había provocado tanta desazón. Yo no quise verla de nuevo, así que me senté a la mesa mientras Niko me preparaba una tila.

Advertí que el guardia civil también se ponía tenso y apretaba la mandíbula cuando la música llegaba a uno de sus puntos álgidos. Le estaba pasando justo lo mismo que a nosotros.

Me miró desde el sofá y negó con la cabeza.

—No entiendo qué está pasando —dijo tras ver la película. Se le veía pálido y

estaba sudando—. ¿Te suena de algo esta frase: «Está establecido que los hombres mueran una sola vez»?

—No —respondí.

—Es una cita bíblica, aunque no sé a qué fragmento corresponde —contestó Dani. Tenía una mano en el bolsillo, como si estuviera jugando con el anillo familiar.

—No os preocupéis —comentó el compañero de Dani—. Se la pasaremos a los compañeros de la científica para que la estudien con detenimiento. Esto tardará unos cuantos días. No es tan rápido como lo pintan en la televisión.

—¿Y qué pasará con Kike? —pregunté.

—Ya hemos emitido la orden de arresto.

Durante el resto de la mañana respondimos a las preguntas que nos hizo Dani, mientras sus compañeros fueron recogiendo muestras de las huellas que podrían haber dejado Kike o Nando.

Dani fue el último en marcharse de casa. Se acarició el mentón y se sentó a la mesa cuando Niko le ofreció otro café del tiempo.

—Deberías descansar un poco —me recomendó Dani—. Tienes mala cara.

—No tengo sueño.

Aunque no me había mirado en el espejo, era consciente de que aún tenía que estar pálida. No podía quitarme la sensación de intranquilidad que me había producido ver la cinta.

—¿Iréis al entierro de Belén? —quiso saber Dani.

—Sí, iremos —respondió Niko.

—Entonces deberías convencerla para que durmiera un rato. —Dani señaló a Niko.

—No podría dormirme aunque quisiera.

—Descansa, Emma. —Imprimió a sus palabras una dureza que me dejó perpleja. Y luego me miró a los ojos con una intensidad que hizo que tragara saliva y asintiera con la cabeza—. En tu estado actual es posible que no puedas aguantar la emoción de esta tarde. —Después me cogió de las manos y murmuró con suavidad. El anillo que llevaba en el dedo estaba caliente—. Dime que lo harás.

—Sí, descansaré.

—Cuida de ella. —Cogió una mano de Niko para posarla sobre la mía—. El responsable de esto pagará por ello. No os quepa la menor duda.

Tras estas palabras Dani se levantó y se marchó de casa.

No quisimos llamar ni a mi padre ni a su madre para no preocuparles más de la cuenta. Ana llevaba unos días un poco nerviosa y no andaba muy bien del estómago. El virus parecía que le había afectado más que a papá y a Carlota, pues desde hacía unos días se levantaba vomitando.

—¿Quieres que te prepare algo? —me dijo Niko.

—No tengo hambre. Quizá debería acostarme. Me duele la cabeza.

Niko me acompañó hasta mi habitación y se quedó en la puerta. Me acosté vestida. Ni siquiera tenía fuerzas para quitarme los zapatos.

—¿Quieres que me quede a tu lado?

—Sí —respondí—. Abrazame fuerte.

—Todo esto acabará muy pronto.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido.

Se tumbó a mi lado. Estar junto a él era el mejor calmante que podía tener en esos

momentos. Aspiré su aroma, un olor que se me hacía cada vez más cercano y que echaba de menos cuando no estaba a mi lado.

Acaricié su pecho y él dejó que siguiera. Se estremeció cuando mi mano se deslizó hacia su abdomen. Lo miré a los ojos. Había por mi parte la necesidad imperiosa de sentirme viva, que era justamente lo que experimentaba cuando estaba con él. Lo besé con premura, como si fuera la última vez que estábamos juntos.

—No creo que sea buena idea... —murmuró, aunque por su mirada advertí que estaba excitado.

—No quiero pensar, Niko. Quiero estar contigo. ¿Y si...?

No me dejó terminar la frase. Buscó mis labios y acalló mis pensamientos con ternura. Fue depositando besos sobre mis párpados, sobre mi frente, sobre mis mejillas hasta llegar al lóbulo de mi oreja.

—¡Como deseas, Emma... Emma, me encanta decir tu nombre! ¡Siempre es un «Como deseas» contigo!

Sus manos exploraron con mimo mis pechos. Pude notar también cómo su cuerpo respondía a mis caricias y cómo se erizó su piel cuando mis dedos bajaron hasta línea de su pubis. Gimió en mi oído y yo abrí la boca para atrapar la suya. Buscó en el bolsillo de su pantalón un preservativo y lo dejó encima de la mesilla.

Nos quitamos la ropa con urgencia y nos contemplamos desnudos. Boqueé cuando se inclinó de nuevo sobre mis pechos y fue deslizándose sus labios hasta llegar a mi ombligo, para acabar más abajo. Jugueteó con sus dedos con mi vello. Arquee la espalda y contuve un suspiro cuando mordisqueó mi pubis. Noté que el corazón se me iba a salir por la boca, al tiempo que me estremecía. Le agarré la cabeza para que me mirara un instante.

—Niko, dime que no me vas a dejar nunca.

—Nunca. Te lo prometo.

Lo atraje hacia mí, y hundió la cabeza en mi cuello. Yo moví las caderas para que se acoplara. Lo obligué a que me mirara a los ojos, mientras él asentía con la cabeza. Sentí una ola de placer en lo más profundo cuando nuestros cuerpos encontraron lo que tanto ansiábamos.

Mis piernas y las suyas permanecían entrecruzadas. Yo tenía la cabeza apoyada sobre su hombro y sentía que todos los músculos de mi cuerpo se habían aflojado. Me pesaban los párpados.

—Si me duermo despiértame sobre las cuatro y media —susurré.

A las cinco se celebraba la misa y no quería llegar tarde. Después iríamos al entierro.

—Como deseas.

Cerré los ojos y me dejé llevar por la respiración calmada de Niko. Era como estar a orillas de una playa y escuchar el murmullo de las olas. Había placidez en ese sonido. No quería luchar contra el sueño, así que me abandoné a él.

—Despierta. Estoy contigo, Yasmine —me susurró Niko al oído a la hora convenida.

—Hola. —Entreabrí los ojos.

—¿Te encuentras bien? ¡Has estado intranquila todo el rato!

—Sí, no es nada. —Aunque no era del todo cierto.

Había estado soñando algo que no lograba recordar, pero tenía relación con la película que habíamos visto. De eso estaba segura. Nadie tenía derecho a decidir si tenía que vivir con miedo. No me iba a dar por vencida.

Nos quedamos mirando a los ojos. Podía perderme en su mirada, en ese mar azul que me producía tanta calma, y no cansarme nunca. Habría dado cualquier cosa por quedarme en la cama y no tener que acudir a una misa que no me apetecía.

Él fue el primero en levantarse y tiró de mí.

—Tenemos que darnos prisa. —Me revolvió el pelo.

Agarró los calzoncillos y los pantalones del suelo, y se los puso. Se echó la camiseta al hombro.

—Está bien —afirmé—. Me cambio y bajo en un segundo.

Antes de salir de la habitación, Niko recibió una llamada de Ana. A medida que su madre hablaba a él le iba cambiando la cara. Sus ojos brillaron y esbozó una sonrisa.

—¿Qué sucede? ¿A qué se debe esa sonrisa?

—Parece que viene en camino un mini yo.

—¿Qué?

Niko soltó una carcajada.

—Sí, mamá está embarazada de nuevo.

Suspiré. Al fin una noticia alegre. Ahora entendía lo misteriosos que habían estado papá y ella durante toda la semana.

—¿Y por qué tiene que ser chico?

—Por la ley del Karma. Carlota es como tú, y ahora toca un niño. Así no me sentiré solo.

Le tiré la almohada a la cabeza.

—¡Tendrás queja de mí o de la pequeñaja!

—En absoluto... solo que sois un par de brujas que conspiráis contra mí.

—Anda, sal de aquí antes de que te diga algo de lo que me arrepienta.

—¿Sí? ¿De qué te arrepentirías?

—No sé, de tener un novio tonto y no poder devolverlo porque ya ha vencido el término de garantía.

—Yo también siento que tengas que cargar conmigo, pero te prometo que haré lo posible por recompensarte.

Una vez que me hube quedado a solas, frente al espejo del armario contemplé la imagen que me devolvía el cristal. Unas palabras se colaron de pronto en mis pensamientos: «Tú morirás como las otras. ¿Tienes miedo? Pues aún no temes lo suficiente».

No, me dije que nada de aquello sucedería, aunque no estaba muy segura. El ritmo cardíaco se me aceleró y comencé a sudar. Entonces se me cruzaron otras palabras en rojo unidas a la imagen de una chica que me sonaba de algo: «Eres la pieza que nos falta. Ese es tu destino».

Me temblaron las rodillas, y me sujeté al armario para calmarme. Hice unas respiraciones profundas y poco a poco fui recuperando la tranquilidad.

Niko me sorprendió apoyada en el marco de la puerta del armario. Corrió a mi lado alarmado.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. De repente me han venido unas palabras y una imagen a la cabeza que no sé de dónde han salido.

Por más que tratara de encontrarle una lógica no llegaba a comprender de dónde demonios habían salido aquellas frases que estaban dirigidas a mí.

—Pero ¿lo relacionas con algo?

—No sé... quizá con la película.

Niko se quedó pensando unos segundos. Al momento entendí que él había comprendido qué estaba pasando cuando sus ojos se abrieron.

—¡Eso es! —exclamó—. Cómo no me he dado cuenta antes. Hay imágenes subliminales en toda la película.

Reflexioné sobre lo que me estaba diciendo.

—Tiene sentido, claro.

—Claro que tiene sentido. Son pequeños instantes que han pasado tan deprisa que no nos hemos dado cuenta de que estaban ahí. Pueden manipular la mente de una persona sin que esta tenga consciencia de ello. Son inducciones o a veces sobreimpresiones que no suelen ser captadas conscientemente, a no ser que alguien nos indique exactamente dónde están y en qué consisten. Por ejemplo, el director de *El exorcista*, William Friedkin, empleó técnicas subliminales visuales y auditivas para reforzar los efectos emocionales, como zumbidos de abejas o maullidos de gatos.

—¡Dios mío! ¿Qué hay escondido en ese CD?

Una vez que hube averiguado el porqué de nuestro estado de ánimo mientras veíamos la película, me hubiera gustado volver a verla para saber qué mensajes había escondidos.

—Venga, se lo comentaremos a Dani —dijo Niko—. Pronto acabará esta locura, y la chica de la playa será la última víctima.

El entierro

Cuando somos felices muchas veces no valoramos lo que tenemos. Deseamos que la felicidad se prolongue en el tiempo y hasta esperamos que perdure eternamente. Deberíamos vivirla con intensidad para saber sobrellevar esos momentos en los que el dolor nos sacude de arriba abajo y nos sentimos incapaces de levantarnos. Alguna vez he soñado despierta con la idea de tener el bolsillo mágico de Doraemon o el bolso de Mary Poppins y poder guardar todos los instantes maravillosos que me han hecho feliz. Desearía tener el poder de rescatarlos en algunos momentos. No obstante, la vida se empeña día a día en mostrarnos las dos caras de la moneda. Nadie está preparado para el dolor que causa una pérdida. Y aquel día el dolor golpeaba con dureza cada rincón del pueblo.

Era una tarde mustia de verano. Durante buena parte del día el sol había jugado a esconderse tras unas nubes grisáceas y preñadas de tristeza. En las calles de Caños del Agua se sentía esa calma que precede a una gran tormenta. El pueblo entero había enmudecido y el silencio se hacía difícil de soportar. Las campanas tocaban a muerto, una melodía pausada, unos toques lentos, como si quisieran postergar el momento de despedirse de Belén.

Aunque hacía mucho calor, un escalofrío me recorrió la espalda, y apreté con fuerza la mano de Niko cuando llegamos a la plaza del pueblo. Los vecinos esperaban a que llegara el ataúd en el coche fúnebre.

Cristóbal permanecía al pie de las escaleras. Llevaba una Biblia pequeña en una mano, mientras que con los dedos de la otra iba pasando el rosario. Como siempre, estaba acompañado por la feligresa y su hijo. El gesto de él parecía más contrariado que triste. Se mordía la uña del pulgar y nos miraba a Niko y a mí con desagrado. Aparté la vista de ellos cuando su madre le comentó algo al oído.

Nadie miraba a nadie, y en los ojos se veía más cansancio que pena tras una semana y media de muertes trágicas. Estaba segura de que entre todos los que aguardábamos a que fueran las cinco de la tarde rondaba un mismo pensamiento: ¿sería Belén la última víctima o tendríamos que regresar otra vez a esa plaza para despedir a alguien más? Lo peor era que ese alguien ya tenía nombre propio: mi nombre y mi cara estaban marcados con una señal que no podía olvidar.

El sonido del motor del coche fúnebre me sacó de mi ensimismamiento. Avanzaba tan lentamente por la plaza como el toque de las campanas. El calor sofocante hacía más penoso el momento. La puerta de atrás del coche se abrió. La madre de Belén se tiró sobre el ataúd y se abrazó con firmeza a él. Begoña fue la primera en llorar, la primera en abrir la puerta de las emociones. Las lágrimas expresaban lo que con palabras no se podía decir. Después se sumaron otros muchos.

Apreté la mandíbula para no terminar llorando también y me sujeté del brazo de

Niko. Dejamos que entraran los familiares de Belén. Cuando Dani pasó por nuestro lado nos hizo un gesto con la cabeza y se acercó a nosotros.

—Tengo dos noticias. —Su gesto no dejaba entrever ninguna emoción.

—¿Buenas o malas? —pregunté.

—Me temo que malas. La primera es que Kike ha desaparecido y está en busca y captura. La segunda es que el CD se ha partido y será muy difícil recuperar los datos. El laboratorio informático está trabajando en ello. A ver si tenemos suerte.

Me mordí el labio para provocarme un dolor más intenso del que sentía en el pecho. Deseaba olvidar lo que eso significaba, que pronto vendría a por mí, y si nadie lo impedía yo ocuparía el mismo lugar que Andrea, Belén y la chica de la playa.

Me di la vuelta para coger una bocanada de aire.

—¿Quieres que nos marchemos a casa? —preguntó Niko agarrándome de la cintura.

—No. —Tragué saliva y recompuse como pude una media sonrisa—. Necesito estar un momento a solas. Ahora paso.

Me senté en el primer escalón de la iglesia. Todo el mundo había entrado, y los bancos fueron ocupados. Una urraca se posó a mi lado y giró el pico hacia mí. Era la cuarta vez que me la encontraba. No era muy normal ver ese tipo de pájaros en Caños del Agua, y aunque la gente del pueblo los considerara un signo de mal agüero yo sentía una especial predilección por los córvidos. Eran unas aves que me cautivaban. Parecía que yo también le gustaba y que no se asustaba con mi presencia. Me incliné poco a poco para mirarla a los ojos. Entonces me di cuenta de que llevaba una nota enganchada a la pata. Miré a mi alrededor intentando averiguar de dónde había salido la urraca. ¿Era simple casualidad que se hubiera posado a mi lado o todo respondía a un plan? Últimamente a la diosa Fortuna le gustaba jugar conmigo, porque ¿qué habría pasado si la urraca no me hubiera encontrado a solas en la plaza? Desenganché la nota. Era muy escueta: «Muy pronto estarás junto a Belén».

Me levanté sobresaltada y miré otra vez la plaza, que permanecía vacía y en completo silencio. La urraca alzó el vuelo y la seguí. Corrí por varias calles sin saber si iba en la dirección correcta, con la sangre bombeándome las sienes, hasta que la perdí de vista. ¿Dónde se había metido?

Aquello solo podía significar dos cosas. Por una parte, cabía la posibilidad de que Kike estuviera en el pueblo y siguiera mis movimientos, cosa que cada vez ponía más en duda, y por otra parte, quería decir que había alguien que me conocía muy bien y estaba pendiente de mis pasos. Eso significaba que ni Nando ni su hermano tenían nada que ver en ese asunto de los asesinatos. Me acerqué hasta la casa de la familia de Kike, que permanecía cerrada a cal y canto.

—¿Dónde te has metido?

No obtuve respuesta.

Regresé a la iglesia arrastrando los pies. Rompí la nota en pedazos y la tiré a una papelera. Niko me esperaba en la puerta.

—¿Adónde has ido?

—Necesitaba alejarme un poco de aquí. Me estaba ahogando.

—Es peligroso que andes sola por la calle.

—¿Tú crees? Todo el pueblo está en la iglesia —contesté.

—No todos están aquí. Falta Kike.

No sé por qué no le comenté cuáles eran mis sospechas. No porque desconfiara de él, sino porque aún no tenía todos los datos y no quería precipitarme en mis deducciones.

Pasamos al interior de la iglesia. El calor era intenso, y en un recinto tan pequeño se hacía insoportable. Además de las palabras del cura se oían gimoteos y algún que otro suspiro. Afortunadamente, la misa no fue muy larga. No obstante, quedaba el momento más duro del día. Ir al cementerio a despedir para siempre a Belén.

Sacaron el ataúd entre el padre de la fallecida y varios chicos. Entre ellos estaban Niko, José, Dani, Sergio, Juan, y aunque ninguno lo esperaba, también se unió el carnicero. Ahora ya nadie sospechaba de él.

El coche fúnebre fue el primero en partir hacia las afueras del pueblo. Al cementerio, que estaba en lo alto de una colina, se accedía por un camino zigzagueante. Estaba flanqueado a ambos lados por cipreses, margaritas y flores rosas.

Avanzábamos a trompicones; unas veces nos detenía el llanto de la madre de Belén y otras veces parábamos porque al coche le costaba bordear las curvas de la cuesta.

Las puertas del cementerio estaban abiertas. El coche se detuvo unos minutos antes de entrar. En ese preciso momento sentí una vibración en el bolsillo trasero de mi pantalón vaquero. Alguien llamaba a mi teléfono desde un número oculto. Me retiré unos pasos para contestar la llamada.

—¿Sí, quién es?

Fuera quien fuese quien estaba al otro lado de la línea se mantuvo en silencio. Volví a preguntar quién era hasta que se decidió a hablar.

—Hola, Emma, soy Kike.

—¿Por qué me llamas?

Me retiré aún más para que nadie oyera nuestra conversación.

—Por favor, no me cuelgues y escucha lo que tengo que contarte.

—¿Por qué debería confiar en ti?

—Porque ni mi hermano ni yo somos unos asesinos. Alguien está tratando de hacernos parecer culpables. Sé que quieres estudiar criminología, y Niko siempre nos ha comentado que vas a ser una buena profesional. Eres la única en quien puedo confiar.

—¿Y qué me puedes decir del CD que me ha llegado esta mañana? —le interrumpí.

—¿De qué me estás hablando? —No me dejó que siguiera hablando—. Yo no te he enviado nada. Mi padre no me deja salir de aquí.

Aún no estaba muy convencida de sus palabras. Era mucho más fácil pensar en él como asesino que como víctima de un complot, porque eso suponía admitir que estábamos muy lejos de la solución.

Se me ocurrió entonces una idea. Sabía que Kike había logrado burlar la seguridad del Ministerio de Industria, provocando un desabastecimiento en algunas gasolineras de la provincia. Fue una travesura de adolescente que tuvo que pagar realizando trabajos sociales. Quizá podría ayudarme a averiguar algunas cosas. Tanto si era uno de los asesinos como si no, cualquier paso que diera lo delataría.

—Contéstame a una pregunta. ¿Sabes quién tiene una urraca amaestrada en el pueblo?

—No, no lo sé. —No había titubeado en su respuesta, por lo que casi creí su inocencia—. ¿Es importante?

—Creo que sí. ¿Tienes conexión a internet?

—Sí, pero va muy lenta. ¿Qué quieres saber?

—El jueves por la mañana me enviaron un sobre certificado desde la oficina de correos de Godella. Alguien se hizo pasar por ti y me gustaría saber quién fue. Tiene que ser alguien del pueblo.

—¿Crees que soy inocente?

—No sé aún muy bien qué pensar de ti. Pero ya que me has ofrecido tu ayuda no sé si podrás meterte en los servicios de seguridad y hackear su sistema informático.

Él se mantuvo unos segundos en silencio.

—Me estás pidiendo que cometa de nuevo un delito.

—Exacto. Pero si no me ayudas es posible que ese sea el menor de tus problemas.

Volvió a quedarse callado.

—Veré qué puedo hacer. Aquí no tengo mucha cobertura y tendré que hacerlo cuando mi padre no me vigile.

—¿Cuánto tiempo te puede llevar?

—Si las imágenes de la cámara se vuelcan a un sistema informático, no creo que tenga muchos problemas. Es posible que en unos dos o tres días puedas tener noticias mías. ¿Hay alguna ley más que quieras que me salte?

—No lo sé...

—Me tengo que ir —susurró—. Adiós. Ya te llamaré.

Cuando regresé Niko me preguntó con la mirada quién me había llamado. Begoña y su novio estaban delante, por lo que tuve que mentirle.

—Mamá. Al fin ha dado señales de vida. Ya te contaré después lo que me ha dicho.

El coche volvió a avanzar. El cementerio de Caños del Agua no era muy grande. A la entrada estaban las tumbas y los panteones más antiguos. Había algunas estatuas maravillosas que me llamaron la atención. Mientras caminábamos iba deteniéndome cada pocos pasos para leer los nombres y los epitafios de las lápidas.

Una vez que hubimos dejado atrás las tumbas nos adentramos en la zona de los nichos. Cinco alturas para aprovechar bien el espacio. Todas las lápidas tenían flores artificiales, las cuales duraban más y no requerían tantos cuidados.

Llegamos a la calle donde iba a ser enterrada Belén. Me llamó la atención que al principio de la calle había un nicho sin lápida ni adornos. Sobre el cemento estaba escrito el nombre de la fallecida. Se trataba de una mujer. La fecha correspondía al 25 de abril de 2012.

—¿Sabes de quién es este nicho? —le susurré a Niko.

Él se acercó y miró el nombre de la mujer.

—Es de la madre de José y Dani.

—¿Sabías que el segundo apellido de la madre de José y el primer apellido del padre de Nando y Kike es el mismo? Ambos se llaman Benoit. Parece francés.

—No sabía que fueran familia —repuso Niko con un murmullo—. También era prima del padre de Belén.

Alcé los hombros y nos miramos a la cara.

Dani se nos acercó y posó su mano sobre el cemento.

—Poco después de la muerte de mamá entraron unos vándalos, porque no se les puede llamar de otra manera, y causaron desperfectos en varias lápidas. Una de ellas fue la de mi madre. Si es que no pueden dejar en paz ni a los muertos.

—Vaya, lo siento —dije.

—Gracias a Dios fue un hecho aislado.

Se giró cuando el llanto de la madre de Belén rompió el silencio del cementerio. Todos permanecían de pie, muchos de ellos con un abanico en la mano esperando a que metieran el ataúd dentro del hueco. El carnicero quiso participar en sacarlo del coche. Aquello me hizo pensar de nuevo en el día en que alguien entró en mi habitación. Si el

carnicero estaba de nuevo libre era porque no habían encontrado pruebas que lo incriminaran. Además, de ser él, ¿quién podría ser su compañero?

Una mano rozó mi hombro. Me giré para encontrarme con los ojos de papá. Me abrazó y me besó en la frente.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —respondí.

—Tienes cara de cansada. No me mientas.

Papá todavía no sabía nada acerca del sobre con el CD que había recibido esa mañana, pero ¿cómo explicárselo en medio de un entierro? Ya habría tiempo de hacerlo cuando llegásemos a casa.

Cuando terminaron de sellar el nicho nos fuimos despidiendo y empezamos a bajar hacia el pueblo. Papá sugirió que nos tomásemos un helado en la plaza, donde nos esperaba Ana sentada en un banco a la sombra de un árbol. Carlota se había dormido en el carrito abrazada a mi peluche. Al parecer, más de uno había tenido la misma idea que mi padre, pues las dos terrazas de los bares comenzaron a llenarse.

En cuanto llegamos, Ana se levantó, y Niko la cubrió de besos.

—Esta vez no me falles. —Le hablaba a la barriga de su madre—. Te ordeno que seas un chico.

De repente el murmullo de la plaza fue subiendo de volumen hasta que una mujer llegó hasta nosotros corriendo y visiblemente nerviosa.

—¿Habéis visto a Cloe? La he perdido un momento de vista y no la encuentro.

—No —respondimos Niko y yo.

—¿Dónde está mi pequeña?

Recordé que Cloe tenía más o menos la edad de Carlota.

La mujer se precipitó hacia el otro lado de la plaza y nosotros la seguimos, aunque no éramos los únicos que corríamos detrás de ella. Iba en dirección al río. Aunque ya pasaban de las siete de la tarde, aún sentía el calor abrasador sobre nuestras cabezas.

De repente la mujer lanzó un grito desgarrador, un grito que nos paralizó a todos los que la seguíamos. Al instante supimos que la tragedia había vuelto a cernirse sobre Caños del Agua.

El ángel exterminador

Tras descubrir a Cloe a orillas del río, los que estábamos allí vimos una nueva cara del horror. La niña llevaba un cartel en el cuello que decía: «No toques al niño, ni le hagas nada, pues ahora veo que temes a Dios. En ese monte Yahvé provee».

La multitud quedó paralizada por la impresión y solo Niko salió al rescate de la pequeña. En vista de que no había ningún médico entre los que nos encontrábamos en el río, se atrevió a tomarle las constantes vitales y hacerle la reanimación cardiovascular antes de que llegara la ambulancia.

Como más tarde dijeron los sanitarios, probablemente la rápida actuación de Niko salvó la vida de la pequeña.

Eso me hizo pensar que Cloe no era su objetivo final y que le había perdonado la vida. No me cabía ninguna duda de que era una advertencia, pero ¿a quién? ¿A mí? Tenía que estar preparada para lo que se avecinaba. A decir verdad, estaba muerta de miedo, pero no quería reconocerlo en voz alta.

Niko y yo convinimos en que no le diríamos nada ni a mi padre ni a su madre sobre el tema del CD. Ana llevaba unos días nerviosa, y no queríamos darle más motivos de preocupación de los que ya tenía por ser una mujer embarazada de cuarenta y dos años.

También le comenté lo de la llamada de Kike y que iba a tratar de ayudarnos desde donde fuera que estuviera.

—¿Confías en él? —me preguntó.

—En estos momentos no sé en quién puedo confiar.

Niko se me quedó mirando.

—En ti sí que confío, tonto. —Le di un empujón de broma—. Quería decir de todos nuestros amigos. Ya no sé quién puede ser. Pero ¿quién no nos dice que estos dos asesinos no son un chico y una chica? ¿Y si fueran Begoña y su novio? Nadie sospecharía de una chica.

—¿De verdad piensas que han podido ser ellos?

—¿Y por qué no? Lo que tenemos que descubrir es el móvil. De momento sabemos que los asesinos tienen fijación por los miércoles. Todo empezó ese día de la semana. Por lo tanto, aún podemos adelantarnos a sus movimientos.

—También sabemos que tú eres la siguiente en su lista.

Asentí con la cabeza y traté de ponerle una sonrisa a esa idea carroñera que me hacía sentir cada vez más intranquila.

—Siempre podemos escaparnos el miércoles a Valencia y quedarnos a dormir en casa de mi madre —me sugirió Niko, supongo que porque no logré engañarlo. Al parecer, no le había parecido suficiente la sonrisa que le había mostrado.

—Me gusta tu idea, aunque lo mantendremos en secreto hasta que nos vayamos.

Durante buena parte de la noche del lunes Niko y yo estuvimos analizando todos los detalles que sabíamos de los crímenes. Después de nuestro primer contacto sexual, él y yo decidimos pasar todas las noches en la misma cama. A primera hora de la mañana él se marchaba a su habitación y nos levantábamos cuando Carlota venía a despertarnos a alguno de los dos. Generalmente se decidía por acudir en primer lugar a mi cuarto. Luego juntas íbamos a la habitación de Niko, quien siempre se hacía el dormido y amenazaba a la pequeña con hacerle tantas cosquillas que no iba a parar nunca.

Cuando las pruebas nos llevaron a un callejón sin salida, decidimos acostarnos y dejarlo para el día siguiente.

El martes por la mañana mi padre me llevó al médico para quitarme los puntos de la pierna. Al fin una buena noticia, ya que podría bañarme en la piscina del corral y perderme con Niko en algunas de las cascadas y las cuevas que había por los alrededores del río. Habían pasado ya diez días; la herida tenía buen aspecto y había cicatrizado bien. Al igual que me pasó cuando me cosieron, decidí mirar cuando la enfermera me quitó los puntos.

—Muy bien —comentó la enfermera cuando terminó—. Está todo perfecto.

Si hubiera sido más pequeña, papá me habría llevado a tomar un helado porque, según él, me había portado bien y no había llorado. Sin embargo, regresamos a casa cuando salimos del centro de salud, así que me quedé sin un cucurucho de fresa y nata.

Cuando llegamos a casa, papá se marchó de nuevo porque había surgido una emergencia, y yo fui hacia el corral. Busqué a Niko, pero solo encontré a Ana y a Carlota bañándose en la piscina.

—Emma, mira lo que hago —me dijo mi hermana en cuanto me vio.

Estaba aprendiendo a nadar; ya mantenía la cabeza fuera y el cuerpo a flote.

—¿Te quieres bañar conmigo? —me preguntó Carlota.

—Claro que sí. Me pongo mi bikini de Hello Kitty y bajo en dos segundos.

—Yo también me lo he puesto. —Me sonrió.

A Carlota le gustaba que vistiésemos igual. Ya me había encargado de buscar y comprar ropa expresamente en dos tiendas de Madrid. No había sido fácil encontrar camisetas de tallas tan dispares. A decir verdad, a mí también me gustaba que la gente supiera que éramos hermanas y que nos dijeran lo mucho que nos parecíamos. Durante muchos años soñé con tener hermanos, y ella llegó cuando ya había perdido toda esperanza. De repente, con casi diecisiete años, me iba a encontrar con una familia numerosa.

Cuando subía por las escaleras recibí una llamada desde un número oculto. Me imaginé que sería Kike.

—Tengo poco tiempo para hablar —dijo muy deprisa entre murmullos—. Ayer me comentaste si recordaba a alguien que tuviera una urraca. Haciendo memoria, me he acordado de que hace más de seis años el padre de Belén se encontró tres polluelos de ese pajarraco. Uno se lo quedó él, otro se lo quedó Sara y el último lo tiene Begoña, que creo que hasta le enseñó a hablar.

—¿Has averiguado algo sobre lo de las imágenes?

—Estoy en ello. Tengo poca cobertura y no puedo trabajar como quisiera... —Se calló unos segundos. Oí unas interferencias antes de que siguiera hablando—. Si luego puedo te llamo. Adiós.

No me dio tiempo a darle las gracias. Ahora mi objetivo era averiguar quién o quiénes conservaban ese pájaro sin levantar sospechas. No podía hacer una llamada a mi amiga y preguntarle si tenía una urraca, y más si ella era una de las sospechosas. Logré descubrir por medio de Ana que Begoña aún conservaba la urraca, aunque no supe qué

había sido de la de Sara y la del padre de Belén. Volvía a estar en un callejón sin salida.

Sobre las siete de la tarde recibí un correo de Kike con un enlace a un vídeo que había puesto en Dropbox. Me envió una invitación para que pudiera acceder a su cuenta. ¡Lo había logrado! En el cuerpo del mensaje me comentaba que había visto toda la grabación varias veces, aunque no encontró nada raro, salvo en el minuto ciento veinticuatro. Alguien que parecía un chico evitaba mirar a la cámara y se tapaba la cara con una gorra. Llevaba además una sudadera de manga larga y unos pantalones muy anchos para disimular su cuerpo.

¿Quién llevaría sudadera de manga larga en verano y una gorra que le tapaba todo el pelo y unas gafas que le cubrían los ojos? Era obvio que estaba ocultando algo o que no quería que se le reconociera.

Aun así, le pedí a Kike a través del correo si podía limpiar un poco más la imagen y ampliarla. Su respuesta fue inmediata. Nos comentó que estaba en ello y que podría tardar varias horas.

Niko y yo nos pasamos lo que quedaba de la tarde y buena parte de la noche repasando otra vez el vídeo. La oficina de correos de Godella tenía bastante actividad en verano, por lo que cada pocos minutos teníamos que parar el vídeo para repasar todos los detalles. Cuando visionamos el vídeo dos veces decidimos descansar un rato. Tanto él como yo estábamos agotados y no habíamos sacado nada en claro.

Nos acostamos en mi cama y nos abrazamos.

—Buenas noches —le dije.

—Si es a tu lado, siempre. Los sueños compartidos siempre son mejores.

Suspiré. Me apreté más contra su pecho. Su olor me relajaba tanto que me dormí enseguida.

La luz de la mañana se derramaba sobre nuestras piernas. Me incorporé alterada.

—Joder, nos hemos dormido. —Miré la hora en el reloj de la mesilla, que marcaba las nueve y cinco.

Habíamos olvidado poner el despertador, y en breve vendría Carlota a levantarme. Niko se puso los pantalones vaqueros corriendo y salió por la ventana para llegar hasta el muro del corral y entrar por la puerta de la cocina. No le daría tiempo a salir al pasillo e ir a su cuarto. No queríamos arriesgarnos a que nos pillaran y aún no sabíamos muy bien cómo afrontar el tema con nuestros padres. Nos habíamos enamorado y queríamos estar juntos, pero tal vez ellos no lo entendieran.

—Un solo beso y me marchó.

—¿Qué? —Me hizo sonreír. Me recordó a la escena de Romeo y Julieta en el balcón. Tendría que aprenderme algún diálogo para sorprenderle.

Me dejó helada cuando dijo:

—«¿Qué resplandor se abre paso a través de aquella ventana? ¡Es el Oriente, y Julieta, el sol!»

Parecía como si hubiera leído mis pensamientos.

Me agarró de la nuca y posó sus labios en los míos. Después se dejó caer hasta el muro y saltó al corral.

—Nos vemos ahora —comenté.

—Como desees —respondió tirándome un beso al aire.

Me extrañó que mi hermana no hubiera ido a despertarme y que la casa estuviera aún en silencio. Me puse unos pantalones cortos y salí al pasillo. La puerta de la habitación de Carlota estaba abierta, aunque la de Ana y papá seguía cerrada. Fui al cuarto de mi

hermana y vi la cama vacía. El colchón estaba frío, por lo que debía de hacer un rato que se había levantado. La llamé varias veces, miré debajo de su cama y la busqué en el armario.

—Venga, pequeña, ¿dónde te has metido?

Fui al cuarto de baño por si estaba allí, y también la busqué en el cuarto de Niko, pero no la encontré. Como no recibía respuesta, volví a llamarla, aunque esta vez por su nombre. Ella no contestó a mi llamada. Me estaba poniendo nerviosa. No quería pensar lo peor.

Ana abrió la puerta de su habitación bostezando.

—¿Está Carlota ahí dentro?

—No, ¿por qué?

—Nada. —Esbocé mi mejor sonrisa para no preocuparla sin motivo. Igual eran paranoias mías y me estaba montando una película yo solita.

Bajé las escaleras y me encontré a Niko en la cocina.

—¿La has visto? —musité, y él negó con la cabeza, aunque por el gesto de su cara había algo más—. ¿Qué pasa?

—La puerta de la calle estaba abierta...

Giré la cabeza hacia donde me señalaba.

—¡No, no, no!

—La he buscado aquí abajo y tampoco está.

Tragué saliva y me precipité hacia fuera. Grité su nombre cada pocos metros, aunque mi hermana no respondía a mi llamada. Corrí descalza por las calles sin ninguna dirección fija y me derrumbé cuando llegué a la plaza. Di dos puñetazos al aire. No era a ella a quien querían, sino a mí.

—¿Por qué? —grité y vomité toda la rabia que me subía desde lo más hondo. Me metí el puño en la boca para aliviar el dolor que sentía en esos momentos—. Aquí me tienes, ¿me oyes? Déjala a ella y cógeme a mí.

La sola idea de que alguien le pusiera la mano encima a mi hermana me producía repulsión.

«Por favor, no dejes que le pase nada», repetí tantas veces que perdí la cuenta.

Dos mujeres mayores se me acercaron para saber qué me ocurría, aunque el nudo que tenía en la garganta no me dejaba hablar. Enseguida vino Niko y las despachó como pudo. Me abrazó por detrás.

—Se la ha llevado, ese cabrón se la ha llevado mientras dormíamos. —Me eché a llorar sobre su hombro.

—La vamos a encontrar.

Lo miré. Los dos éramos conscientes de cómo podía acabar todo aquello. Esa vez no tendría piedad como había pasado con Cloe.

—Hay que avisar a Dani —me dije.

Al llegar a casa ya había algunos vecinos preguntando qué pasaba. Ana estaba sentada en el sofá en un estado catatónico. Por mucho que papá le hablara, ella no daba señales de escucharle siquiera. Se limitaba a mirar a la puerta de la calle, como si con ese gesto fuera a conseguir que alguien le devolviera a su hija.

Dani llegó sin uniforme acompañado de dos de sus compañeros.

—Vamos a organizar una batida por el bosque con la gente del pueblo —comentó mientras los otros dos guardias civiles tomaban nota.

En cuanto la noticia corrió por el pueblo la gente se fue acercando hasta nuestra casa para colaborar en la búsqueda de mi hermana. ¿Quién de ellos sería el que nos estaba

engañando? ¿Quién sería tan ruin como para llevarse a una niña de tres años y medio?

Cristóbal llegó al rato acompañado solamente por su beata. Se sentó al lado de mi madrastra para infundirle ánimos.

—¡Estamos en manos del Señor! Estoy seguro de que la pequeña Carlota está bien.

Ana asintió, aunque yo no tenía muy claro si se había enterado de lo que le había dicho Cristóbal.

Respiré y traté de pensar con claridad. Tenía que actuar con sangre fría si quería recuperar a mi hermana. Antes de marcharnos, subí a mi habitación y le envié un correo muy rápido a Kike. En el mensaje le explicaba que el asesino había vuelto a actuar y que se había llevado a Carlota de casa. Le pedí, además, que se diera prisa en el tema de la foto. También le comenté que para cualquier cosa que tuviera que decirme me llamara al móvil.

Tras preparar varias mochilas con bocatas, agua y refrescos, nos encaminamos hacia el bosque. Hicimos varios grupos para aprovechar mejor la mañana y para cubrir todos los lugares. En mi grupo estábamos Dani, su hermano, Niko, Begoña, Juan, y algunos amigos más.

La mañana fue pasando sin ningún resultado. De vez en cuando le echaba un vistazo al móvil sin que nadie me viera. Esperaba que Kike hubiera recibido el mensaje y que se hubiera puesto con lo que le había pedido. Por otra parte, Niko y Dani estaban en contacto con otros grupos, pero, al igual que nosotros, seguíamos sin obtener resultados.

Alrededor de la una del mediodía paramos un rato a comer. A mí no me entraba ni un bocado, por lo que Niko me obligó a que por lo menos no dejara de beber.

—Por favor, Emma, bebe —me dijo cuando mis labios rozaron levemente la boca de la cantimplora.

Apenas cruzamos más palabras durante la mañana. Dani nos recomendó regresar a casa para reponer fuerzas y volver sobre las cuatro. Nadie aceptó su propuesta, y seguimos buscando.

A media tarde Begoña nos propuso hacer dos grupos de cuatro. Yo me fui con ella, con su novio y con Dani. Niko se separó porque tuvo que acercarse al pueblo, ya que papá lo había llamado. Tanto él como yo solo deseábamos que Ana estuviera bien y que el bebé no sufriera por ese contratiempo.

—¿Y si estuviera en Campillo, en la Casa del Amo? —dijo de repente Begoña—. Estamos muy cerca. En poco menos de una hora podemos llegar.

—Sí, no estaría mal mirar allí —comenté—. Creo que ningún grupo ha estado en Campillo.

La Casa del Amo era una antigua vivienda bastante grande que estaba en lo alto de una montaña rodeada de algunas casas que apenas se sostenían en pie. Hubo un tiempo en que Campillo fue una aldea de Caños del Agua, donde había una era y se molía el trigo en el molino de la Casa del Amo.

Para llegar hasta Campillo teníamos que ir por un camino sin asfaltar que usaban los pastores. La noche se nos echaría encima si no conseguíamos dar con Carlota. Mientras subíamos había un tema que no dejaba de atormentarme. ¿Cómo había logrado entrar el asesino por la puerta? Llegué a la conclusión de que quien hubiera sido había conseguido de alguna manera la llave de casa. Entonces recordé el día que alguien se coló en mi habitación. ¿Y si todo había sido una maniobra de distracción? Me retiré un poco y llamé a Niko. Como no me cogía el teléfono le envié un WhatsApp en el que le preguntaba: El día en k apareció muerta Andrea y fueron Kike, Nando y José a casa, ¿salió alguien de tu habitación aunk solo fuera para ir al lavabo?

Me contestó enseguida: Deja k lo piense. No lo recuerdo bien.

Estaba atardeciendo cuando llegamos a Campillo. Begoña venía conmigo, y Dani y Juan se fueron por otra parte. Mi amiga y yo nos encargamos de mirar en el viejo molino mientras ellos miraban en la casa.

—Parece que aquí no hay nada. Hace tiempo que nadie ha entrado aquí —dijo Begoña.

De repente un grito desgarrador llegó desde el interior de la casa. Juan salió gritando hacia la puerta, porque Dani había sufrido un desmayo.

—Hay que llamar a la policía y a la ambulancia —dijo Juan alterado—. Aquí no tengo cobertura y apenas me queda batería.

—A mí se me ha muerto el móvil —replicó Begoña.

—Está bien, me alejaré unos metros para intentar llamar —repuse.

Me distancié de la casa sin perder de vista la puerta. No tenía muy claro si eso no sería una argucia de mi amiga y su novio. Cuando el móvil me dio señal hice esa llamada a la policía. En el impasse en el que no tuve cobertura me había llegado un mensaje de Niko. Antes de abrirlo oí gritar a Dani, que al parecer había recobrado el conocimiento.

—La hemos encontrado —dijo Dani—. La niña está aquí.

Entonces suspiré. Abrí el mensaje.

—«¡Cayó, cayó la Gran Babilonia! —murmuró alguien a mis espaldas—. Se ha convertido en guarida de demonios, en refugio de espíritus inmundos, en nido de aves impuras y asquerosas.»

El estómago se me encogió al reconocer la voz. Al ver en el móvil el mensaje de Niko lo entendí todo: detrás de mí estaba uno de los asesinos, y dentro de la casa se encontraba el otro. Entonces me di cuenta de lo estúpida que había sido. Mi hermana había sido un señuelo para atraparme. Me giré hacia él. Había caído en la trampa. No tenía escapatoria si me decidía a correr. Me encontraba muy próxima a un barranco.

—Si gritas te empujaré y caerás —aclaró al tiempo que se quitaba las gafas de sol.

Me encontré con una mirada cargada de ira. La reconocí inmediatamente, a pesar de que su color no correspondía con el negro profundo que yo conocía. Di solo un paso atrás.

—¿Por qué?

—Soy el ángel exterminador —respondió lanzando el puño hacia mi cara.

Mientras caía al suelo solo oí que Begoña y Dani gritaban el nombre de Carlota. Perdí el conocimiento sin saber si mi hermana seguía con vida.

Todo el mundo miente

Recuperé la conciencia antes de llegar a donde fuera que me llevaba. El dolor era tan intenso que me había devuelto a la realidad. Me dolía mucho la mejilla izquierda. Al instante supe que moriría en muy poco tiempo. Iba en el maletero de un coche que olía francamente mal. Tenía las manos atadas a la espalda y un trapo en la boca sujeto con cinta aislante. Traté de liberarme, aunque fue en vano porque la cinta que rodeaba mis muñecas se clavaba en mi piel y me provocaba heridas.

Escuché dos veces una canción en inglés que decía algo así como: «El por qué quiero que te mueras, muerte lenta, decadencia abismal, chaparrones que te limpian de tu vida, forzado, como ganado, corres, desnudo...». No conocía al grupo, aunque parecía música thrash metal.

Cerré los ojos y traté de no oponer resistencia al traqueteo del coche. En aquellas circunstancias no podía hacer nada salvo esperar el siguiente movimiento. Ahora solo me quedaba la esperanza de que mi hermana estuviera bien.

Repasé mentalmente todos los detalles que conocía hasta el momento. Había perseguido varias pistas, aunque ahora sabía que eran falsas, y por lógica solo había encontrado puertas cerradas. El miércoles era la clave de todo. Las pruebas nunca mentían. ¿Qué pasó ese día de la semana para querer matar a tantas chicas? No obstante, el cansancio no me dejaba pensar con claridad.

Debimos de circular unos quince minutos más antes de llegar a nuestro destino. Un frío me recorrió la espalda cuando se abrió la puerta del maletero. Habíamos llegado a una casucha perdida en la montaña. Yo busqué su mirada para preguntarle por qué hacía todo aquello, aunque enseguida giré la cara, porque sus ojos mostraban tanta cólera que me dio miedo provocarlo.

Me agarró de los brazos y me sacó sin ningún miramiento. El viento de la noche gemía a nuestro alrededor, y tuve la sensación de que me azotaba con furia los brazos y las piernas. Me empujó y caí de rodillas al suelo. Al levantarme por el cabello solté un grito ahogado y se me saltaron las lágrimas. Un hilo de sangre fue bajando por mi pierna. Me dolía bastante la rodilla derecha, aunque ese era el menor de mis problemas. Me arrastró del pelo prácticamente hasta la entrada y volvió a empujarme cuando abrió la cueva de los horrores.

Una bofetada de hedor me tiró hacia atrás. Me hizo girar sobre mí misma a oscuras en aquella habitación y luego me dejó a solas. Me sentía desorientada y no sabía ubicar dónde estaba la puerta. En cuanto regresó encendió un interruptor, y parpadeé varias veces para acostumbrarme nuevamente a la luz.

Me había estado mentalizando para esperar cualquier cosa, pero ni en mis peores pesadillas hubiera imaginado una monstruosidad como la que hallé dentro de aquella casa.

Creo que si tuviera que describir el infierno sería algo parecido a lo que descubrí al entrar por la puerta. Si en el maletero el olor era desagradable, dentro de aquella habitación se hacía inaguantable. Estuve a punto de vomitar, aunque logré contener las arcadas, porque lo contrario no era mejor. Tenía una mordaza en la boca que me impedía expulsar cualquier alimento.

Había serrín en el suelo y un montón de animales disecados en posturas inimaginables colgados de las paredes y del techo. Reparé en dos lobos colocados en una mesa con la boca abierta y los colmillos preparados para abalanzarse sobre un caniche que parecía suplicar clemencia. También vi varios gallos de pelea enzarzados, y un gato que sostenía una rata en la boca.

Tuve la impresión de que todas las figuras disecadas eran parte de un teatro funesto y que cada pieza cumplía una misión dentro de aquel horror. Un murciélago colgado del techo salió a mi encuentro cuando volvió a empujarme. Sus ojos vidriosos y su mueca siniestra hicieron que me sobresaltara.

Pasamos a otra habitación más pequeña, un lugar que reconocí inmediatamente. Allí había estado Andrea. Le eché un vistazo rápido antes de que él me sentara en una silla. Había varios objetos en el suelo, desde una olla que contenía restos de comida, hasta un orinal de loza. Ató mi torso a la silla con cinta aislante y se encaminó hacia una mesa donde había una tele y un DVD.

No sabía qué pretendía, así que me preparé para lo peor. Enseguida vi la película que deseaba mostrarme, pero esa vez podía advertir mucho mejor qué era lo que había escondido en ella. Tragué saliva y mordí el trapo que llevaba en la boca.

Todo el mundo tiene secretos, solo hay que descubrir cuáles son. Los de José y Dani estaban en aquella película. Las primeras imágenes, que José se encargó de que viera a cámara lenta, me mostraron a su hermana Sara besándose a escondidas con el padre de los trillizos. Estaban en un coche; él la manoseaba y a ella parecía gustarle. Sara era una menor que se estaba viendo con un hombre casado, primo de su madre. Además de las escenas también leía frases que iban dirigidas a mí. Reconocí solo dos de ellas; de las otras no tenía ni idea, porque debían de ser citas bíblicas. La música que acompañaba las imágenes me resultó aún más angustiada que la primera vez que la escuché.

Cerré los ojos para no ver más aquella película, pero José me abofeteó y me apretujó el mentón para que la siguiera viendo.

Mientras José se empeñaba en que viera la película me pregunté dónde estaría Dani y qué estaría haciendo en esos momentos.

Sara corría por el bosque, huyendo de algo. José llevaba un cuchillo en la mano y se abalanzó sobre su hermana, quien quedó desmadejada en el suelo. La cámara se fue acercando hasta centrarse en la mirada perdida de ella. De repente la película se tornó negra al mismo tiempo que la habitación se quedó a oscuras. Pasaron varios segundos hasta que el foco que llevaba José en la mano me deslumbró, haciéndome daño en los ojos.

La película aún no había terminado, y volví a centrarme en ella para no provocarlo. Sara estaba tumbada desnuda en el suelo mugriento. Una mano que se asemejaba a una garra la cogió del brazo y la arrastró por un pasillo muy largo. Aunque no oía sus gritos, sí que los sentía muy dentro. Su mueca de desesperación sería una de las últimas cosas que vería en mi vida. Lloré por ella, por mí, porque muy pronto yo sería la próxima víctima. La película terminó con una fecha: 25/03/2009.

De pronto se me encendió una lucecita. La madre de José y Dani murió un miércoles, el 25 de abril de 2012. Sé que fue ese día porque fui a ver *Los vengadores* en un

pase especial con mamá, Roberto y Nat. Y mucho me tendría que equivocar para que la fecha que me mostró la última imagen del CD no cayera también en miércoles.

Creo que todos esos asesinatos tenían que ver con su hermana y con la relación que mantuvo con el padre de los trillizos. Quizá las citas bíblicas tenían como objetivo mostrarnos cómo iba a terminar la obra que habían empezado José y Dani.

José me arrancó la cinta que llevaba en la boca y escupí el trapo que no me dejaba hablar al suelo. Hice varias respiraciones antes de recuperarme. Tenía los labios secos y la sed me removió el estómago provocando que un hilillo de bilis me subiera por la garganta hasta llegar a mis labios. Me limpié la boca con el hombro derecho.

—Gracias... por el mensaje. —Me callé unos segundos y pensé en qué decirle para no provocar su ira. De los dos hermanos, creí que José era el brazo ejecutor, de ahí que se autodenominara «el ángel exterminador». Por lo tanto, era el más débil de los dos y al que podía convencer de que me dejara libre. Se había tomado tan en serio su papel que llevaba unas lentillas de color azul. No sé de dónde había sacado la idea de que los ángeles tenían los ojos de ese color—. Por abrirme los ojos con la película.

José alzó la mirada al techo, y yo seguí la dirección de sus ojos. Hubiera dado cualquier cosa por saber qué era lo que contemplaba con tanto embeleso.

—No es nada personal. Cuando el Padre habla yo obedezco.

—Eso hacen los buenos hijos.

—Tú no lo entiendes.

—Me gustaría que me lo explicaras, por favor.

Él giró lentamente la cabeza hacia mí. El gesto de su cara me reveló que estaba sorprendido.

—No eres como las demás.

Me mantuve callada, aunque por dentro temblaba. Tenía que controlar el movimiento de mis rodillas para parecer que estaba serena. Si yo no era como las demás, eso quería decir que le molestaba que las chicas suplicaran y que le interrumpieran cuando estaba diciendo algo importante. Era posible que le gustaran las mujeres sumisas, así que dejé que siguiera hablando.

—Ella no accedió nunca a acatar el consejo del Padre. Siempre iba por su cuenta. Era una ramera. ¿Entiendes? Le advertimos que no podríamos hacer nada por ella de seguir por ese camino. Estaba cometiendo incesto... mamá nos dijo quién era su padre realmente. Madre fue la primera en pecar, en engañar a nuestro padre para que se casara con ella. —Se sentó a mi lado y apoyó la cabeza sobre mis rodillas—. Cuando supimos qué estaba ocurriendo, madre nos comentó que íbamos a ser castigados todos por culpa de Sara. No podíamos consentir que rompiera un matrimonio. Su hijo iba a tener la marca del diablo, un niño que provocaría el apocalipsis. Él abriría las puertas y vendrían los cuatro jinetes. —Se calló y giró la cara hacia mí—. Pero ahora tiene una nueva oportunidad. Ella entrará limpia de pecado en el reino de los cielos y se sentará a la derecha del Padre. Vosotras aún no lo habéis entendido, aunque tampoco esperamos que lo entendáis. El Padre os ha elegido a vosotras.

—Gracias por dejarme ser parte de vuestra obra —murmuré.

José me acarició un muslo. Sentí repulsión, aunque le mostré una sonrisa.

De pronto se arrastró por el suelo a dos metros de mí y se quedó en un rincón. Se cubrió la cara con las manos y comenzó a sollozar.

—«Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz...»

Tenía que aprovechar la ventaja de que José estuviera con la guardia baja antes de

que viniera Dani, porque con él entonces no tendría ninguna posibilidad de escaparme. Estaba dudando, y yo era el motivo por el que dudaba. Recordé lo que dijo Jesús en el Huerto de los Olivos. Solo esperaba que me diera la oportunidad de decirlo y adelantarme.

—¿Quién lo hará? —pregunté.

José alzó la mirada sin levantar la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—¿Quién llevará a cabo la obra del Padre? —dije.

Titubeó antes de contestarme.

—Él.

Bajé los párpados y apenas negué con la cabeza.

José volvió a acercarse a mí e hizo que lo mirara a los ojos.

—Que no se haga mi voluntad, sino la suya —comenté ladeando la cabeza.

Parecía que aquello desmontaba un poco el discurso que se había aprendido.

—Lo siento.

—No pasa nada. Es la voluntad del Padre. —Me mordí un labio, inspiré profundamente, porque no estaba segura de hasta dónde podría llegar con él, y seguí hablando—. Esperaba que fueras tú. Eres el ángel exterminador.

—«Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz...»

—Hazme un favor —esperé a que José reaccionara—, cuando llegue el momento quiero que estés a mi lado y me mires a los ojos.

Titubeó.

—«No puedo hacerlo, Padre.» —Se secó el sudor de la frente y pasó sus dedos por mi mejilla hinchada.

—Somos instrumentos en manos de Dios, José. ¿Qué podemos hacer contra la voluntad del Padre?

Se levantó del suelo y fue hasta la puerta. Estuvo buscando algo y permaneció unos segundos quieto. Me puse tensa, porque confiaba en que a Dani no le hubiera dado tiempo de llegar todavía.

—«No toques al niño, ni le hagas nada, pues ahora veo que temes a Dios. En ese monte Yahvé provee.» —Su voz cambió de grave a aguda, transformándose en la de un niño—. Dios proveerá.

Se acercó de nuevo a mí por detrás. No sabía qué iba a hacer. ¿Y si la había fastidiado antes de tiempo y me mataba antes de que llegara su hermano? Le había dicho que prefería que lo hiciera él en vez de Dani. Sin embargo, José me sorprendió y rompió la cinta aislante que aprisionaba mis manos y que me mantenía atada a la silla. Permanecí sentada, inmóvil, a la espera de que él me dijera qué tenía que hacer. Miré de reojo a ambos lados de la silla para ver qué hacía. Se sentó a mi lado, posando su cabeza sobre mi regazo. Aún llevaba el cuchillo en la mano.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —quise saber acariciando sus cabellos.

—¿Vendrías conmigo?

—Sí —le dije sin titubear—. ¿Adónde?

Con un movimiento rápido de muñeca colocó el cuchillo en mi garganta. Contuve la respiración.

—¡Me estás engañando! ¡Eres como las demás!

El corazón me dio un vuelco, pero lo peor era que de un momento a otro José se daría cuenta de que estaba haciendo verdaderos esfuerzos para no temblar y ponerme a llorar.

—No, José —conseguí que mi voz sonara segura y firme—. No te estoy engañando. Si no me crees átame de nuevo o mátame ahora.

Junté mis muñecas y las coloqué por delante para que me volviera a atar bajando mi cabeza en señal de sumisión.

—Hágase la voluntad del Padre —murmuré.

—¿De verdad harías eso por mí?

Asentí con suavidad sin despegar la mirada del suelo. Aún mantenía las muñecas juntas. Aproveché para mirar de soslayo hacia la derecha para saber a qué distancia se encontraba la olla que había en el suelo, aunque estaba demasiado lejos para alcanzarla. Giré la mirada hacia el otro lado y advertí que el orinal estaba más cerca de lo que creía.

José se aproximó un poco más a mí. Cerré los párpados, pero no por mucho tiempo. Estaba casi segura de que de un momento a otro me mataría. Sin embargo, me agarró del mentón y me besó. Fue un beso torpe y, aunque me pilló por sorpresa, le correspondí.

—Vamos —me comentó girándose hacia la puerta.

Tanto él como yo habíamos oído un ruido. Dani estaba llegando en coche. No obstante, no me lo pensé dos veces, era ahora o nunca. Agarré el orinal con la mano izquierda. Tenía menos de un segundo para aprovecharme de la ventaja. Le golpeé en la cabeza con fuerza. José no tuvo tiempo de girarse, y yo volví a golpearlo antes de que reaccionara. Cayó al suelo como un fardo, con los párpados abiertos.

Descargué toda la rabia que sentía en los golpes sucesivos que le propiné en el cuerpo hasta que el orinal se rompió.

Me levanté tambaleándome y salí de la habitación. Dani acababa de aparcar. No me daría tiempo a escapar por la puerta. Volví al cuarto pequeño y advertí que bajo la alfombra que cubría una parte del suelo sobresalía una trampilla. Arrastré la alfombra para poder abrirla y entrar por ella. Unas escaleras estrechas me llevaron hasta una puerta. Mientras bajaba el olor nauseabundo se hacía más insoportable. Llegué hasta una estancia más pequeña que las dos que había arriba, iluminada por una vela. Había una cama y parecía que había alguien durmiendo en ella.

Agucé el oído para saber qué estaba haciendo Dani. Cuando supe que bajaba por las escaleras me escondí debajo de la cama.

Sombras

Dani estaba bajando por las escaleras, y yo me sentía cada vez más atrapada en una tela de araña de la que no podría escapar. No lo veía, pero sí oía sus pasos pesados. Su sombra alargada se recortó en la puerta. Ya estaba dentro de aquel zulo. En lo único que pensaba era en que la persona que permanecía en la cama estuviera durmiendo y no hubiera notado mi presencia. De no ser así estaba perdida.

—Buenas noches, madre —dijo Dani.

Me quedé helada. ¿Hablabo realmente con su madre? No podía ser. Ella estaba muerta.

Se acercó a los pies de la cama. Podía ver sus zapatos.

—Me sentaré a tu lado.

Tragué saliva. Se me estaba haciendo insoportable respirar aquel aire, que me provocaba unas ganas tremendas de vomitar. Olía a descomposición, y con cada bocanada de aire que tomaba la peste se colaba por todos los poros de mi piel. Permanecí quieta y con la mano en la boca para aguantar las arcadas.

—Madre, hemos tenido un problema. —Se calló unos segundos para coger aire—. No me grites. José está arriba. Es cierto lo que acaba de decirme el Padre. Tu hijo ya no podrá finalizar nuestra obra.

¿De qué demonios iba todo aquello? ¿No se suponía que la madre de Dani estaba muerta? ¿Con quién hablaba?

—Los caminos del señor son oscuros. Madre, ella lo ha engañado, pero se recuperará, como Sara.

¿Dónde se suponía que estaba Sara? Todo el mundo en el pueblo pensaba que estaba muerta desde hacía tres años.

—Parece ser que la chica ha escapado y ha engañado a tu hijo —habló de nuevo.

Respiré durante unos segundos con tranquilidad. La madre no me había visto esconderme debajo de la cama. Solo tenía que permanecer quieta y controlar las ganas cada vez más acuciantes de vomitar.

—Madre —dijo entonces una voz de chica—, nos tenemos que ir. Nos están buscando.

Busqué con la mirada dónde podía estar esa persona en la que no había reparado cuando entré en la habitación. En un rincón había una sombra, pero no distinguí de quién se trataba. Desde luego no se movía. Volví a sentir la necesidad urgente de vomitar, además de sentir la boca muy seca. El calor que hacía en aquel cuartucho no me ayudaba en nada.

—¡No! —gritó Dani—. Madre dice que adónde vamos a ir. Ella sabe que este ha sido nuestro hogar, pero si no nos marchamos ahora no podremos salvarte.

La cabeza estaba a punto de estallarme, y un regusto amargo me subió del estómago

hasta la garganta. Me esforcé en recordar algún momento feliz que había pasado junto a Niko para no delatarme. Sí, mis últimos pensamientos eran para él. Deseaba que se hiciera realidad nuestro pacto tácito según el cual: «Un mago nunca llega tarde, ni pronto, llega exactamente cuando se lo propone».

—¿Adónde vamos a irnos? —sollozó la chica.

—Lejos, madre, lejos. El Padre proveerá.

Tras unos segundos en silencio, Sara volvió a hablar.

—¿Por qué el Padre no me habla? ¿Dónde está la chica? —Su voz fue subiendo de volumen—. ¡Me prometiste que la tendrías! ¡Eres un inútil!

—¡Cállate, zorra! —soltó Dani—. Si hubieras sido una buena hija no estaríamos así.

Me tapé los oídos con ambas manos para no oír la voz estridente de Sara. No solo me resultaba insoportable, además me producía escalofríos.

Dani se alejó hacia el rincón donde estaba Sara. Oí un golpe seco.

—¡No me pegues! —espetó Sara.

—No mereces todo el esfuerzo que hemos hecho por ti. ¿Es así como nos lo agradeces?

Volví a percibir otro ruido seco, como el desgarrar de un vestido. Algo cayó al suelo. Traté de averiguar qué era. Dani se agachó y yo me fui encogiendo para no revelar mi escondite.

—Lo siento, Dani —gimoteó Sara—. Me portaré bien.

Dani volvió a acercarse a la cama. Arrastraba algo por el suelo. Entonces advertí qué era lo que había caído al suelo. Se trataba de una pierna. Entonces entendí qué estaba sucediendo en aquella habitación. Sara estaba muerta, y Dani había cogido una extremidad, que era la pierna de una de las chicas asesinadas. Al parecer estaba recomponiendo a su hermana con varios miembros. Dani imitaba la voz de su hermana. Realmente estaba loco. Ahora entendía por qué había tantos animales disecados en la habitación de arriba.

¿Qué era yo si no? Era la última pieza.

Abrí los ojos y me tuve que morder el labio para no terminar gritando. Me cubrí la boca con las manos, porque era la única manera de no llorar. Solo quería que terminara de una vez aquella pesadilla, regresar a la comodidad del sofá de casa y ver una nueva película con Niko.

No obstante, a pesar de los esfuerzos que hice terminé vomitando.

—¡Ella está aquí! —chilló Sara.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —preguntó Dani.

El corazón se me encogió. Me deslicé hacia el cabecero de la cama. Busqué con la mano un orinal o algo con lo que pudiera defenderme. Era cuestión de segundos que me encontrara. El corazón me palpitaba cada vez más deprisa.

Dani volvió a agacharse. Aunque estaba oscuro advertí que su mano reptaba como una serpiente y me buscaba. Me arrastré hasta el otro lado de la cama y salí como pude. Una vez en pie se me ocurrió empujar a la madre, que cayó como un saco pesado hacia donde estaban Dani, el cuerpo descompuesto de Sara y los miembros cercenados de las chicas asesinadas. Estaba tan delgada que no me fue difícil lanzarla fuera del colchón.

—¿Qué has hecho, zorra? —dijo Dani—. A mí no lograrás engañarme.

Me extrañó que no gimiera ni se lamentara por el golpe. Entonces me di cuenta de que en realidad estaba embalsamada y que solo él la «escuchaba». Dani la recogió del suelo y la colocó de nuevo sobre la cama. Aproveché la ventaja que me proporcionó su maniobra para salir de allí. Cuando alcancé la puerta de la habitación, la cerré con un golpe de tacón y

subí los escalones de dos en dos. Dani iba detrás de mí. Me estaba alcanzado, y yo estaba a punto de llegar a la trampilla. Solo necesitaba salir y colocar una silla sobre ella.

—Cumplirás la obra del Padre. No te escaparás.

Me agarró del tobillo y tiró de mí hacia él. Le pegué una patada en la cara con la pierna que tenía libre, pero no me soltó. Se me clavaba el anillo que él llevaba en un dedo.

—¡Suéltame! ¡Estás loco!

Volví a darle otra patada, que lo desestabilizó. Entonces rodamos los dos por las escaleras, y él cayó como a un metro de mí. Me hice daño en el tobillo que me había sujetado, pero no podía permitirme el lujo de quedarme a ver cuál iba a ser el próximo movimiento de Dani. Se levantó con dificultad del suelo y cayó de rodillas.

Me lancé de nuevo hacia la escalera.

—¡Emma, no me dejes así! —me ordenó.

Llegué jadeando hasta arriba. José permanecía tendido, pero consciente, y parecía decirme con la mirada que no saldría con vida de aquella pesadilla.

—¡No, no! —le grité—. Voy a salir de aquí. Ni tú ni tu hermano me lo vais a impedir.

Cerré la trampilla. Empujé la silla en la que José me había atado y después le agarré del brazo y tiré de él hasta colocarlo al lado de la silla. No supe cuánto pesaba, pero cada pequeño paso que conseguía dar me suponía tanto esfuerzo que gritaba de rabia y apretaba los dientes. Saqué fuerzas de donde no las tenía para conseguir llegar hasta la silla.

José quedó como una marioneta desmadejada. Vomité de nuevo por el esfuerzo que había hecho.

Salí de la habitación pequeña y logré alcanzar la puerta de la calle. Sin embargo, estaba cerrada con llave y las pocas ventanas de la casa tenían rejas.

—¡Quiero salir de aquí! —Golpeé con los puños en el marco—. ¿Por qué no me dejáis salir de aquí?

Tuve que regresar de nuevo al cuarto pequeño para buscar las llaves en los bolsillos de José. Él me pidió agua.

—Ayúdame —me suplicó a continuación. Le costaba moverse.

—¿Dónde están las llaves de la casa?

José permaneció callado.

—Si tú me dices dónde están yo te daré agua.

—¡No le hagas caso! —gritó Dani desde el otro lado. Había conseguido recuperarse y pegaba empujones a la trampilla.

—Yo confiaba en ti. —Parpadeó con dificultad.

—Él no iba a dejar que cumplieras la voluntad del Padre —respondí—. Dime, ¿dónde están las llaves?

José no contestó; se limitó a observar la puerta con una mirada vacía de todo sentimiento. Poco a poco fue cerrando los ojos y me dejó con las palabras de Dani. Me senté a su lado para hacer algo más de peso.

—¡Emma, déjame salir!

—Cállate, no saldrás de aquí —le contesté tras más de un minuto repitiendo lo mismo—. Es inútil que sigas empujando porque estoy sentada sobre ti.

—Tú tampoco —contestó con la voz un poco más calmada—. ¿Qué vas a hacer ahora?

Tenía que pensar qué iba a hacer. Dani seguía hablando, aunque yo ya no prestaba atención a lo que decía. Necesitaba encontrar una barra metálica o algo similar para hacer

palanca en la puerta y poder abrirla.

—¿De verdad ha valido la pena matar a todas esas chicas?

Me levanté sin hacer ruido y busqué por el pequeño cuarto.

—¿Cómo si no iba a llegar mi hermana hasta el Padre? Ella es una pecadora. La voluntad del Padre era volver a tener a su hija como él la recordaba.

Regresé a la alfombra y le contesté desde allí. No tenía que saber que me estaba moviendo por la habitación.

—¿Pretendías resucitarla acaso?

—¡Era mucho más que eso! ¿Aún no lo has entendido? Solo necesita volver a ser la de antes para presentarse ante el Padre. Le hemos dado una oportunidad detrás de otra, aunque ella se empeña en defraudarnos siempre.

En la habitación grande hallé una azada. Los ojos se me humedecieron. Al fin la suerte me sonreía. Me encaminé hacia la puerta y metí la lámina entre esta y el marco. Tiré con todas mis fuerzas. El tiempo se me estaba acabando, porque Dani ya se había percatado de que no estaba sobre la trampilla y no tardaría en salir.

—¡Ábrete, maldita sea! ¡Ábrete de una puñetera vez!

La puerta no opuso resistencia, y salí al exterior corriendo con la azada en la mano. Unas luces me deslumbraron.

—Tire el arma al suelo, póngase de rodillas y coloque las manos detrás de la cabeza —me dijo alguien.

—Por favor, por favor no dispare —gemí.

A continuación hice lo que me pidieron. Mi cuerpo temblaba, y solo quería cerrar los ojos.

—¡Emma! —gritó Niko.

Creo que fue el sonido más hermoso que jamás había escuchado. No me lo podía creer. Cumplía su promesa de llegar cuando más lo necesitaba.

—Niko, Niko —repetía sin cesar—. Has venido.

—Estoy aquí, Yasmine.

—Estamos aquí, nena —oí la voz de papá.

Los busqué con la mirada.

—Le repetimos que tire el arma.

—Ya la he tirado —contesté. No me había movido y seguía con las manos detrás de la nuca.

Sin embargo, enseguida entendí que esa advertencia no iba dirigida a mí. Oí unos pasos a mis espaldas. Me daba miedo mirar hacia atrás, aunque creo que Dani me apuntaba. Su pistola tocó mi cabeza.

—Teniente Checa, baje el arma.

El corazón se me paralizó cuando oí cómo Dani amartillaba el arma.

Sin vuelta atrás

Hay quienes prefieren vivir la vida alejados de la realidad, rechazándola y refugiándose en los fantasmas del pasado. Yo prefiero mirar hacia delante y afrontar los problemas. Amaba demasiado la vida como para despedirme con miedo y no decir lo que llevaba tiempo queriendo gritar a los cuatro vientos. Así que cuando Dani amartilló el arma dije:

—Niko, te quiero.

Era la primera vez que se lo decía y quizá fuera la última. El mismo amor que yo había gritado era el que me había ofrecido Niko durante casi cinco años en silencio. Los focos que alumbraban la casa me impedían saber dónde estaban él y papá.

—Baje el arma, teniente Checa —volvió a decir alguien.

—Ya no hay vuelta atrás —murmuró Dani—. Debo cumplir la voluntad del Padre. La obra no ha sido completada.

A pesar de pertenecer a las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, cuyo cometido era velar por la seguridad ciudadana, prefería seguir adelante con su obra. Había decidido cómo quería que terminara todo. No bajaría el arma y no se detendría a menos que alguien disparara contra él. En su mente no cabía otra posibilidad que cumplir con su misión.

—Baje el arma, teniente Checa.

Era la tercera vez que oía esas palabras. Y tanto Dani como yo sabíamos que no habría una cuarta. La próxima vez uno de nosotros o quizá los dos estaríamos muertos.

—Solo obedezco al Padre.

Entonces decidí jugármela a la última carta que tenía.

—Aunque me mates no conseguirás finalizar la obra —dije—. Sara seguirá siendo una pecadora.

—Cállate.

—Tampoco te salvarás tú.

Aumentó la presión que ejercía con el arma sobre mi cabeza. Si no conseguía que tuviera dudas, aunque solo fuera por un segundo, de un momento a otro la bala me entraría por la cabeza. Sería un tiro a bocajarro. Tragué saliva.

—Sara no ha cambiado. Todo lo que habéis hecho no ha servido de nada.

—¿Tú qué sabes? —Se calló unos segundos y entonces adoptó la voz de su hermana—. ¡Cumple como un hombre!

—Lo que te digo es cierto.

—¿Madre? ¿Es cierto? —Por primera vez le noté titubear.

No pude ver cuál fue la reacción de Dani ante lo que le acababa de decir, pero de repente dejé de sentir la presión de la pistola en mi cabeza.

Tuve una corazonada y me aparté un poco. Inmediatamente después sonó un disparo. Yo me encogí y me tapé los oídos con ambas manos. Dani cayó a mi lado como un fardo. No quería mirarlo, no deseaba saber cómo había sido abatido. Me lo podía imaginar. Un tiro en la cabeza o el corazón para acabar rápidamente.

Quería levantarme y salir corriendo, alejarme de él, pero mis piernas se negaban a obedecerme. Dejé caer las manos a ambos lados de mi cuerpo. Rompí a llorar y una cortina de lágrimas me impedía ver quiénes se arremolinaban a mi alrededor.

Niko llegó hasta mí.

—¡Yasmine! —gritó él.

Alcé el mentón. No conseguía verlo.

—Niko, ¿dónde estás?

Al final logré distinguirlo. Se abrió paso como podía entre tanta policía y guardia civil. Llegó a mí antes que papá y los médicos. Se arrodilló a mi lado. Abrí los brazos y nos acoplamos, yo en su pecho y él besando mis cabellos. No necesitábamos decir nada. Estábamos bien así, abrazados. Inhalé su perfume; noté toda la energía del amor en nuestras bocas cuando se encontraron, y cómo una corriente de felicidad, de frescor, me subía del estómago a los labios. Había renacido una vez más a su lado.

—Te he echado de menos —me dijo.

—Yo también a ti.

Me estrechó con fuerza.

—Siento que hayas pasado por esto sola.

—Lo que importa es que al final has venido.

—No tenía otra opción —bromeó—. En realidad no habría fuerza humana que me lo hubiera impedido.

—¿Y si...?

Me acalló antes de terminar la frase posando un dedo sobre mis labios.

—Vive el presente. Estamos juntos. Ya ha terminado.

Me besó con suavidad.

—¿Y Carlota? —pregunté con temor cuando nos separamos.

—Está bien. La han mantenido sedada, y posiblemente no recuerde nada de lo que ha pasado.

Suspiré aliviada y me eché a llorar de nuevo. No hubiera soportado su pérdida. Podría sobrellevar la pesadilla que había vivido, pero no volver a verla nunca.

—Ha preguntado por ti cuando se ha despertado —me comentó papá—. Quería escuchar otra vez el cuento de *Garbancito*.

Levanté el mentón y me eché a reír, sin dejar de llorar a la vez, porque al final, igual que me sucedió a mí, había acabado siendo su cuento favorito. *Garbancito* era una historia que me contaba mamá cuando se echaba la siesta conmigo. Nos gustaba cantar juntas lo de: «Pachín, pachín, pachín, mucho cuidado con lo que hacéis, pachín, pachín, pachín, a Garbancito no piséis». Ahora era yo quien se lo contaba a mi hermana. Nos inventábamos cosas sobre la marcha. Cuando la madre de Garbancito preguntaba por él: «¿Dónde estás?». Carlota me respondía: «En la barriguita de la vaquita». No obstante, si había algo que le gustaba a mi hermana era proponer sitios por donde podía salir Garbancito. Le gustaba imaginar que salía de las maneras más inverosímiles, y cuanto más escatológicas eran más se divertía, como por ejemplo con un pedo o con los mocos de un estornudo.

—Por favor, apártese de ella. Necesitamos comprobar que se encuentra en perfecto estado.

Un médico me agarró de la muñeca para tomarme el pulso. Me pasó también una botella con suero fisiológico mientras un compañero suyo me tapaba con una manta térmica.

—Gracias. —Aunque lo que realmente necesitaba era abrazar a papá y sentir a Niko, sobre todo a él—. Estoy bien, de verdad. Necesito respirar.

Mi padre me esperaba de pie junto a dos policías. Fue él quien me ayudó a levantarme del suelo. Aún me temblaban las piernas.

—¡Dios mío, estás bien! —gimió papá. Parecía sentirse culpable por haber dejado que entrara en casa—. ¡Quién iba a pensar que Dani y su hermano eran unos asesinos!

—Nadie lo podía saber.

Me llevaron hasta una ambulancia y me hicieron algunas curas. Salvo por la rodilla, la mejilla y algún otro rasguño, no tenía más secuelas físicas. Sin embargo, tardaría en olvidar el horror vivido en aquella casa; mis sueños estarían plagados durante mucho tiempo de imágenes siniestras.

Al poco sacaron a José en una camilla. Estaba inconsciente, aunque los médicos me aseguraron que viviría.

—Has sido muy valiente al enfrentarte a ellos —comentó un médico.

—No tenía otra opción —respondí. Quise decirle, asimismo, que de no haberlo hecho posiblemente no estuviera viva, pero eso era algo que él también debía saber.

—La suerte que has tenido es que Dani haya llegado después —repuso un policía. Asentí. No lo habría logrado de haber llegado a la casa junto a ellos dos.

—Pero ¿cómo nos habéis encontrado? —quise saber.

—Fue Kike quien me puso sobre aviso —contestó Niko—. Después de que te enviara el WhatsApp y de no recibir respuesta me llamó. Pensó que algo iba mal. Me comentó que José era quien había enviado la carta certificada.

—Ya, pero ¿cómo habéis llegado hasta aquí?

—El día que llegaste y tuvimos el pinchazo, sufrimos además el ataque de uno de los dos hermanos. Llegamos a la conclusión de que Andrea trató de escapar de aquí. Cuando nos adentramos en el bosque tuvimos que estar muy cerca de ella, pero desgraciadamente era ya de noche y no vimos nada.

Empecé a atar cabos.

—Entiendo —comenté—. Andrea también tuvo que correr en la oscuridad y por lógica no se pudo alejar mucho de la casa.

—Tenías que estar cerca de donde oímos los disparos —dijo Niko.

—Dani aportó pruebas de que habían registrado la zona y no habían hallado nada —continuó hablando un policía—. Sin embargo, encontramos en el registro de la propiedad una casa a nombre de su padre por la zona. Durante toda la investigación se ha valido de su posición para adulterar y falsear pruebas.

Los policías me tomaron declaración. Por más que intentara buscarle una lógica a lo que había vivido allí dentro, no entendía qué había motivado a Dani a llevar a cabo toda esa locura. Nadie había percibido en él un trastorno de personalidad múltiple, como tampoco sabíamos qué desencadenó que Dani desarrollara ese trastorno disociativo de la personalidad. Ahora entendía muchas cosas, pequeños detalles que se me habían pasado por alto. Le gustaba el orden, así como también la limpieza.

Recordé entonces la tumba de su madre y por qué no había ni una lápida ni flores después de tres meses muerta. Nunca habían existido esos vándalos de los que Dani me habló el día del entierro de Belén. Fueron ellos quienes entraron en el cementerio. Los dos

hermanos tenían su particular mausoleo, donde velaban a su madre y a su hermana.

Era cierto que José se mostraba reservado con todo lo que tenía que ver con su familia, pero siempre formó parte del grupo de D'Artagnan y los Tres Mosqueteros. Había chicas que lo consideraban raro. Desde siempre había seguido a su hermano y jamás cuestionó ninguna decisión suya, pero resultaba inconcebible que se dejase arrastrar por la misión de Dani. Aunque lo más excepcional de todo ese caso era que Dani hubiera superado una y otra vez los informes psicológicos a los que se tenía que someter cada cierto tiempo.

Sacaron en primer lugar el cadáver de la madre embalsamado y después, en una camilla más pequeña, tenían que estar los miembros amputados de Andrea, Belén y la chica a la que encontraron en la playa.

En eso consistía su obra, en «recomponer» el cuerpo de Sara con las chicas a las que iba matando. No quise pensar más en ello. Necesitaba llegar a casa y tumbarme en mi cama junto a Niko.

Tras contestar las preguntas llegaba el momento de volver a la normalidad. Observé que papá nos miraba con asombro sin terminar de creerse que Niko y yo estuviéramos juntos. Supongo que estaba pensando en cómo afrontar el tema. No podía evitar vernos como hermanos, cuando no era cierto.

—No le des más vueltas, papá. —Se me quedó mirando con la boca abierta—. Sí, estamos juntos. Él me gusta y yo le gusto a él. No hay más que decir.

—Pero si sois casi...

De momento se lo estaba tomando bien, no había puesto el grito en el cielo y estaba aceptando razonablemente bien que estuviéramos juntos.

—No —le interrumpí—, no somos hermanos. Tú te has casado con su madre. Eso es todo.

Caminamos unos segundos en silencio hasta que llegamos al coche. Lo abrió, y primero me metí yo en la parte de atrás. Niko dudó, aunque al final se sentó a mi lado. Mi padre meneó la cabeza de un lado a otro preocupado.

—No sé cómo se lo tomará Ana.

—¿Crees en serio que mamá no se lo olía? —repuso Niko.

Mi padre consideró seriamente la pregunta.

—Tienes razón. Tu madre tiene que estar al tanto. —Se retiró unos cabellos de la cara—. Lo que no sé es por qué no me ha dicho nada.

—Porque contigo, a veces, no se puede hablar. Te lo tomas todo a la tremenda —respondí.

Movió el espejo retrovisor para mirarme a la cara y me guiñó un ojo.

—Te pareces más a mí de lo que piensas.

Me encogí de hombros.

—Vámonos ya a casa —le pedí.

—Es cierto, no sé qué hacemos todavía aquí —respondió mi padre.

Me recosté sobre el hombro de Niko y los ojos se me fueron cerrando. Aún estaba temblando y me tapé con la manta que me habían dado los médicos.

—Recuerda, estoy a tu lado —me susurró al oído—. Inventaré tus sueños y me encontrarás cuando despiertes. ¿Estás preparada?

—Como desees.

El viaje a su lado acababa de empezar. Tenía miedo de lo que podría encontrarme cuando me durmiera, pero dejé que me abrazara y me dormí entre sus brazos, confiando

una vez más en sus palabras: «Un mago nunca llega tarde, ni pronto, llega exactamente cuando se lo propone».

El Diario del Alto Turia

La policía pone fin a la pesadilla de Caños del Agua

12-07-2012

Las autoridades rescatan con vida a la última víctima de *El Asesino del Rosario*, desaparecida en la noche de ayer. Se trata de Emma O. B., una joven de 16 años. Los asesinos resultaron ser una pareja de hermanos, José y Daniel C. A., que actuaban bajo delirios paranoicos, según ha adelantado un psiquiatra forense relacionado con el caso. Durante la operación Daniel C. A., que además era oficial de la Guardia Civil de la localidad, ha resultado muerto, y su hermano, detenido. Parte del éxito de la operación se ha debido al valor de la joven secuestrada, que mostró gran inteligencia y habilidad enfrentándose a sus captores, y dando tiempo a las fuerzas policiales a llegar y evitar un desenlace trágico.

Epílogo

—Despierta, cariño.

Entreabrí los párpados y me giré hacia el otro lado de la cama.

—Déjame un poco más. —Estiré los brazos y bostecé, aunque seguía con los ojos cerrados—. Estoy a gusto.

—Venga, levántate, que te hemos preparado una sorpresa. —Mamá se sentó en el borde de la cama y comenzó a acariciarme y a rascarme la espalda.

—Por favor, ahora me levanto, pero dame un poco de tiempo.

—¿Qué ha sido de esa niña que salía corriendo al salón para ver qué le habían traído los reyes magos? Te aseguro que esta sorpresa no te la esperas.

¿Cómo hacerle entender a mi madre que me había acostado a las cinco de la mañana porque me había quedado hablando con Niko y estaba cansada? Miré el reloj que había encima de la mesilla y todavía no eran las nueve de la mañana.

—¿Y no podrías decirme de qué se trata?

—Si te lo dijera ya no sería una sorpresa. De eso se trata, de que te sorprendas tú.

Hacia dos días que había llegado a Madrid de Caños del Agua, y mi madre cuidaba de mí como cuando era pequeña. Supongo que se sentía culpable por no haberse puesto en contacto conmigo durante sus primeros días de luna de miel. Constantemente me vigilaba cuando pensaba que no me daba cuenta y seguía muchos de mis pasos. Tras aquella noche en la que José me secuestró se presentó al día siguiente con Roberto en casa de papá. Había interrumpido su viaje a Roma y no se marchó hasta que entendió que estaba en buenas manos y que no había más asesinos sueltos en Caños del Agua.

Desde mi regreso no tenía muchas ganas de hacer gran cosa. Aún quedaban unos días para que empezaran las clases. Niko hacía más de una semana que se había marchado a Nueva York, y yo lo echaba mucho de menos. Nos pasábamos horas y horas enganchados al Messenger y a la webcam. Cuando no hablábamos me ponía el CD de Adele en el ordenador y veía algunas de las películas de la lista que tenía pendientes, porque Nat no contestaba a mis mensajes. Todavía no nos habíamos visto desde mi llegada.

También hablaba con Carlota, sobre todo cuando iba a hacer la siesta y antes de acostarse por las noches. ¡Cuántas veces contamos juntas el cuento de *Garbancito* y cuántas veces cantamos: «¡Pachín, pachín, pachín...!».

Desde lo ocurrido aquel día Carlota se había empeñado en dormir conmigo todas las noches, cosa con la que mi padre estaba más que encantado. Niko se acoplaba a nosotras cuando ella se quedaba dormida. Alguna que otra vez nos pillaba abrazados y nos preguntaba si éramos novios. A ella le hacía mucha gracia y se reía cuando le decíamos que sí.

En vista de que no me levantaba mi madre siguió hablando.

—No, si yo te dejaría dormir un rato más, pero tienes visita. Hay un mago —remarcó esta palabra— que se empeña en decirte algo al oído.

—¿Qué? —Me incorporé de inmediato. Había dicho las palabras mágicas para que

me levantara—. ¿Qué has dicho?

—En el salón hay un mago que me ha dicho que te diga... —sacó un papel—, espera que lo lea: «Un mago nunca llega tarde, ni pronto, llega exactamente cuando se lo propone».

—Pero ¿cómo...? ¿Por qué no me has avisado antes?

—Porque te has empeñado en no escucharme.

Salté de la cama y fui corriendo al cuarto de baño. Me lavé la cara y los dientes porque todavía me notaba la boca pastosa, me atusé con los dedos el pelo y miré el reflejo que me devolvía el espejo.

—Es un verdadero mago. Siempre consigue sorprenderme.

Salí hacia el comedor y me detuve en la puerta. Niko me esperaba sentado en el sofá con esa gran sonrisa con la que siempre lograba desarmarme. Quería contemplarlo tranquilamente. No me cansaría nunca de estar a su lado. Me reí cuando vi cómo se había vestido. Se había puesto una túnica parecida a la que llevaba Gandalf en la película *El Señor de los anillos*.

—«¡Buenos días, princesa! He soñado toda la noche contigo, íbamos al cine y tú llevabas aquel vestido rosa que me gusta tanto; solo pienso en ti, princesa, pienso siempre en ti, y ahora...»

¡Cómo me gustaba *La vida es bella* y cómo lloré cuando la vi por primera vez con él en mi cama de Caños del Agua! Me tiré a sus brazos, me coloqué sobre su regazo y le dije:

—¡Hoy has ganado muchos puntos!

—¿Tantos como para no merecer siquiera un beso? —me dijo.

—Te he echado de menos.

—Yo también, Yasmine.

Nos besamos, nos saboreamos hasta recordar de nuevo cómo sabían nuestros labios.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Y tus clases?

—Bueno, tengo una sorpresa...

Mamá nos interrumpió.

—Perdonad que os moleste, pero Roberto me ha preguntado que si queréis algo de desayunar. Después de que comáis algo os prometo que os dejo en paz.

Desde que Roberto había llegado a casa, como buen italiano y amante de la cocina, se encargaba de ese aspecto que tan mal se le daba a mi madre. No me extrañaba que mamá estuviera tan enamorada de él, además de por otros aspectos que no quería que me confesara.

—Sí, desde que llegué anoche no he tomado nada —repuso Niko—. Dos téis y unas tostadas con mantequilla estarían bien. ¿Te apetece?

Asentí.

Mamá nos dejó solos hasta que el desayuno estuviera listo.

—Bueno, explícame, ¿qué haces aquí?

—Hace dos meses pedí el traslado de universidad y me han admitido en la Complutense.

—¿Qué? ¿Que has dejado la Universidad de Columbia para venirte a Madrid?

—Sí, si tengo que ejercer de mago que aparece cuando menos te lo esperas no puedo estar muy lejos.

—¡Oh, Niko! —Lo abracé y correspondió a mis besos y a mis caricias—. No dejas de sorprenderme nunca.

—De eso nos encargamos los magos, de sorprender.
—¿Y dices que llegaste anoche? —Él asintió—. ¿A qué hora? ¡Si estuvimos chateando hasta las cinco de la mañana!
—Mi avión llegó a las diez de la noche.
—¡Entonces apenas has dormido!
—Dormí algo en el avión. Hay unas cuantas horas desde Nueva York a Madrid. Pasamos un buen rato en el sofá de casa bromeando y recuperando el tiempo que no nos habíamos besado.
Mamá llamó a la puerta del salón.
—Hace más de diez minutos que tenéis el desayuno en la mesa.
—Ahora vamos, mamá.
Aunque Niko se hizo el remolón y estábamos a gusto en el sofá, tiré de él para ir a la cocina. Nos sentamos a la mesa, y Roberto me pasó una taza de té con leche como a mí me gustaba. Cada vez me agradaba más que estuviera con nosotras. Adoraba sus comidas.
—¿Así que vosotros sabíais que Niko había pedido el traslado a Madrid?
Mamá y Roberto asintieron y se miraron con complicidad.
—¿Lo sabíais todos? Sois de lo peor que hay —repuse mordiendo una tostada y haciendo como que estaba ofendida.
—Hasta Nat estaba metida en el ajo —contestó Niko—. Me ha ayudado a buscar un estudio por la zona de la Latina.
—Yo aquí contando las horas para verlo otra vez, y resulta que vosotros disfrutabais viendo cómo sufría. —Miré a Niko—. Pensaré en algún tipo de venganza. Y eso va sobre todo por ti.
Oí el sonido de mi móvil en mi habitación. Por el tono que sonaba, «Las chicas son guerreras», supe que era Nat. ¡Por fin daba señales de vida! Tenía tantas cosas que contarle que tendría que ir a casa a comer para ponernos al día.
—Hola, Nat, no me puedo creer que supieras que...
—¡Emma...! —Se atragantó mi amiga y después comenzó a toser.
—¿Qué pasa, Nat? —Me puse en tensión. Algo iba mal.
—Tranquila, me he atragantado con el café que me estaba tomando. —Volvió a toser antes de seguir hablando—. Creo que ya ha llegado ese mago de América, ¿verdad?
—¡Te acordarás de esto! Ya pensaré en algo para que sufras.
—¿Qué te parece si te invito a comer a casa y me presentas a tu novio? Esta tarde he quedado con Carlos.
Regresé a la cocina con el móvil en la mano.
—¿Qué pasa? —preguntó Niko cuando me senté a la mesa.
—Nat me comenta que si ha llegado ya ese mago que me iba a sorprender. ¿Tú qué crees?
—Hasta ahora mi magia ha funcionado, ¿no te parece?
—Sí, Nat, iremos a tu casa y te presentaré a este mago que me ha enseñado cómo hacer magia.
—Siempre será como deseas.
Él y yo nos miramos a los ojos. Entonces entendí que la verdadera magia consistía en que Niko estuviera a mi lado cada instante de mi vida. Verdaderamente funcionaba.

Agradecimientos

Una se siente muy afortunada cuando, después de mucho tiempo presentándose a infinidad de concursos, gana uno. El camino ha sido largo, intenso y en alguna ocasión agridulce. Pero yo quiero quedarme con todos los momentos buenos y dar las gracias por haber llegado hasta aquí. Siendo sincera, no tenía muy claro si *Como deseas* era la novela adecuada para presentar al PEJR. Sin embargo, la vida siempre me sorprende.

Quiero dar las gracias a todo el equipo de Montena, en especial a Gemma Xiol, mi editora, por convocar este premio y considerar mi novela como ganadora. Te doy una y mil veces las gracias.

A las chicas de Juvenil Romántica, Rocío Muñoz y Eva Rubio, por vuestra generosidad y por vuestro apoyo antes y después de haber ganado el PEJR. Nunca dejará de maravillarme todo el esfuerzo que supone para vosotras ser parte del jurado.

A Francisco Fernández de Paula, Blue Jeans, porque, a pesar de que tu tiempo es escaso, has encontrado un hueco para apoyar este premio.

A mis padres (Paco y Marga) y a mis hermanos (Nuria, Marga y Paco). Voy a tener que ir más por Águilas para escribir mis historias.

A mi primer lector cero, Dani Ojeda, porque siempre estás en el otro lado de la pantalla con una sonrisa.

A Sergio Rodríguez y a María Gardey por enviarme WhatsApps durante aquella noche para ver quién se la terminaba antes y preguntándome quién era el asesino.

A Elena Martínez Blanco, porque cuando leías esta novela volviste a «nacer» y a Mamen de Zulueta, de ZW, por cuidar a sus autores.

A Francesc Miralles, por prestarme el nombre de Niko y por ser tan especial.

A Olga Salar, por tus sugerencias.

A Noemi Fernández, por todas las comidas que nos preparas en tu casa.

A Vane, porque Niko es el friki que más de una deseábamos.

A los bloggers valencianos, Amparo Ramada, la chica del megáfono, Arantxa Marín, Arantxa Vázquez, Ali Rojo, Irene G. Fuentes, Laura Blasco, Soraya Arán, Mari Carmen Fombuena, Elena López-Botet y Alicia Santos, porque siempre habéis estado a mi lado.

A los otros bloggers, Mike, Selene, Bella, Lucía Rodríguez Gayo, Iria G. Parente, María Cabal, Laura Peláez, Tamara Escudero, Verónica Fernández, Da y Elo, Álex Campoy, Miryam Artigas, Verónica Giménez Fuentes y su hermana Jéssica, Zulema, Anna Gallagher, Noelia Guirao, Vanesa López, porque me habéis acompañado en este viaje.

A todos los autores de los que tanto he aprendido, Javier Ruescas, Rocío Carmona, Javi Aragón, Sandra Andrés Belenguer, Esther Sanz, Isabel Hierro, Antonio Martín Morales, Isabel del Río, Nuria Mayoral y Susana Vallejo.

A mis amigas del café, Lola, Paqui, María José, Rosa, Araceli, Mari Carmen, Consuelo, porque son la mejor terapia que hay.

A los chicos de las quedadas, David Mateo, Joe Álamo, Carmen Cabello, Sergio R.

Alarte.

Al amor de mi vida, Juanjo, porque me acompañas desde hace más de dieciocho años y me regalas todos los días una sonrisa. Al otro amor de mi vida, a Ian, porque eres un hijo maravilloso.

Y por último a ti, lector, gracias por haber llegado hasta aquí. Deseo que te enamores de esta historia.

* «¿Necesitas a alguien?
Necesito a alguien a quien amar
¿Podría ser cualquiera?
Quiero a alguien a quien amar
¿Crees en el amor a primera vista?
Sí, estoy seguro de que ocurre siempre
¿Qué ves cuando apagas la luz?
No puedo decírtelo, es algo que sé por mí mismo
Oh, me las arreglo con un poco de ayuda de mis amigos
Hummm, me pongo ciego con un poco de ayuda de mis amigos
Oh, lo intentaré con un poco de ayuda de mis amigos...»

* Expresión para decir «Te quiero».

* «Los diamantes son el mejor amigo de una chica.»

* «Es a ti a quien amo.»

* «Tengo escalofríos, se están multiplicando
Y estoy perdiendo el control
Porque la potencia que proporcionas
Es electrizante
Mejor prepárate porque necesito un hombre
Y mi corazón está puesto en ti
Mejor prepárate
Mejor entiende
Con mi corazón debo ser auténtico
Nada queda, nada queda hacer para mí
Es a ti a quien amo
Es a ti a quien amo
Es a ti a quien amo
A quien amo
A quien necesito
Oh, sí, de hecho
Si estás llena de afecto
Eres demasiado tímida para comunicarlo
Medita mi dirección, siente la manera
Mejor me preparo
Porque necesitas a un hombre
Quién puede tenerme satisfecho
Mejor me preparo
Si voy a probar
Que mi fe es justificada
¿Estás segura?
Sí, estoy completamente segura.»

* «El angel de la muerte.»

* «Auschwitz, el significado del dolor
El por qué quiero que te mueras
Muerte lenta, decadencia abismal
Chaparrones que te limpian de tu vida
Forzado
Como ganado
Corres
Desnudo
El valor de tu vida
Rata humana, por el Ángel de la Muerte
Cuatrocientos mil más para morir
Ángel de la Muerte
Monarca del reino de los muertos
Sádico, cirujano de defunciones
Sádico de la sangre más noble
Destrozando, sin piedad
En beneficio de la raza aria
Quirófano, sin anestesia
Cayó el cuchillo perforándote intensamente
El subordinado, inútil para el género humano
Rajado, gritando a punto de morir
Ángel de la Muerte
Monarca del reino de los muertos
Carnicero infame
Ángel de la Muerte...»

* «Hola Emma, ¿cómo estás?»

* «Bien.»

* «Siempre que estoy a solas contigo
Me haces sentir que estoy de nuevo en casa
Siempre que estoy a solas contigo
Me haces sentir que estoy entero de nuevo
Siempre que estoy a solas contigo
Me haces sentir como que soy joven otra vez
Siempre que estoy a solas contigo
Me haces sentir que soy divertido de nuevo
Sin embargo, muy lejos
Yo siempre te amaré
Sin embargo, siempre me quedo
Yo siempre te amaré
No importa lo que yo diga
Yo siempre te amaré
Yo siempre te amaré
Siempre que estoy a solas contigo
Me haces sentir que soy libre de nuevo
Siempre que estoy a solas contigo
Me haces sentir que estoy limpio de nuevo
Sin embargo, muy lejos
Yo siempre te amaré
Sin embargo, siempre me quedo
Yo siempre te amaré
No importa lo que yo diga
Yo siempre te amaré
Yo siempre te amaré.»

Si quieres saber más sobre *ellas.*

y estar informado permanentemente de cualquier
novedad, ahora puedes seguirnos en:

<http://www.facebook.com/ellademontena>

<http://www.twitter.com/ellademontena>

<http://www.tuenti.com/ellas>

Desde estas páginas podrás comentar los libros,
compartir opiniones, leer entrevistas de tus autores
preferidos, acceder en primicia a los primeros capítulos
y muchas sorpresas más.



También en la colección

ellas.
Montena



Anabel Botella se siente aguileña aunque nació en Cartagena y vive en Valencia con su familia. Actriz de vocación, tiene una pequeña compañía de teatro con la que hace sonreír a niños de todas las edades. Su otra gran pasión es la literatura y, por ello, pasa gran parte de su tiempo alimentando el bloc literario *La ventana de los libros* o escribiendo sus propias novelas. Tres de ellas, pueden encontrarse en librerías: *Ángeles desterrados* (NowEvolution, 2011), *Ojos azules en Kabul* (Plataforma Neo, 2013) y *Como desees* (Montena, 2013), obra galardonada con el Premio Ellas Juvenil Romántica 2013.

El jurado integrado por Blue Jeans, Eva Rubio, Rocío Muñoz y Gemma Xiol, escogió a esta obra como ganadora del Premio Ellas Juvenil Romántica 2013.

Edición en formato digital: mayo de 2013

© 2013, Anabel Botella

© 2013, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de cubierta: Judith Sendra / Random House Mondadori, S. A.

Fotografía de la cubierta: Thinkstock

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9043-107-8

Conversión a formato digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Caballo de Troya, Collins, Conecta, Debate, Debolsillo, Electa, Endebate, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Nube de Tinta, Plaza & Janés, Random, RHM Flash, Rosa dels Vents, Sudamericana y Conecta.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:

Agustín de Betancourt, 19

28003 MADRID

España

Tel.: +34 91 535 81 90

Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.



Collins conecta

DEBATE

EN DEBATE



DEBOLSILLO



Flash Grijalbo

Lumen

montena



NUBE
DE
TINTA

PLAZA



JANÉS

RANDOM



Editorial Sudamericana

Índice

Como desees	
Prólogo	
El Diario del Alto Turia	
1. En el tren	
2. El reencuentro	
3. Camino del pueblo	
4. De caza	
5. Dudas	
6. Revelación	
7. La visita	
8. La nota	
9. El espejo	
10. Sospechas	
11. Furia	
El Diario del Alto Turia	
12. La ira	
13. La fiesta	
14. La invitación	
15. Sodoma	
16. Gomorra	
17. El viaje	
18. Como desees	
El Diario del Alto Turia	
19. Mensajes	
20. Lovesong	
21. Todo te lo puedo dar...	
22. La decisión	
El Diario del Alto Turia	
23. La película	
24. El entierro	
25. El ángel exterminador	
26. Todo el mundo miente	
27. Sombras	
28. Sin vuelta atrás	
El Diario del Alto Turia	
Epílogo	
Agradecimientos	
Notas	
Biografía	
Créditos	
Acerca de Random House Mondadori	

